Club DEL MISTERIO

Dashiell Hammett

COSECHA ROJA

BRUGUERA

Nº 1

DASHIELL HAMMETT / COSECHA ROJA



Dashiell Hammett

COSECHA ROJA



BRUGUERA



Título original:
RED HARVEST
Traducción: *Rafael Marsán*

1.ª edición en Club del Misterio: mayo, 1981
La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Ilustraciones: Eduardo Feito
Cubierta: Isidre Monés
Diseño de colección: Soulé-Spagnuolo

En la foto: Humphrey Bogart en el film *The maltese falcon*. 1941

Printed in Spain
ISBN 84-02-07979-9 / Depósito legal: B. 14.140 - 1981
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Carret. Nacional 152, km. 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1981



Para Joseph Thompson Shaw

1

Una mujer vestida de verde y un hombre vestido de gris

En el *Big Ship* de Butte oí por primera vez a un minero pelirrojo de nombre Hickey Dewey que llamaba Poisonville a la ciudad de Personville (1). Tenía la costumbre de convertir las erres en diptongos. Así que me importó poco su manera de nombrar la ciudad. Luego volví a oír el mismo nombre de boca de hombres capaces de pronunciar bien la erres. Lo tomé como una muestra más del humor vulgar que anima los retruécanos propios de la jerga de los bajos fondos. Unos años después fui a Personville y comprendí el exacto significado de esta palabra.

(1) Juego de palabras: Personville, ciudad humana, y Poisonville, ciudad venenosa. (N. del T.)

Utilizando uno de los teléfonos de la estación llamé a Donald Willsson al *Herald* para decirle que acababa de llegar.

—¿Podrá venir esta noche a mi casa a las diez? —tenía una voz agradable pero seca—. La dirección es Mountain Boulevard, 2.101. Coja un tranvía en Broadway y bájese en la confluencia con Laurel Avenue y camine dos manzanas en dirección oeste.

Le prometí que iría. Fui al hotel Great Western, dejé allí la maletas, y me fui a dar un vistazo a la ciudad.

La encontré fea. Los edificios hacían gala de una arquitectura afectada. Quizá había conocido tiempos mejores. Los altos hornos, con sus chimeneas de ladrillo levantadas al sur frente a una sombría montaña, habían impregnado la antigua pomposidad de una capa de suciedad ocre y de un humo espeso. En consecuencia, sus cuarenta mil habitantes vivían en una ciudad fea, hundida en un valle limitado por dos insípidos montes; las minas contribuían en gran manera a la fealdad general. Perdido entre las nubes negras que salían de las chimeneas de los altos hornos, se veía el cielo.

El primer guardia que vi llevaba varios días sin afeitarse. El segundo había perdido dos botones de su poco limpio uniforme. El tercero ordenaba el tráfico en el cruce más importante de la ciudad, el de Broadway y Union Street, con un cigarrillo en la boca. En ese momento dejé de preocuparme por ellos.

Cogí un tranvía de Broadway a las nueve y media y seguí las indicaciones de Donald Willsson. Así me fue posible llegar a una casa situada en una esquina rodeada de un jardincito artificial y una cerca.

Me abrió la puerta una criada y me comunicó que míster Willsson no se encontraba en casa. Mientras le explicaba que había concertado una cita con él, se acercó a la puerta una mujer delgada, rubia, de cerca de treinta años, vestida con un traje verde de seda rizada. Ni siquiera cuando sonreía desaparecía la frialdad de sus ojos azules. Volví a empezar mi explicación.

—Mi marido no está —un suave acento amortiguaba el sonido de las eses—. No creo que tarde, puede esperarle si lo desea.

Subimos al primer piso, a una habitación marrón y roja repleta de libros, con vistas a Laurel Avenue. Sentados en sillones de cuero frente a una chimenea de carbón, la mujer demostró curiosidad por saber cuál era el objeto del encuentro con su marido.

—¿Vive usted en Personville?

—No. En San Francisco.

—Pero ésta no es su primera visita, ¿verdad?

—Sí.

—¿De verdad? ¿Le ha gustado nuestra ciudad?

—En realidad apenas si la he visto —esto era mentira. Continué—: He llegado esta tarde.

Sus brillantes ojos dejaron de examinarme cuando me dijo:

—Le parecerá aburrida —y de nuevo siguió su investigación—: Me imagino que las ciudades mineras no pueden ser de otra manera. ¿Tiene algo que ver con las minas?

—En este momento, no.

Miró el reloj colocado sobre la repisa de la chimenea y dijo:

—Donald es un desconsiderado al hacerlo venir y dejarle esperando a estas horas de la noche que no son horas de hacer negocios.

Le dije que no tenía importancia.

—Pero tal vez no sea un asunto de negocios.

No contesté.

Lanzó una risita irónica.

—Le aseguro que no soy tan entrometida como piensa usted —dijo alegremente—. Quizá sea su reserva lo que me provoca la curiosidad. No será usted traficante de alcohol, ¿verdad? Como Donald los cambia a menudo...

Dejé que leyera en mi sonrisa lo que quisiera.

Sonó el teléfono en el piso de abajo. Mistress Willsson estiró los pies calzados con zapatillas verdes en dirección al fuego e hizo caso omiso del teléfono. No comprendí por qué pensó que era eso lo que debía hacer.

—Creo que tendré... —empezó a decir, pero al ver a la criada que estaba en la puerta se detuvo.

La sirvienta dijo que llamaban por teléfono a mistress Willsson. Pidió disculpas y siguió a la criada. Habló desde un supletorio sin necesidad de ir al piso de abajo. La oí decir:

—Habla mistress Willsson... Sí... ¿Diga...? ¿Quién...? ¿Puede hablar más alto...? *¿Qué...?* Sí... ¡Oiga...! ¿Quién es usted...?

Colgó el teléfono. Oí unos pasos que se alejaban por el vestíbulo, unos pasos cortos y rápidos.

Encendí un cigarrillo y me quedé mirándolo hasta oír a la mujer bajando las escaleras. En ese momento me acerqué a la ventana y observé entre las cortinas Laurel Avenue y el garaje blanco y cuadrado construido en esa parte de la casa.

Una mujer delgada, con sombrero y abrigo oscuro, apareció en seguida avanzando rápidamente desde la casa al garaje. Era mistress Willsson. Desapareció al volante de un cupé Buick. Volví al sillón y esperé.

Pasaron tres cuartos de hora. A las once y cinco se oyó el chirrido de los frenos de un automóvil. Mistress Willsson entró en la habitación dos minutos más tarde. No llevaba puesto el abrigo ni el sombrero. Tenía la cara blanca y los ojos oscurecidos.

—Siento mucho —dijo, y vi estremecerse sus labios apretados— que haya tenido que esperar tanto tiempo en balde. Mi marido no podrá venir esta noche.

Le dije que le llamaría al *Herald* por la mañana.

Me fui intrigado por saber qué había ocasionado que la verde punta de su zapatilla izquierda estuviera manchada y húmeda con algo que parecía sangre.

Caminé hasta Broadway y cogí allí un tranvía. Tres manzanas al norte, antes de llegar al hotel, bajé para enterarme de qué ha-

cían unos grupos de gente parados en la acera delante de la puerta lateral del Ayuntamiento.

Había de treinta a cuarenta hombres y algunas mujeres mirando una puerta en la que podía leerse: «JEFATURA DE POLICIA». Había trabajadores de los altos hornos y las minas, en ropa de trabajo, jóvenes venidos de los billares y las salas de baile, hombres acicalados y de mejillas pálidas y relucientes, hombres con la expresión adusta de maridos honrados, algunas mujeres no menos respetables y serias y unas cuantas prostitutas.

Me acerqué a toda esa gente y me paré junto a un hombretón de traje gris y arrugado. Su rostro, e incluso sus labios, también eran grises, pero no aparentaba más de treinta años. Tenía una cara ancha, regordeta e inteligente. La única nota de color en su vestimenta era un pañuelo rojo atado con un nudo sobre su camisa de franela gris.

—¿Qué pasa aquí? —le espeté.

Me miró de arriba abajo para asegurarse, antes de contestar, si parecía lo suficientemente discreto como para responderme. Sus ojos eran grises al igual que su ropa, pero más duros.

—Don Willsson ha ido a sentarse a la derecha de Dios, a menos que a Dios le preocupen los agujeros de bala.

—¿Quién le ha matado? —pregunté.

El hombre gris se rascó la cabeza y dijo:

—Alguien con una pistola.

Yo quería información, no muestras de ingenio. Podría haber preguntado a cualquier otro del grupo, pero el del pañuelo rojo me interesaba. Así que le dije:

—No vivo aquí. Puede echarme la culpa a mí. Para eso estamos los forasteros.

—Donald Willsson, hombre honesto, propietario del *Morning Herald* y del *Evening Herald* fue encontrado en Hurricane Street hace un rato muerto a tiros por unos desconocidos —recitó con un rápido sonsonete—. ¿He conseguido no ser morboso?

—Gracias —le toqué un borde del pañuelo—. ¿Quiere decir algo o es sólo un gusto?

—Soy Bill Quint.

—¿De veras? —exclamé tratando de recordar su nombre—. ¡Encantado de conocerle!

Saqué la cartera y rebusqué en mi colección de tarjetas, reunidas en diversas circunstancias. La que yo buscaba era roja. En ella decía que yo era Henry F. Neill, marinero, eficaz militante de la Industrial Workers of the World. Por supuesto era mentira.

Le extendí la tarjeta roja a Bill Quint. La leyó con detenimiento por delante y por detrás, me la devolvió y me escrutó desconfiado.

—Bueno, éste ya no se levanta —dijo—. ¿Adónde va usted?

—A cualquier sitio.

Nos pusimos a caminar y, creo que al azar, doblamos una esquina.

—¿Cómo es que ha venido aquí si es marinero? —me preguntó sin demasiado interés.

—¿De dónde sacó usted esa idea?

—Lo dice la tarjeta.

—Tengo otra que dice que soy carpintero —dije—. También puedo ser minero, mañana mismo conseguiré un papel que lo acredite.

—Eso lo veo difícil. Yo soy el que manda en los que trabajan aquí.

—¿Y si recibiera un telegrama de Chicago? —le dije.

—Me importa un bledo Chicago. Aquí mando yo. —Señaló la puerta de una taberna y me preguntó—: ¿Usted bebe?

—Sólo cuando tengo bebida delante.

Llegamos al restaurante, subimos unas escaleras y entramos en una estrecha sala del primer piso donde había alineadas mesas delante de un largo mostrador. Bill saludó con un gesto y dijo ¡hola!, a un grupo de chicos y chicas de varias mesas situadas delante del mostrador. Me llevó después a un reservado cerrado con cortinas verdes que, junto a algunos más, estaba frente al mostrador.

Estuvimos bebiendo whisky y charlando durante dos horas.

El hombre vestido de gris pensaba que yo no me merecía la tarjeta que le había enseñado, ni la que le prometí conseguir. Pensaba que yo no podía ser un miembro destacado del sindicato. En su calidad de jefazo del IWW en Personville, se veía en la obligación de enterarse quién era yo, y no hablar entretanto de asuntos comprometidos.

A mí no me parecía mal. Lo que realmente me interesaba era saber cosas sobre Personville. Y siempre se le filtraban informaciones mientras indagaba sobre mis tarjetas rojas.

El resumen de lo que le oí decir podría ser así:

Elihu Willsson el Viejo, padre del fallecido esa noche, había sido, a lo largo de cuarenta años, el corazón, el alma, la piel y el intestino de Personville. Era el presidente y principal accionista de la Personville Mining Corporation y del First National Bank, propietario de los dos diarios de la ciudad, el *Morning Herald* y el *Evening Herald,* y copropietario de casi todas las empresas de al-

guna importancia. Además tenía comprados a un senador de los Estados Unidos, dos diputados, al gobernador, al alcalde y casi todos los diputados del estado. Elihu Willsson era Personville y gran parte del estado.

Los trabajadores de la Personville Mining Corporation eran miembros del IWW, pujante en el Este, en la época de la guerra. Insatisfechos hacía tiempo, presionaban ahora para conseguir sus reivindicaciones. El Viejo accedió ante la evidencia de sus razones y esperó tranquilamente el día de su muerte.

Llegó en 1921. Los negocios iban muy mal. A Elihu el Viejo le hubiera importado poco un cierre temporal. Olvidó las mejoras que había concedido a sus obreros y volvió a la postura intransigente de antes de la guerra.

Obviamente, los obreros pidieron enérgicamente solidaridad. Bill Quint fue designado por la cúpula del sindicato con sede en Chicago para ayudarles a desarrollar una estrategia. Quería evitar la huelga, la negativa clara a trabajar. Propuso la vieja táctica del sabotaje: impedir, desde dentro, el normal funcionamiento de la empresa. A los de Personville esta actitud les parecía aburrida. Deseaban que algún día sus nombres figuraran en la historia del movimiento obrero.

Hicieron la huelga.

Duró ocho meses. Hubo sangre en las trincheras. Para un sindicato era obligado que así fuera. Elihu el Viejo contrató hombres armados y esquiroles, pidió ayuda a la Guardia Nacional e incluso al ejército. Cuando el último cráneo estuvo partido y la última costilla rota a patadas, el sindicato de Personville tenía tanta fuerza como un petardo usado.

Elihu el Viejo no sabía mucho de la historia de los italianos, según palabras de Bill Quint. Abortó la huelga, pero se le escapó de las manos la ciudad y el estado. Para derrotar a los mineros tuvo que dar carta blanca a sus mercenarios. Cuando la batalla llegó a su fin no se los pudo sacar de encima. Les había puesto en las manos la ciudad, y no era capaz de reconquistarla. A los pistoleros les gustó Personville y allí se quedaron. La consideraban como el botín que les debía Elihu por ayudarle a romper la huelga. Elihu tenía que ser discreto con ellos. Sabían demasiado sobre él, y era él, el máximo responsable de las acciones que habían cometido mientras duró la huelga.

A esta altura del relato, Bill Quint y yo teníamos una buena curda. Bebió de nuevo, retiró la silla, se apartó un mechón de pelo de los ojos y se dispuso a cerrar su historia:

—El más poderoso de todos ellos, quizá sea Pete el Finlandés. Este jarabe que bebemos es suyo. Otro es Lew Yard. Es dueño de una casa en la parte baja de Parker Street, paga la fianza de muchos detenidos, vende gran parte de los objetos robados, dicen, y es muy amigo de Noonan, el jefe de policía. Max Thaler el Susurro es un muchacho muy relacionado. Es bajito, moreno, astuto y tiene un defecto en la garganta. No puede hablar. Es garitero. Estos tres y Noonan son los segundos de a bordo de Elihu, que se tiene que resignar. Los deja hacer, de lo contrario...

—¿Y el tipo que se han cargado esta noche —el hijo de Elihu— qué pintaba en todo esto? —pregunté.

—Iba donde le mandaba su padre. Ahora está donde le ha mandado su padre.

—¿Sugiere usted que el viejo...?

—Quizá, pero yo en eso no me meto. Don volvió a casa y se puso a dirigir los periódicos de su padre. Al viejo no le gustaba rendirse sin pelear, a pesar de estar ya más muerto que vivo. Pero tenía que cuidarse de estos tipos. Hizo venir al chico de París, junto a su esposa, que es francesa y, muy en su papel de padre, les manejó descaradamente. En esto, Don se dedicó a hacer un llamamiento a la moralidad desde los periódicos. Su finalidad era erradicar de la ciudad el vicio y la corrupción. O sea que, si la cosa hubiese prosperado, Pete, Lew y Susurro se hubieran visto en una posición incómoda. ¿Se da cuenta? El viejo utilizaba a su hijo para quitárselos de encima. Supongo que se les agotó la paciencia.

—¿No cree que es una suposición muy arriesgada?

—Hay muchas cosas arriesgadas en esta ciudad. ¿Quiere seguir bebiendo este mejunje?

Le dije que no. Nos fuimos calle abajo. Bill Quint me dijo que se alojaba en el hotel Los Mineros, en Forest Street. Hicimos el camino juntos, ya que mi hotel quedaba en la misma dirección. Delante de mi hotel vimos un hombrón con aspecto de policía secreta, hablando desde la acera con alguien que estaba dentro de un Stutz.

—Ese coche es el de Susurro —me explicó Bill Quint.

Al otro lado del atleta reconocí la silueta de Thaler. Era joven, pequeño, moreno, de rasgos finos, como salidos de la mano de un escultor.

—Es atractivo el chico, ¿no? —dije.

—Tal vez —dijo el hombre vestido de gris—. Tan atractivo como la dinamita.

2

El zar de Poisonville

Aparecieron dos páginas en el *Morning Herald* acerca de Donald Willsson y su muerte. En la fotografía que ilustraba el reportaje podía verse la imagen de un hombre inteligente, con el cabello rizado, los ojos y la boca sonrientes, un hoyuelo en el mentón y corbata a rayas.

Su muerte estaba explicada en pocas palabras. Cuatro disparos le habían alcanzado en el estómago, el pecho y la espalda, a las once menos veinte de la noche anterior; murió en el acto. Los disparos provenían del 1.100 de Hurricane Street. Los vecinos que al oír los impactos se asomaron a la ventana, vieron el cadáver tendido en la acera. Había un hombre y una mujer inclinados sobre él. La oscuridad de la calle no permitía distinguir nada con claridad.

Nadie tuvo tiempo de salir a la calle antes de que el hombre y la mujer se marcharan. Nadie pudo explicar cómo eran. Nadie los vio alejarse.

Las seis balas destinadas a Willsson habían salido de una pistola del calibre 32. Dos de ellas habían ido a estrellarse contra la fachada de una casa. La policía estudió la trayectoria de estas balas y dedujo que el tirador debió apostarse en un callejón que desembocaba al otro lado de la calle. Era todo lo que se sabía.

Un editorial del *Morning Herald* mostraba la figura del muerto como la de un reformador de las costumbres ciudadanas, a lo largo de su corta carrera política, y suponía que los asesinos podían ser personas poco interesadas en estas reformas. Añadía que lo mejor que podía hacer el jefe de policía para no verse implicado en este asunto era detener rápidamente al culpable o culpables y llevarlos ante un tribunal. El editorial era claro y directo.

Terminé de tomar una segunda taza de té y de leer el periódico, tomé un tranvía de Broadway hasta Laurel Avenue, y desde allí fui a pie hasta la casa del difunto.

Media manzana antes de llegar, un incidente me hizo cambiar de rumbo.

Un joven bajo, vestido en tres tonos de marrón, cruzó la calle delante mismo de mis ojos. Era moreno y esbelto. Era Max Thaler, alias el Susurro. Desde la esquina de Mountain Boulevard vi el halo de una pierna embutida en una tela marrón que desaparecía en el interior de la casa de Donald Willsson.

Volví a Broadway, encontré una tienda con teléfono público, busqué en la guía el teléfono del domicilio particular de Elihu Willsson, marqué, le expliqué a una voz que dijo era el secretario del viejo que había venido desde San Francisco a petición de Donald Willsson, y que quería ver a su padre, porque podía aclarar algo sobre el homicidio.

El énfasis puesto en mis palabras surtió efecto y fui invitado a ir.

El zar de Poisonville estaba recostado en la cama sobre unos cojines, cuando entré en la habitación precedido por su secretario, un magro cuarentón de movimientos sigilosos y mirada viva.

Exhibía el viejo una cabeza pequeña y redonda como una bola, cosa a lo que contribuía su abundante cabello blanco muy corto. Las pequeñas orejas pegadas al cráneo, rompían ligeramente la esfericidad. Su nariz, también pequeña, era una continuación de su curvada frente. La boca y el mentón no eran más que líneas hundidas en la esfera. Debajo, el cuello corto sobresalía de un pijama blanco que ocultaba dos hombros fuertes y cuadrados. Un brazo corto y grueso, acabado en una mano regordeta con dedos anchos, descansaba sobre la colcha. Tenía los ojos pequeños, redondos, azules y húmedos. Parecían estar parapetados tras una cortina de agua, protegidos por unas cejas blancas de punta, dispuestos a entrar en acción en un momento dado. No era el prototipo de hombre que eligiría un ratero para robarle la cartera, a no ser extremadamente diestro en el uso de los dedos.

Hizo un rápido movimiento con su redonda cabeza para indicarme que me sentara en una silla junto a la cama, y otro más para librarse de su secretario. Me preguntó:

—¿Qué es lo que sabe sobre mi hijo?

Su voz sonaba áspera. Movía al hablar más el pecho que la boca, por lo que sus palabras eran confusas.

—Soy agente de la Agencia Continental de Investigaciones, de la filial de San Francisco —contesté—. Recibimos hace unos días una carta con un cheque, en la que su hijo nos solicitaba un detective para hacerse cargo de una investigación. Yo soy el detective. Me pidió le visitara anoche. Fui a su casa anoche, pero él no apareció. De vuelta a la ciudad me dijeron que le habían matado.

Elihu Willsson me miró desconfiado y repuso:

—¿Eso es todo?

—Mientras estaba esperándole, llamaron por teléfono a su nuera, se marchó y cuando volvió me dijo que su marido no regresaría a casa; observé una mancha que parecía sangre en su calzado. Le mataron a las once menos veinte. Ella se fue a las diez y veinte y volvió a las once y cinco.

El viejo, sentado en la cama, empezó a lanzar imprecaciones contra mistress Willsson. Cuando se le agotó el repertorio, y todavía con fuerzas, me gritó:

—¿Está en la cárcel?

Le dije que creía que no.

Eso no le gustó, y así me lo hizo ver. Escupió otra serie de lindezas que no me gustaron nada y al final dijo:

—¿Y qué espera usted?

Era un poco mayor para darle un buen sopapo. Sonreí y respondí:

—Pruebas.

—¿Pruebas de qué? Usted ha...

—No diga disparates —le interrumpí—. ¿Por qué iba a querer ella matarle?

—¡Porque es una condenada puta francesa! Porque es...

Apareció el secretario en la puerta con un gesto de sobresalto.

—¡Fuera de aquí! —rugió el viejo, y él desapareció.

—¿Es celosa? —pregunté para atajar sus rugidos—. Si no gritara le oiría mejor. No estoy sordo.

Posó los puños sobre los bultos que formaban los muslos debajo de la tela y sacó hacia delante su macizo mentón.

—Aunque soy un pobre viejo enfermo —dijo muy despacio— me dan ganas de levantarme y darle una buena patada en el culo.

No le presté atención y continué:

—¿Tenía celos?

—Sí —dijo sin gritar ahora—, y además es dominante, caprichosa, suspicaz, avara, miserable, desconsiderada, mentirosa, egoísta, es el mismísimo diablo.

—¿Tenían fundamentos sus celos?

—Supongo —dijo secamente—. No me gustaría que un hijo mío le fuera fiel. Pero no creo que la engañara. El era así.

—Entonces, ¿había algún motivo que la impulsara a matarlo?

—¿Algún motivo? —de nuevo gritaba—. Pero bueno, ¿no le he dicho ya que...?

—Sí; pero eso no significa nada. Es una bobada.



El viejo, sentado en la cama, empezó a lanzar imprecaciones contra mistress Willsson.

El viejo apartó las ropas de la cama y se dispuso a levantarse. Se detuvo, levantó la cara roja y bramó:

—¡Stanley!

Se abrió la puerta y entró el secretario suavemente.

—¡Ponga a este imbécil en la calle! —ordenó el jefe amenazándome con un puño.

El secretario se volvió hacia mí. Le indiqué con un gesto que no le hiciera caso y le aconsejé:

—Mejor será que busque ayuda.

Arrugó las cejas. Eramos más o menos de la misma edad. A pesar de ser flaco y más alto que yo, pesaba cincuenta libras menos. Mis ciento noventa libras eran en su mayoría grasa, aunque no todas. El secretario dudó, sonrió como si estuviera pidiendo perdón y se marchó.

—Como le decía —seguí charlando con el viejo—, pensaba entrevistarme con su nuera esta mañana. Me detuve al ver entrar a Max

Thaler en la casa, y decidí volver en otro momento.

Elihu Willsson se volvió a tapar las piernas meticulosamente con la ropa de cama, apoyó la cabeza en los cojines, miró fijamente al techo con los ojos semicerrados y dijo:

—¡Hum! Vaya, es usted duro de pelar, ¿eh?

—¿Me dirá algo?

—Que ella le mató —dijo sin titubear—. Es todo lo que puedo decirle.

Se oyeron en el vestíbulo unas pisadas más fuertes que las del secretario. Cuando llegaban a la puerta empecé a decir:

—Usted utilizaba a su hijo para...

—¡Váyanse de aquí! —gritó el viejo a los que aparecieron por la puerta—. ¡Cierren la puerta! —me amenazó con la mirada y en seguida me preguntó—: ¿Cómo me servía de mi hijo?

—Lo utilizaba para arremeter contra Thaler, Yard y el Finlandés.

—Miente.

—No me lo he inventado yo. Lo sabe todo Personville.

—Es una mentira. Le puse al frente de los periódicos. Podía hacer con ellos lo que quisiera.

—Eso cuénteselo a sus cómplices. No lo pondrían en duda.

—¡Me importa un bledo lo que piensen! Estoy diciendo la verdad.

—¿Y qué? Ni aún en el caso de que lo mataran por error resucitaría su hijo.

—Le mató esa mujer.

—Tal vez.

—¡Ya está bien de dudas! ¡Fue ella!

—Tal vez. Pero no olvidemos las implicaciones políticas. Me podría explicar usted...

—Lo único que puedo decirle es que le mató esa puta francesa, y que todas las demás conjeturas que usted pueda hacer no tienen ninguna base real.

—Pero no hay que descartarlas —insistí—. Usted conoce mejor que nadie las interioridades políticas de Personville. Era su hijo. Tiene la obligación de...

—El único deber que tengo —hablaba otra vez a gritos— es decirle que se vaya de una vez a San Francisco con su estúpida cabezota.

Me levanté y le dije escuetamente:

—Me hospedo en el hotel Great Western. Si decide entrar en razón avíseme, de lo contrario no me moleste.

Salí de la habitación y bajé por las escaleras. Encontré al secretario paseando cerca del último peldaño, me sonreía como pidiendo excusas.

—Vaya genio tiene el buen señor —protesté.

—Es un hombre de una personalidad y energía portentosas —murmuró.

Busqué en la redacción del *Herald* a la secretaria del difunto. Era una chica bajita de unos diecinueve años, de ojos marrones, cabello castaño claro y cara blancuzca pero agradable. Su nombre era Lewis.

Me dijo que no sabía que su jefe me había llamado a Personville.

—De todas maneras míster Willsson —me explicó— no decía las cosas hasta el último momento. Yo... yo creo que no confiaba en nadie completamente.

—¿Ni en usted?

Se ruborizó y respondió:

—No. Bueno, en realidad en el poco tiempo que llevaba aquí no había tenido tiempo de conocer a todo el mundo.

—¿Esa era la única razón?

—Bueno —se mordió un labio y estampó una fila de huellas dactilares en el impecable borde de la mesa del hombre asesinado—, su padre no era muy de la opinión... La verdad es que su padre no estaba conforme con la gestión del hijo. Y, como al fin y al cabo, el dueño de los periódicos era su padre, imagino que míster Willsson sospechaba que podía haber empleados más fieles a míster Elihu que a él mismo.

—Si el viejo no estaba de acuerdo con la cruzada contra la corrupción por qué no la impidió, al fin y al cabo los periódicos eran suyos.

Bajó la cabeza para mirar las huellas que había dejado.

Habló pausadamente.

—Para comprenderlo es preciso saber... Míster Elihu llamó a Donald, míster Donald, la última vez que cayó en cama. Míster Donald había vivido casi siempre en Europa, ¿lo sabía? El doctor Pride le aconsejó a míster Elihu que se retirara de sus negocios, ése fue el motivo por el que envió un telegrama a su hijo para pedirle que volviera. Pero cuando volvió a casa míster Elihu se resistió a dejarlo todo. Pero como quería mantener a su hijo cerca le regaló los periódicos, le hizo editor, cosa que agradó mucho a míster Donald. Ya en París estaba muy interesado por el periodismo. Al enterarse de la caótica situación del municipio, decidió hacer una llamada de atención a través del periódico. El no sabía nada, se había marchado cuando era todavía un muchacho, no conocía la situación...

—Ignoraba que su padre no estaba limpio de culpa —le ayudé.

Mientras seguía examinando sus propias huellas se estremeció, no me contradijo y continuó:

—Míster Elihu discutió con él. Le dijo que se olvidara de todo eso pero no consiguió nada. Si míster Donald hubiera sabido... lo que era preciso saber, quizá hubiera actuado de otra manera. Pero no creo que se le pasara por la cabeza sospechar de su padre, y, claro, su padre no iba a poner las cartas sobre la mesa. Debe ser muy difícil, creo yo, que un padre le diga a su hijo una cosa así. Le amenazó con quitarle los periódicos. No sé si al final lo hubiera hecho, la verdad es que volvió a caer enfermo y las cosas siguieron igual.

—¿Le contó algo de esto míster Donald Willsson? —pregunté.

—No —dijo en voz baja.

—¿Y cómo se enteró usted?

—Sólo trato de ayudarle a descubrir al asesino —dijo con convicción—. No puede usted...

—La mejor manera de ayudarme es contestar a mi pregunta —insistí.

Se quedó mirando fijamente la mesa al tiempo que se pasaba los dientes por el labio inferior. Esperé. Me dijo finalmente:

—Mi padre es el secretario de míster Willsson.

—Gracias.

—Pero no debe usted deducir por eso que...

—No es de mi incumbencia —le aseguré—. Ahora dígame, ¿qué hacía Willsson anoche en Hurricane Street si estábamos citados en su casa?

Dijo que lo ignoraba. Le pregunté si le había oído quedar conmigo a las diez. Afirmó.

—¿Qué hizo luego? Haga un esfuerzo por recordar todas y cada una de las cosas que oyó o vio hasta el momento de acabar la jornada.

Se acomodó en la silla, cerró los ojos y frunció el ceño.

—Llamó usted hacia las dos, si es usted con quien se citó a las diez en su casa. Me dictó luego unas cartas, una a la fábrica de papel, otra al senador Keefer sobre unos cambios en el reglamento de Correos, y... ¡ah, sí! Estuvo fuera unos veinte minutos, más o menos, a las tres. Antes había firmado un cheque.

—¿Para quién?

—Yo sólo le vi firmarlo.

—¿Está aquí su talonario o lo llevaba encima?

—No, está aquí —saltó de la silla e intentó abrir el cajón superior de la mesa—. Está cerrado con la llave.

Fui a su lado, desdoblé un sujetapapeles, y valiéndome de ese alambre y mi navaja forcé la cerradura y tiré del cajón.

La chica extrajo un delgado talonario del First National Bank. El último cheque extendido, según rezaba la matriz, había sido por un valor de 5.000 dólares. Nada más. Ningún nombre. Ninguna explicación.

—Se marchó con el cheque y volvió al cabo de veinte minutos. ¿Cree usted que tuvo tiempo de ir al Banco y volver? —dije.

—De aquí al Banco hay unos cinco minutos.

—¿No recuerda que pasara nada antes de firmar el cheque? ¿Un recado? ¿Una carta? ¿Una llamada telefónica?

—A ver, a ver... —dijo con los ojos entornados—. Estaba dictándome unas cartas y... ¡cómo no me he acordado antes! Contestó a una llamada telefónica, dijo: «Podré acudir a las diez, pero me iré en seguida.» Luego añadió: «De acuerdo, muy bien, a las diez.» Repitió «sí» varias veces y no dijo nada más.

—¿Hablaba a un hombre o una mujer?

—No tengo idea.

—Piense. Habría alguna diferencia en su voz.

Lo pensó y dijo:

—Creo que era una mujer.

—¿Quién se fue antes por la noche, usted o él?

—Yo. Míster Donald... Ya sabe que mi padre es el secretario de míster Elihu. Mi padre tenía que ver a míster Donald a primera hora de la noche para tratar los asuntos económicos del periódico; vino a eso de las cinco. Me parece recordar que habían hablado de ir a cenar juntos.

Eso era todo cuanto sabía la tal Lewis. Según me dijo, ignoraba por completo qué podría hacer Willsson en el 1.100 de Hurricane Street. Tampoco sabía nada de mistress Willsson.

No encontramos ninguna pista en la mesa del muerto. Las empleadas de la centralita no me aportaron ningún dato nuevo. Pregunté inútilmente a las chicas de la centralita, los botones, los encargados de los diversos departamentos y el resto del personal. Tal y como me había dicho su secretaria, el muerto ocultaba celosamente todo lo referido a su vida privada.

3

Dinah Brand

Me entrevisté con un auxiliar de caja del First National Bank llamado Albury, un chico atractivo, rubio, de alrededor de veinticinco años.

—Sí, yo conformé el cheque —me contestó después de haberle contado lo que deseaba saber—. Consignaba cinco mil dólares a favor de Dinah Brand.

—¿La conoce usted?

—Sí, efectivamente.

—¿Puede decirme quién es?

—No tengo inconveniente, pero resulta que tengo una cita y ya llevo ocho minutos de retraso.

—¿Podemos cenar juntos esta noche y entonces me lo dice?

—Acepto encantado.

—¿A las siete en Great Western?

—De acuerdo.

—No le entretengo más, para que pueda ir a su cita. Sólo una pregunta, ¿ella tiene cuenta aquí?

—Sí. Ingresó el cheque esta mañana. Se lo llevó la policía.

—¡Ajá! ¿Sabe dónde vive ella?

—Hurricane Street, 1.232.

—¡Magnífico! Le veré esta noche —le dije.

Y salí.

Me fui directamente al Ayuntamiento para hablar con el jefe de policía.

Noonan, el jefe, era grueso, su rostro franco y alegre albergaba unos ojos perspicaces. Le expliqué lo que hacía en Personville y pareció estar muy satisfecho.

Me dio un apretón de manos, un puro y una silla.

—Ahora, dígame quién es el culpable —dijo en cuanto nos sentamos.

—En principio el secretario queda descartado.

—Eso mismo pienso yo —me dijo feliz, entre volutas de humo—. ¿Sospecha algo de otras personas?

—No puedo arriesgar ninguna hipótesis sin conocer bien los hechos.

—Se los puedo relatar en un momento —dijo—. Willsson firmó un cheque de cinco de los grandes a favor de Dinah Brand, el Banco lo conformó ayer antes de cerrar. Anoche recibió unos balazos de una pistola de calibre 32 muy cerca de la casa de ella. Los vecinos, al oír los disparos, salieron a las ventanas y vieron a un hombre y una mujer rodeando el cadáver. Hoy, muy de mañana, la citada Dinah Brand ingresó ese cheque en el Banco. Eso es todo.

—¿Quién es Dinah Brand?

El jefe depositó la ceniza del puro en el centro de la mesa, hizo una figura de humo en el aire mientras apoyaba el cigarro entre los dedos de su abultada mano y finalmente dijo:

—Una mujercita pecadora, por así decirlo, una zorra de altos vuelos, una tragaperras de primera categoría.

—¿Ha emprendido alguna acción contra ella?

—Todavía no. Hay que aclarar antes unas cosas. Entretanto, la tenemos vigilada. Por supuesto esto se lo digo confidencialmente.

—No se preocupe. Ahora yo le contaré algo. —Le hice el relato de todo lo que había ocurrido la noche anterior durante mi espera en casa de Donald Willsson.

Cuando acabé, el jefe apretó los labios y silbó. Exclamó sorprendido:

—Muy interesante, sí, señor. ¿Tenía sangre en la zapatilla? ¿Y dijo que su marido no volvería?

—Eso me pareció a mí —le respondí a la primera pregunta—. Sí —le respondí a la segunda.

—¿Ha vuelto a hablar con ella? —preguntó.

—Quería haberlo hecho, pero cuando fui esta mañana vi a un joven llamado Thaler en la puerta y pensé que sería mejor volver otro día.

—¿De veras? —sus ojos verdosos resplandecían felices—. ¿El Susurro fue a la casa?

—Sí.

Arrojó el puro al suelo, se levantó, puso sus recias manos sobre la mesa y se me acercó radiante de felicidad.

—Jovencito —dijo en tono amistoso—, se ha apuntado un tanto. Dinah Brand es la compañera del Susurro. Vámonos a intercambiar unas palabras con la viuda.

Descendimos del coche del jefe frente a la casa de mistress Willsson. El jefe se quedó plantado un momento en el primer peldaño observando el crespón de luto colocado sobre el timbre. Dijo:

—Adelante, cumplamos con nuestra obligación —y subimos la escalera.

A mistress Willsson no le alegraba nuestra visita, pero lo más normal es que se reciba a un jefe de policía si éste insiste.

Fuimos conducidos al primer piso. La viuda de Donald Willsson, sentada en la biblioteca, estaba vestida de negro. Parecía como si una capa de escarcha cubriera sus ojos azules.

Noonan y yo nos apresuramos a darle el pésame y empezamos:

—Venimos a hacerle unas preguntas nada más: ¿Adónde fue ayer por la noche?

Me echó una mirada desdeñosa, miró al jefe y respondió ofendida:

—¿Se puede saber a santo de qué vienen a interrogarme?

A lo largo del interrogatorio volví a escuchar la misma protesta muchas veces, y siempre el jefe continuaba sin inmutarse:

—O sea que al menos una de las zapatillas estaba manchada. La derecha o la izquierda, en fin, una seguro.

La mujer movía inconscientemente un músculo del labio superior.

—Hemos acabado, ¿no? —me preguntó el jefe. Pero sin dejarme tiempo para responder, giró su cara satisfecha hacia la mujer, chascó la lengua y añadió—: Por poco se me olvida un pequeño detalle. ¿Cómo sabía que su marido no iba a regresar?

Ella se levantó a duras penas apoyando su mano blanquecina en el respaldo de la silla.

—Espero que me perdonen...

—No faltaría más —dijo el jefe dibujando en el aire con su manaza un ademán de comprensión—. Siento que la estemos importunando. En realidad sólo queremos saber dónde estuvo anoche, cómo se manchó el calzado y cómo sabía que su marido no iba a volver. ¡Ah! y ahora que lo pienso: ¿a qué vino Thaler esta mañana?

Mistress Willsson se sentó otra vez, muy rígida. El jefe la observó. Una sonrisa amable surcaba su ancha cara de divertidas líneas y bultitos. Lentamente la mujer empezó a relajarse a partir de los hombros, bajó la barbilla, se curvó su espalda.

Me senté en una silla delante de ella.

—Creo que tendrá que contárnoslos todo, mistress Willsson. —Intenté hablar con un tono de voz reposado—. Comprenda la gravedad del asunto.

—¿Piensan ustedes que oculto algo? —preguntó desafiante, de nuevo erguida, vocalizando cuidadosamente, a excepción de sus características eses sordas—. Salí, es verdad. La mancha era de sangre. Sabía que mi marido había muerto. Thaler me visitó con este motivo. ¿Tienen que hacerme más preguntas?

—Nosotros ya sabemos eso —dije—. Lo que necesitamos es una explicación de los hechos.

Se levantó contrariada:

—Estoy harta. No quiero responder a un...

—Entendido, mistress Willsson, pero tendrá que acompañarnos a la Jefatura.

Mistress Willsson le dio la espalda, respiró profundamente y me espetó:

—Mientras esperábamos a Donald me llamó por teléfono un desconocido. Dijo que Donald había ido a casa de una mujer llamada Dinah Brand con un cheque de cinco mil dólares. Me dio la dirección. Fui hasta allí en el coche, y esperé junto a la acera sin bajarme hasta que Donald saliera.

»Entretanto vi a Max Thaler, al que conocía de vista, dirigirse a la casa sin decidirse a entrar. Se fue. En ese momento salió Donald, no me vio, ni yo quería que me viera, y siguió calle abajo. Pensé regresar a casa en el coche y esperarlo. Apenas arrancaba cuando oí el tiroteo y vi caer abatido el cuerpo de Donald. Bajé del coche y me acerqué. Estaba muerto. Me quedé petrificada. Apareció Thaler. Me dijo que me acusarían de homicidio si me veían allí. Me obligó a correr hasta el coche y volver a casa.

Estaba llorando al tiempo que me observaba a través de las lágrimas para ver cómo reccionaba ante su relato. No dije nada, ella me preguntó:

—¿Era eso lo que querían saber?

—Más o menos —dijo Noonan. Se retiró un poco—. ¿Qué vino a decirle Thaler?

—Me sugirió que lo mejor era guardar silencio —hablaba con una voz monótona e inexpresiva—. Me dijo que si se descubría que habíamos estado allí, nos convertiríamos en sospechosos, ya que a Donald le mataron cuando salía de casa de esa mujer después de entregarle el cheque.

—¿Se imagina de dónde pudieron venir los disparos? —preguntó el jefe.

—No. No me di cuenta de nada... pero... cuando vi desplomarse a Donald...

—¿Fue Thaler el autor de los disparos?

—No —atajó—. Vimos cómo se abría su boca y sus ojos se desorbitaban. Se tocó el pecho—. No sé. Yo creo que no fue Thaler. El me dijo que no había sido. No sé dónde estaba. Ni se me pasó por la cabeza que pudiera ser él.

—¿Sigue pensando igual? —preguntó Noonan.



La viuda de Donald Willsson, sentada en la biblioteca, estaba vestida de negro.

—Tal vez... Podría haber sido él.

El jefe me guiñó un ojo acompañando su gesto de un movimiento atlético de todos los músculos de su cara; siguió tirando de la cuerda:

—¿No sabe quién la llamó por teléfono?

—No me dijo su nombre.

—¿Reconoció la voz?

—No.

—¿Se acuerda de ella?

—Hablaba con cautela, parecía tener miedo de algo. No le oía bien.

—¿Eran tal vez una especie de susurro? —después de pronunciar la última palabra, el jefe se quedó con la boca abierta. Sus verdosos ojos echaban chispas rodeados de una masa rolliza de carne.

—Exacto, un susurro suave.

El jefe cerró la boca de golpe e inmediatamente la volvió a abrir en un gesto de urgencia:

—¿Podría ser la voz de Thaler?

La mujer se sobresaltó y nos miró con los ojos desorbitados.

—¡Fue él ! —gritó—. ¡Fue él!

Cuando regresé al hotel Great Western vi a Robert Albury, el joven auxiliar de caja del First National Bank, que me esperaba sentado en el vestíbulo. Le invité a subir a mi habitación, y pedimos agua con hielo para mezclarla con whisky escocés, zumo de limón y granadina; luego bajamos al comedor.

—Dígame lo que sepa sobre esa señorita —le dije al tiempo que empezaba a probar la sopa.

—¿No la ha visto aún? —preguntó.

—Aún no.

—¿Tampoco le han hablado de ella?

—Sólo sé que es una excelente profesional.

—Así es —convino—. Ya la verá. En una primera impresión le defraudará. Más tarde no podrá explicarse cómo ha podido cambiar de opinión. Cuando menos se lo espere estará usted contándole sus penas.

Una risa delató su juventud.

—Cuando llegue a ese punto es que habrá caído en el bote.

—Gracias por el aviso. ¿Y usted cómo lo sabe?

Sonrió ruborizado desde detrás de la cuchara de sopa que mantenía levantada del plato y me confesó:

—Por experiencia.

—Debió costarle muy caro... Me han dicho que a ella le gusta mucho el *dinero* (1).

—Sólo vive por él, pero no sé por qué a nadie le importa. A pesar de ser una mujer completamente materialista se le perdona. Ya me dirá lo que piensa cuando la conozca.

—Quizá. ¿Tiene inconveniente en explicarme qué pasó entre usted y ella?

—En absoluto. Me arruiné. Así de sencillo.

—Analizó usted la situación fríamente —dije.

Confirmó mis palabras con un movimiento de cabeza, un poco abochornado.

—No le preocupó demasiado, ¿verdad?

—¿Qué podía hacer? —su atractivo rostro juvenil se ruborizó aún más al seguir hablando—. Realmente me porté mal, Dinah me... Se lo contaré. Así sabrá más de ella. Yo tenía unos ahorrillos. Luego se acabó y... No olvide que yo era más joven y me había ena-

(1) En castellano en el original. (N. del T.)

morado como un bobo... Pues en el Banco no faltaba el dinero. Yo... Bueno, no creo que a usted le importe lo que hice o dejé de hacer. El caso es que Dinah lo supo. Jamás le ocultaré nada. Ese fue el fin.

—Ella le abandonó.

—Afortunadamente, sí. De no ser por ella, me estaría usted buscando... por desfalco. Gracias a ella no es así. —Frunció el ceño en un gesto que expresaba honestidad—: Por favor que esto no salga de aquí. Usted ya me entiende. Si le he explicado esto es para que vea su parte positiva, que la tiene. De sus otras facetas... ya se irá usted enterando.

—Quizá sea así. Pero también puede ser que lo pensara mejor y no juzgara oportuno comprometerse en un asunto tan arriesgado por el que no iba a ganar suficiente dinero.

El joven reflexionó pero no acabó de verlo claro.

—Quizá hiciera ese razonamiento, sin embargo debió haber algo más.

—Dicen que cobra sus servicios al contado.

—¿Y qué me dice de Dan Rolff? —preguntó.

—¿Quién es?

—Se hace pasar por hermano suyo, familiar cercano o algo por el estilo. Pero es mentira. Es un incurable. Tiene tisis. Vive con ella y ella le mantiene. No lo hace por amor, lo encontró y se lo llevó a su casa.

—¿Sabe más cosas?

—Andaba con un izquierdista. Y no creo que el tipo le pagara mucho.

—¿Un izquierdista?

—Es uno de los que vino cuando la huelga. Un tal Quint.

—¡Ajá! El también estaba en la cola.

—Dicen que se quedó aquí después de la huelga por ella.

—O sea que sigue en la cola.

—No. Dinah me contó que la tenía atemorizada. Quint le dijo que la iba a matar.

—Tarde o temprano todos sucumbieron ante ella.

—Sólo los que ella quiso —dijo muy en serio.

—Y el último fue Donald Willsson, ¿no? —pregunté.

—Lo ignoro. No he sabido nunca que tuvieran relaciones. El jefe de policía nos preguntó si había ingresado algún cheque de Willsson antes del de ayer; no había constancia de ningún otro. Nadie ha visto ningún otro.

—¿Sabe, por casualidad, quién ha sido su último cliente?

—La he visto por ahí con un tipo llamado Thaler. Tiene un par de casas de juego en la ciudad. Se le conoce por el sobrenombre del Susurro. Quizá sepa quién es.

Me despedí del joven Albury a las ocho y media y me fui al hotel Los Mineros, de Forest Street. Media manzana antes de llegar me encontré con Bill Quint.

—¡Hola! —le saludé—. Iba a verle.

Me dijo en tono desapacible:

—Vaya con el polizonte...

—Qué mala suerte tengo —protesté—. Me molesto en venir a tirarle de la lengua, y le dan el chivatazo...

—A ver, ¿qué quiere saber?

—Información sobre Donald Willsson. Le conocía, ¿verdad?

—Le conocía.

—¿Muy bien?

—No.

—¿Qué me puede decir sobre él?

Apretó sus labios grisáceos y sopló con fuerza entre ellos hasta producir un sonido desagradable.

—Un piojoso liberal.

—¿Conoce a Dinah Brand? —pregunté.

—La conozco.

Parecía como si el cuello se le hubiera engordado y menguado.

—¿Cree que mató a Willsson?

—No tengo la menor duda. Está claro.

—O sea... que no fue usted.

—Pues claro que sí. Yo le llevé la mano. ¿Tiene algo más que preguntarme?

—Sí, pero no vale la pena seguir oyendo mentiras.

Volví caminando hasta Broadway, paré un taxi y le indiqué al conductor la dirección, Hurricane Street, 1232.

4

Hurricane Street

Llegué ante una casita gris construida sobre una estructura de madera. A la llamada del timbre respondió un hombre delgado, con aspecto cansado, de mejillas demacradas en las que destacaban dos redondeles rojos del

tamaño de una moneda de medio dólar. No era difícil suponer que era Dan Rolff, el enfermo de tisis.

—Vengo a ver a miss Brand —le dije.

—¿Quién le digo que la busca?

Su voz era la de un enfermo al tiempo que mostraba un espíritu cultivado.

—Ella no me conoce. Quiero hacerle unas preguntas sobre la muerte de Willsson.

Fijó en mí unos ojos serenos, fatigados y oscuros, y dijo:

—¿Por qué?

—Trabajo para la filial de San Francisco de la Agencia Continental de Investigaciones. Nos interesa el asesinato.

—Una bonita profesión —dijo con sarcasmo—. Adelante.

Me condujo a una habitación de la planta baja donde una mujer joven estaba sentada detrás de una mesa llena de papeles. Eran publicaciones de agencias financieras, noticias sobre el movimiento de la bolsa de valores. Uno de los papeles mostraba los datos para apostar en una carrera de caballos.

El estado de la habitación era deplorable, todo estaba en desorden. Había muchos muebles desparramados por aquí y por allá, y nada parecía estar en su lugar.

—Dinah —me presentó al tísico—, este señor lo ha enviado desde San Francisco la Agencia Continental de Investigaciones para buscar pistas sobre la muerte de míster Willsson.

La chica se puso de pie, le dio un puntapié a unos periódicos que tenía delante y vino hacia mí con la mano extendida.

Medía aproximadamente cinco pies y ocho pulgadas, o sea que era un par de pulgadas más alta que yo. Tenía los hombros anchos, el pecho abundante, las caderas redondeadas y las piernas grandes con los músculos bien marcados. Al apretar su mano percibí una textura suave, caliente y fuerte. Aparentaba ser una chica de veinticinco años prematuramente envejecida. Unas líneas suaves le atravesaban las comisuras de los labios, grandes y sensuales. Otras se agrupaban en torno a los ojos protegidos por grandes pestañas. Unos ojos grandes y azules con reflejos sanguinolentos.

Una raya sinuosa partía en dos su cabello castaño, áspero y desaliñado. Se había pintado más el labio superior que el inferior. Llevaba un vestido color vino muy descuidado que se abría por todos los sitios en que no se había abrochado, o en los que sencillamente no existían broches. Tenía una carrera en la parte delantera de la media.



Lo ha enviado la Agencia Continental de Investigaciones para buscar pistas.

Así era Dinah Brand, la caprichosa mujer que manejaba a su antojo los hombres de Personville, según la voz popular.

—Me imagino que le ha mandado su padre —dijo mientras apartaba de una silla un par de zapatillas de piel de cocodrilo y una taza con platillo incluido para que pudiera sentarme.

La voz sonó dulce y aburrida.

Le dije la verdad:

—Donald Willsson me llamó. Le mataron mientras estaba esperándolo en su casa.

—Quédate, Dan —le dijo a Rolff.

Rolff entró de nuevo en la habitación. Dinah volvió a colocarse detrás de la mesa. El se sentó enfrente con la cara sin color apoyada en los huesos de una de sus manos. Me contemplaba inexpresivamente.

La chica arrugó la frente, se marcaron dos líneas en el entrecejo y preguntó:

—¿Sugiere usted que él sabía que le iban a matar?

—No lo sé. No sé qué quería conseguir. Tal vez alguna ayuda para su programa de reforma.

—¿Cree usted que...?

Protesté:

—Oiga, el que hace las preguntas es el detective, no me haga la competencia.

—Me gustaría saber lo que pasa —dijo, y dejó escapar una risa ahogada.

—A mí también. Por ejemplo, ¿puede explicarme por qué le exigió un cheque conformado por el Banco?

Por casualidad, Dan Rolff se arrellanó en el asiento para cambiar de postura y colocó sus delgadas manos por debajo del nivel de la mesa.

—¡Conque se ha enterado! —preguntó Dinah Brand. Cruzó las piernas. Se miró la carrera de la media—. Estoy hasta la coronilla de ellas. Prefiero no ponérmelas. Las compré ayer, me costaron cinco dólares..., y ya ve usted lo que ha durado. ¡A cada momento una carrera..., y otra..., y otra...!

—Eso no es un secreto —dije—. Me refiero al cheque, no a las carreras. Lo tiene Noonan.

Miró a Rolff, que por un momento apartó la vista de mí y afirmó con un gesto.

—Si habláramos el mismo idioma podríamos entendernos —dijo aburridamente mirándome con los ojos entornados.

—¿Se puede saber cuál es su idioma?

—El dinero —me aclaró—, mucho dinero. Lo adoro.

Sentencié:

—Quien ahorra gana. Yo podría ayudarle a ahorrar dinero y problemas.

—No le comprendo, pero parece que quiere decirme algo.

—¿No la ha interrogado la policía sobre el cheque?

Movió la cabeza negativamente.

Le dije:

—Noonan quiere acusarla a usted y al Susurro.

—No me asuste —dijo ceceando—. Soy una pobre muchacha.

—Noonan sabe que Thaler intervino en lo del cheque. Sabe que Thaler rondó la casa cuando Willsson estaba allí, pero que no entró. Sabe que Thaler estaba cerca cuando mataron a Willsson. Sabe que Thaler estuvo con una mujer junto al cadáver.

La chica se acarició la mejilla con un lápiz que había sobre la mesa. El lápiz hizo unas rayitas negras onduladas en el maquillaje.

La expresión de Rolff se animó. Me miraba fijamente con los ojos muy vivos y expectantes. Adelantó el cuerpo, aún con las manos ocultas bajo la mesa.

—Eso cuénteselo a Thaler —dijo—, no a miss Brand.

—Thaler y miss Brand se conocen —repuse—. Willsson vino con un cheque de cinco mil y lo mataron al irse. De no haber estado previamente conformado por el Banco, miss Brand hubiera tenido problemas para ingresarlo.

—¡Dios mío! —se quejó la chica—. De haber tenido intención de matarle, podría haberlo hecho aquí, sin testigos, o bien lejos de mi casa. ¿Cree usted que soy idiota?

—No digo que usted lo matara —dije—. Yo sólo sé que el obeso jefe quiere meterla en líos.

—¿Qué pretende usted? —me preguntó.

—Saber de una vez por todas quién lo mató. No quién pudo ni quién quiso matarlo, sino quién le mató.

—Yo le ayudaría —dijo ella— si compensara mis servicios.

—La tranquilidad —le advertí, pero negó con la cabeza.

—Me estoy refiriendo a dinero. Aunque mi ayuda sería importante, no pretendo una fortuna, sólo una modesta contribución.

—Imposible —le dije con una sonrisa—. Esto no es un negocio, es simple caridad. Imagínese que soy Bill Quint.

Dan Rolff saltó de la silla con los labios tan demacrados como toda su cara. Se sentó y la chica soltó una carcajada desinflada y alegre al mismo tiempo.

—Dan, este caballero cree que trabajé gratis para Bill. —Acercó hacia mí el cuerpo y colocó una mano en mi rodilla—: Es como si alguien supiera de antemano cuándo va a empezar y cuándo va a terminar la huelga en una fábrica. ¿No cree que sabiéndolo podría hacer un buen negocio bursátil con las acciones? No hay duda —se felicitó—. Créalo, Bill pagó el servicio.

—Es usted una niña consentida —le dije.

—¿Por qué estas miserias? —me preguntó—. No tiene por qué sacarlo de su bolsillo. Puede cargarlo en la lista de gastos.

No contesté. Posó la mirada en mí, en la carrera de la media y, por último, en Rolff, a quien dijo:

—Quizá después de tomar una copita sea más espléndido.

El hombre delgado abandonó la habitación.

Me hizo un gesto cariñoso y me rozó la pantorrila con la punta del pie.

—Compréndalo, no es el dinero en sí. Son los principios. Una chica tiene que valorarse, no puede hacer regalos.

Le sonreí.

—Ande, sea buen chico —pidió.

Rolff entró con sifón, una botella de ginebra, limones y un cuenco con trocitos de hielo. Bebimos los tres. El tísico volvió a salir. Discutí con la chica sobre el dinero, al tiempo que seguíamos bebiendo. Intenté hablar de Thaler y Bill. Ella insistía en su recompensa. Seguimos así hasta que acabamos la botella. Era la una y cuarto en mi reloj.

La chica dijo por trigésima o cuadragésima vez con una cáscara de limón en la boca:

—No va a salir de su bolsillo. ¿Qué le importa?

—El dinero no es el problema. Son los principios.

Me miró con sorna y se dispuso a dejar el vaso en la mesa. Le faltaron ocho pulgadas antes de llegar al borde. No sé si se rompió o no. Sólo recuerdo la satisfacción que experimenté al ver que no daba con la mesa.

—Que quede claro —dije, en un arrebato de seriedad—, no es imprescindible que me ayude. Puedo investigar por otro lado, sin necesidad de su información.

—Muy bien, pero tenga en cuenta que la última persona que le vio vivo fui yo, a excepción del que le mató.

—Se equivoca —repuse—. Su mujer le vio salir, caminar por la acera y caer.

—¿Su mujer?

—Sí. Había venido en un coche y estaba dentro esperándole.

—¿Cómo se enteró de que su marido estaba aquí?

—Thaler, me ha dicho ella, la avisó por teléfono de que su marido había venido aquí con el cheque.

—Me toma el pelo. Max no podía saberlo —dijo la chica.

—Me limito a repetir lo que mistress Willsson nos explicó a Noonan y a mí.

Escupió el resto de la cáscara de limón en el suelo, intentó peinarse con los dedos sin conseguirlo, se limpió la boca con el dorso de la mano, golpeó la mesa.

—Usted gana, sabihondo —dijo—. Le complaceré. Pero le juro que me va a pagar antes de acabar. ¿Qué se ha creído? —dijo, gritando en actitud desafiante.

Como no quería volver a discutir sobre el dinero, dije solamente:

—¡Deseo que así sea!

Recuerdo que se lo repetí varias veces muy convencido.

—Yo también. Escuche: los dos estamos como una cuba, y por mi parte estoy dispuesta a contestar todas sus preguntas. Si me agrada alguien, no tengo secretos para él. Yo soy así. Adelante, adelante, pregunte.

Lo hice.

—¿Cuál es la razón de que Willsson le diera cinco mil dólares?

—Una broma. —Se apoyó en el respaldo de la silla para reírse—. Mire. Quería sacar a la luz asuntos poco claros. Yo tenía alguna información: documentos y cosas que había guardado por si algún día valían algo. Soy muy curiosa. Conservé esos papelotes. Cuando Donald empezó su cruzada moral, le ofrecí mi mercancía. Vino a verla y comprobó que era canela fina. Sin duda. Hablamos del precio. Se mostró roñoso, aunque no tanto como usted. Hasta ayer estuvo el negocio abierto.

»Le di una última oportunidad, le llame por teléfono y le dije que tenía otro cliente, que si le interesaba la mercancía viniera por la noche con cinco de los grandes en la mano, o un cheque conformado por el banco. Era un puro montaje, pero él, que no era muy vivo, tragó.

—¿Por qué le citó precisamente a las diez? —pregunté.

—Fijé esa hora como podía haber fijado otra, en los negocios se hace así. ¿Quiere que le explique también por qué quería garantías respecto al cheque? Se lo diré. Se lo voy a decir todo. Una es así. Toda la vida he sido así.

Me atiborró la cabeza con explicaciones de este estilo, a lo largo de cinco minutos; me dijo cómo era ella, cómo había sido antes y por qué. Dijo que sí, que sí y que sí, hasta que pude pararla y decir:

—No lo dudo, pero, por favor, cuénteme lo del cheque.

Me guiñó un ojo y me llamó la atención con un dedo en el aire.

—Para que no pudiera dar la orden de anular el pago. Se hubiera dado cuenta en seguida de que era documentos impublicables, aunque auténticos de primera. Habría ido a la cárcel con su papá y todos los demás. El más perjudicado habría sido precisamente papá Elihu.

Me reí al tiempo que controlaba la resaca.

—¿Quiénes son los otros implicados? —pregunté.

—Toda la condenada pandilla —movió una mano en el aire—: Max, Lew Yard, Pete, Noonan y Elihu Willsson. La banda al completo.

—¿Estaba enterado Max Thaler de sus manejos?

—Por supuesto que no. Sólo Donald Willsson.

—¿Seguro?

—Segurísimo. No me gusta cantar victoria por adelantado.

—¿Y quién puede saberlo ahora?

—Me da igual —dijo—. Era sólo una broma. No podía utilizar esos papeles.

—¿Cree que a los dueños de los documentos les haría gracia? Noonan quiere acusarles del crimen a usted y a Thaler. Eso significa que encontró los papeles en el bolsillo de Donald Willsson. Todo el mundo sospechaba que su padre le utilizaba para acabar con ellos, ¿estoy en lo cierto?

—Sí, señor —dijo ella—; yo pienso igual.

—Quizá hace un planteamiento erróneo, pero qué más da. Si Noonan leyó los papeles que usted le vendió a Donald Willsson, y sabe quién se los vendió, puede deducir fácilmente que usted y su amigo Thaler apoyaban al viejo.

—Comprenderá que Elihu también estaba en el pastel.

—¿Que es lo que le vendió?

—Se levantó un nuevo Ayuntamiento hace tres años sin que ninguno de ellos perdiera dinero. Noonan comprenderá en seguida, si es que ha encontrado los papeles, que Elihu es el más perjudicado.

—No creo que le preocupe. Supondrá que el viejo tenía las espaldas cubiertas. Se lo repito, Noonan y sus amigos van a por usted, Thaler y Elihu.

—Me importa un bledo —dijo muy segura—. Era una broma. Sólo una broma y nada más.

—De acuerdo —arremetí—, así irá a la guillotina con la conciencia en paz. ¿Vio a Thaler después del crimen?

—No, pero puedo asegurarle que Max no lo mató, aunque rondara los alrededores.

—¿Cómo lo sabe?

—Se lo explicaré. Primero: Max no lo haría personalmente, contrataría a alguien, y se buscaría una buena coartada. Segundo: Max usa el calibre 38, y el que hubiera hecho el trabajo por él no usaría un calibre menor. ¿Qué clase de pistolero usa un 32?

—¿Quién lo hizo, pues?

—Le he dicho todo lo que sé —dijo ella—. Incluso le he facilitado demasiada información.

Me levanté y le dije:

—No es verdad, me ha dicho lo estrictamente necesario.



—De acuerdo —arremetí—, así irá a la guillotina con la conciencia en paz. ¿Vio a Thaler después del crimen?

—¿Piensa usted que sabe quién lo mató?

—Justamente, aunque quedan unos cabos sueltos antes de poder hacer una acusación en firme.

—¿Quién? ¿Quién? —dijo mientras dejaba la silla, recuperada en parte de la borrachera y cogiéndome por las solapas—. Dígame quién lo mató.

—Todavía no.

—Sea bueno...

—Todavía no.

Quitó las manos de las solapas, las colocó en la espalda y se rió en mis narices.

—De acuerdo. No me lo diga... y averigüe usted solito qué es verdad en todo lo que le he contado.

—De todas maneras, le agradezco las cosas sobre las que no me ha mentido y la ginebra. Si aprecia a Max Thaler puede informarle de que Noonan le está cavando una fosa.

5

Elihu el Viejo habla razonablemente

Llegué al hotel cerca de las dos de la madrugada. El conserje nocturno me extendió la llave y una nota en la que había un teléfono, 605 de Poplar, con el ruego de que llamase. Conocía ese número. Pertenecía a Elihu Willsson.

—¿A qué hora llamaron? —le pregunté al empleado.

—Algo más tarde de la una.

Parecía que era urgente. Me dirigí a la cabina y marqué el número. Me contestó el secretario del viejo, y me dijo que fuera lo antes posible. Le contesté que iría rápidamente, le pedí al conserje que me buscase un taxi y subí a mi habitación a beber un poco de whisky.

Me hubiera gustado estar totalmente despejado, pero no era así. Si esa noche tenía que seguir trabajando era mejor hacerlo con el suave calor del alcohol en el estómago. El trago me sentó bien. Llené una botellita de bolsillo de King George, la guardé y me dirigí al taxi.

Encontré la casa de Elihu Willsson totalmente iluminada. Me abrió la puerta el secretario sin necesidad de tocar el timbre. Su flaco cuerpo estaba temblando debajo de un pijama azul pálido y un albornoz azul oscuro. El rostro delgado se mostraba emocionado.

—¡Corra, corra! —dijo—. ¡Le está esperando míster Willsson! Y haga el favor de explicarle que es mejor que se lleven el cadáver.

Le dije que sí y le seguí hasta llegar a la habitación del viejo.

Elihu el Viejo estaba en la cama, igual que antes, pero ahora percibí una negra pistola automática encima de la colcha junto a sus manos rosáceas. En cuanto me vio, apartó la cabeza de los cojines y me espetó:

—¿Tiene usted tanto valor como desenvoltura?

Tenía un enfermizo rostro amoratado. Sus ojos ya no brillaban. Permanecían duros y enfebrecidos.

Le hice esperar mi respuesta, al tiempo que miraba el cadáver tirado en el suelo, entre la puerta y la cama.

Era el cadáver de un hombre bajo, gordo, con un traje marrón, caído boca arriba, con unos ojos detenidos en la contemplación del techo, bajo la sombra de la visera de una gorra gris. Tenía la mandíbula rota. El mentón ladeado dejaba ver un impacto de bala en la corbata y otro en el cuello de la camisa, que le había atravesado la garganta. Un brazo estaba oculto debajo del cuerpo. El otro tenía en la mano una porra de goma y cuero, tan gruesa como una botella. Estaba bañado en sangre.

Levanté la vista de aquel sucio despojo y la fijé en el viejo. Sonreía indolente.

—Es usted muy hablador —dijo—. Ya lo sé. Un rompehuesos al que no le gana nadie. Me pregunto si tiene algo dentro. ¿Tiene usted alguna virtud que pueda igualar su altanería? ¿O no hay nada detrás de sus palabras?

Era imposible ser amigo del viejo. Le miré desabrido y le advertí:

—Ya le dije que no viniera a buscarme si no pensaba entrar en razón.

—Lo recuerdo, joven. —Tenía un acento triunfante en la voz—. Le voy a decir las cosas claras y honestamente. Busco un hombre capaz de limpiar de basura Poisonville, de ahuyentar todo tipo de ratas, pequeñas y grandes. Es un trabajo de hombre. ¿Lo es usted?

—Déjese de retórica —rugí—. Estoy a su disposición para cualquier trabajo más o menos honrado que entre dentro de mi esfera profesional, siempre que esté dispuesto a pagarme. Toda esa palabrería sobre la basura y las ratas me deja frío.

—De acuerdo. No quiero que queden en Personville ladrones ni arribistas. ¿Queda claro?

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión de esta mañana a ahora?

Me dio una extensa explicación a gritos, con una voz tronante, salpicada de palabrotas. En resumen me dijo que él había sido el artífice de Personville, y que o seguía teniéndola en las manos o la destruía. No iba a permitir amenazas de nadie en su ciudad. Les había dado demasiado poder y ahora creían que podían decirle a él, Elihu Willsson, lo que debía hacer. Quería poner las cosas en su sitio. Acabó su perorata jurando, al tiempo que señalaba el cadáver:

—Por hacer esto, van a ver que el viejo tiene agallas todavía.

Hubiera deseado no estar medio trompa. Me desconcertaban las palabras del viejo. No las comprendía bien.

—¿Se lo mandaron sus colegas? —pregunté dirigiendo la cabeza en dirección al muerto.

—Esta habló por mí —dijo acariciando la pistola que estaba sobre la cama—, sí, creo que lo enviaron ellos.

—¿Y qué pasó?

—Nada importante. Escuché un ruido en la puerta, encendí la luz, apareció él; apreté el gatillo y, ahí lo tiene.

—¿Recuerda la hora?

—La una aproximadamente.

—¿No le ha movido desde entonces?

—Efectivamente. —Rió abiertamente con una risa brutal, y volvió a su discurso autocomplaciente—: ¿Le da náuseas ver un cadáver? ¿O es usted mismo quien le da miedo?

Sonreí. Lo comprendí todo. El viejo estaba aterrorizado. Intentaba ocultarlo por medio de fanfarronadas, una de las cuales era impedir que se llevaran el muerto. Deseaba tenerlo delante, verlo para no pensar en él como una defensa.

Eso era todo lo que pasaba.

—¿Está realmente dispuesto a limpiar la ciudad?

—No lo dude un instante. Sí.

—Será mejor que me deje hacer el trabajo a mi manera, sin hacer excepción con nadie. Ah, y quiero diez mil dólares por adelantado.

—¡Diez mil dólares! ¿Qué garantía tengo para darle esa cantidad a un desconocido? A un hombre que no ha hecho otra cosa que hablar.

—No bromeo. Le pagará usted a la Continental. Ya la conoce.

—Así es. Ellos también me conocen y supongo saben que tengo crédito...

—No es cuestión de solvencia económica. La gente a la que usted quiere dar un rapapolvos eran, hace muy poco tiempo, amigos suyos. Quién dice que no puedan volver a serlo. A mí no me importa. Pero no estoy dispuesto a seguirle el juego. No me voy a poner a su disposición para ayudarle a tomar las riendas de la ciudad a empellones, para que en un momento dado se canse de seguir adelante. Si quiere mis servicios, deposite el dinero que cubra los gastos hasta acabar el trabajo. Si sobra algo, se lo devolveremos. Si me contrata es para llegar al fondo, si no olvídese. Estas son mis condiciones. Usted decide.

—No hay trato, ¡por supuesto! —gritó.

Cuando bajaba las escaleras para irme oí su voz que me hacía volver.

—Se aprovecha de que soy un viejo —refunfuñó—. Si fuera más joven... —Me clavó unos ojos enérgicos moviendo los labios convulsivamente—. Tendrá su maldito cheque.

—¿Y me dejará mano libre?

—Sí.

—Cerremos el trato, pues. ¿Dónde está su secretario?

Willsson apretó un botón colocado sobre su mesilla de noche y apareció el sigiloso secretario rescatado de la sombra. Le hablé:

—Míster Willsson quiere firmar un cheque de diez mil dólares a favor de la Agencia Continental de Investigaciones, y desea escribirles a la filial de San Francisco autorizándoles a utilizar el dinero para investigar los trapicheos y corrupciones de Personville. Se ha de especificar en la carta que la agencia podrá utilizar el método que considere oportuno.

El secretario pidió la confirmación del viejo con una mirada y éste arrugó la frente al tiempo que inclinaba la blanca y redondeada cabeza.

—Primero —le dije al secretario antes de que se marchara —llame por teléfono a la policía y dígale que hay un ladrón muerto en la casa. Llame también al doctor de míster Willsson.

El anciano dijo que no deseaba ver a ningún médico.

—Le pondrán una inyección para dormir —le dije y pasé por encima del muerto para ir a coger la pistola de encima de su cama—. Pasaré la noche aquí y mañana me hablará usted de Poisonville.

Se veía al viejo fatigado. Su voz, al echarme en cara mi impertinencia por meterme en su vida privada, ni siquiera hizo que temblaran los cristales de las ventanas.

Retiré la gorra del muerto para verlo mejor. No lo conocía. Volví a colocársela.

Al ponerme de pie, el viejo me preguntó sin alterarse:

—¿Sabe algo acerca de la muerte de Donald?

—Si no me equivoco, un día más me bastará para aclararlo todo.

—¿Quién fue?

El secretario trajo la carta y el cheque. Se los di al viejo, dejando sin respuesta la pregunta. Firmó con una mano temblorosa, y cuando ya me los había guardado en el bolsillo, llegó la policía.

El primero de los polizontes que entró en la habitación fue el jefe en persona, el gordo Noonan. Saludó con un gesto amable a Wills-

son, me dio un apretón de manos y miró con sus ojos vivaces al cadáver.

—¡Caramba! —dijo—. Han hecho un buen trabajo. Yakima el Bajito. Y vaya juguetito que tenía. —Dio una patadita al muerto y la porra cayó de la mano—: Buen arma, capaz de volcar un tanque. ¿Lo liquidó usted? —me preguntó.

—Míster Willsson.

—Caramba, muy bien hecho —dijo, felicitándole—. Le ha quitado un buen peso de encima a mucha gente, entre la que me incluyo. Llévenselo, muchachos —ordenó a los cuatro hombres que tenía detrás.

Los dos hombres que vestían de uniforme arrastraron a Yakima el Bajito, de las piernas y las axilas; los otros dos cogieron la porra y una linterna que estaba debajo del cuerpo.

—Estaría muy bien que todo el mundo tratara igual a los de su calaña —dijo el jefe en medio de un extenso parloteo. Sacó tres cigarros del bolsillo, uno lo tiró en la mesa, me ofreció otro, y el tercero se lo llevó a la boca—. Estaba preocupado porque no sabía cómo encontrarle —me dijo mientras encendíamos los cigarros—. Tengo un asuntillo que puede interesarle. Por eso me encontraron libre cuando me avisaron. —Me dijo en voz baja al oído—: Voy a detener al Susurro. ¿Quiere venir conmigo?

—Sí.

—Me imaginé que sería así. ¿Qué tal, doctor?

Apretó la mano de un hombre que acababa de entrar, un hombre pequeño y rechoncho de cara oval fatigada y somnolientos ojos grises.

El médico fue hacia la cama, junto a la que había un hombre de Noonan preguntando a Willsson detalles del tiroteo. Seguí al secretario hasta el recibidor y le pregunté:

—¿Hay alguien más en la casa?

—Sí; el chófer y el cocinero chino.

—Será mejor que el chófer se quede en la habitación del viejo. Voy a salir con Noonan. Volveré lo antes posible. No creo que ocurra nada, pero de todas maneras no dejé solo al viejo. Es preciso que no hable a solas con Noonan ni ninguno de los suyos.

Los ojos y la boca del secretario se abrieron espantados.

—¿Hasta qué hora acompañó anoche a Donald Willsson? —le pregunté.

—Supongo que se refiere a anteanoche, la noche del crimen.

—Sí.



—¿Hasta qué hora acompañó anoche a Donald Willsson? —le pregunté.

—Exactamente, hasta a las nueve y media en punto.

—¿Estuvo con él de cinco y media a nueve y media?

—Desde las cinco y cuarto. Estuvimos ocupados en su despacho con unos balances y cosas por el estilo hasta un poco antes de las ocho. Luego fuimos a cenar a Bayard's y allí acabamos los asuntos pendientes. A las nueve y media se marchó a una cita, según dijo.

—¿Y le dio algunas pistas a usted sobre esa cita?

—No.

—¿No le explicó dónde iba ni a quién iba a ver?

—Sólo me dijo que estaba citado.

—O sea, que usted desconocía los pormenores.

—Sí, ¿por qué? ¿Cree usted que no es así?

—Supuse que le diría algo —y volví a los hechos de esa noche—: ¿Ha tenido hoy mís-

ter Willsson alguna visita, sin contar a la que recibió disparándole?

—Discúlpeme —dijo el secretario pidiendo perdón con una sonrisita—, no puedo decírselo si no me autoriza míster Willsson. Lo siento.

—¿Ha estado aquí algún hombre importante de la ciudad? Por ejemplo Lew Yard, o...

El secretario meneó la cabeza, y dijo otra vez:

—Perdone.

—Está bien, no vale la pena enfadarse por eso —dije derrotado, y fui hasta la puerta de la habitación.

Apareció el médico abotonándose el abrigo.

—Dormirá tranquilo —dijo deprisa—. Creo que debe quedarse alguien con él. Volveré mañana por la mañana.

Bajó la escalera apresuradamente.

Entré en la habitación. El jefe y el que había interrogado a Willsson estaban de pie al lado de la cama. El jefe sonrió feliz al verme. El otro me miró con desconfianza. Willsson estaba echado en la cama mirando al techo.

—Ya no tenemos nada que hacer aquí —dijo Noonan—; ¿nos vamos?

Dije que sí y le di las «buenas noches» al viejo, que me contestó «buenas noches» sin mirarme.

Entraron el secretario y el chófer, un joven alto, moreno y fuerte.

El jefe, el otro policía —un teniente de policía llamado McGraw— y yo cruzamos la planta baja y entramos en el coche del jefe. McGraw se sentó delante junto al conductor. El jefe y yo nos acomodamos en el asiento de atrás.

—Lo detendremos al amanecer, más o menos —me explicó Noonan mientras avanzábamos—. El Susurro tiene un garito en King Street. Suele abandonarlo al amanecer. Podríamos entrar por sorpresa, pero es mejor hacer las cosas tranquilamente, sin tiros. Caerá en nuestras manos al salir.

Pensé si caería en nuestras manos o en una tumba.

Le pregunté:

—¿Hay suficientes pruebas para que la acusación surta efecto?

—¿Suficientes? —rió con franqueza—. Si lo que nos dijo esa Willsson no es suficiente para conducirlo hasta la horca, yo soy un ratero.

Quise contestarle haciendo un chiste fácil, pero me contuve.

6

El garito del Susurro

Acabamos el recorrido automovilístico en una calle oscura flanqueada de árboles, no muy lejos del centro de la ciudad.

Una vez fuera del coche caminamos hasta la esquina.

Un hombrón embutido en un abrigo gris y sombrero gris calado hasta los ojos, nos salió al paso.

—El Susurro sabe lo que se prepara —dijo el hombrón al jefe—. Ha llamado a Donohoe para decirle que se va a quedar en el garito. Que intente usted sacarlo.

Noonan sonrió, se rascó una oreja y preguntó sin alterarse:

—¿Tienes idea de cuántos hombres hay dentro?

—Unos cincuenta.

—Bromeas. Es imposible que haya tantos a estas horas de la madrugada.

—¿No se lo cree? —protestó el enorme individuo—. No han parado de llegar desde hace una hora.

—¡Increíble! Alguien le ha dado el chivatazo. No tendrías que haberlos dejado entrar...

—Tal vez —dijo el hombrón molesto—, pero he cumplido sus órdenes, usted me dijo que no le impidiera la entrada o salida a nadie, pero que si salía el Susurro...

—Lo agarraras —completó el jefe.

—Sí, es verdad —dijo el hombrón, mirándome amenazadoramente.

Vinieron más hombres y estuvimos parlamentando con ellos.

Estaban todos descorazonados, menos el jefe. El parecía estar divirtiéndose. Yo ignoraba por qué.

El garito del Susurro era un edificio de ladrillo de tres pisos en el centro de la manzana, a sus lados había casas de dos pisos. La planta baja de la casa de juego era una tabacalería que hacía las veces de entrada y de tapadera del negocio clandestino. El Susurro había reclutado allí dentro, si nos podíamos fiar del grandullón, cerca de cincuenta amigos dispuestos a armar camorra. Noonan había distribuido sus efectivos alrededor de la casa en la calle de enfrente, en el callejón trasero y en los tejados de las casas vecinas.

—Bien, muchachos —dijo el jefe con corrección cuando todos hubieron expresado su opinión—, no creo que el Susurro esté más dispuesto a pelear que nosotros, si así fuera habría empezado el tiroteo, aunque yo no creo que realmente disponga de ese número de hombres. No lo creo.

—¡Va usted listo! —dijo el hombrón.

—Pues si no quiere problemas —continuó Noonan—, podríamos tener unas palabritas. Nick, ve a tratar de decirle que venimos en son de paz.

—Ni lo sueñe —dijo el hombrón.

—Pues habla con él por teléfono —sugirió el jefe.

—Eso es otra cosa —dijo el hombrón y se alejó.

De vuelta del teléfono, se mostraba radiante.

—Dice que se vaya a la mierda —informó.

—Avisa a los muchachos —dijo Noonan satisfecho—. Antes de que amanezca estará saldado este asunto.

Nick, el corpulento, y yo fuimos con Noonan a pasar revista a sus hombres en sus distintos emplazamientos. No era ningún espectáculo gratificador: un puñado de hombres desharrapados, de mirada torva, sin ningún interés por lo que iban a hacer.

El cielo había tomado una tonalidad grisácea. Noonan, Nick y yo nos paramos delante de la puerta de una fontanería, nuestro objetivo estaba en diagonal en la parte opuesta de la calle.

No había luz en el garito, las ventanas de los pisos de arriba, eran huecos negros y la tabacalería tenía bajadas las cortinillas de las ventanas y la puerta.

—No me agrada empezar sin ofrecerle antes una oportunidad al Susurro —dijo Noonan—. Es un buen muchacho. Pero no vale la pena hablarle. No le caigo bien.

Me miró. No hablé.

—¿Hablaría usted con él? —me preguntó.

—Sí. Voy a intentarlo.

—Muy bien. Se lo agradezco de corazón. A ver si le puede convencer de que salga pacíficamente. Dígale, ya sabe, que es por su bien y todo eso. Además es verdad.

—Sí —dije, y me acerqué a la tabacalería, tratando de acompasar el movimiento de mis manos, a todas luces vacías, con el de mis costados.

El día estaba naciendo lentamente. La calle tenía un color de humo. Mis pasos golpeaban el pavimento.

Me paré ante la puerta y llamé al cristal con los nudillos, suavemente. La cortinilla verde al otro lado del cristal hacía de azogue. Vi en él el reflejo de dos hombres que se movían al otro lado de la calle.

No se oía nada dentro. Insistí, con más fuerza, y después cogí el picaporte.

Me aconsejaron desde dentro:

—Lárgate si estimas en algo tu pellejo.

Era una voz sin relieve, pero no un susurro, por lo que supuse que no era el Susurro.

—Quiero hablar con Thaler —dije.

—Habla con el pedazo de alcornoque que te mandó venir.

—No hablo por Noonan. ¿Puede oírme, Thaler?

Un silencio. Luego la cansina voz dijo:

—Sí.

—Soy el agente de la Continental que le previno a Dinah de que Noonan quiere cargarle a usted el muerto. Déjeme hablar cinco minutos. No estoy aliado con Noonan, excepto en el deseo de impedirle realizar su asqueroso plan. Estoy solo. Puedo tirar la pistola al suelo, si quiere. Déjeme entrar.

Esperé. Todo dependía de si la chica le había contado el asunto. La espera se me hizo eterna.

La voz monótona dijo:

—Vamos a abrir, en ese preciso instante entre. Y no haga trampa.

—Preparado.

Se oyó la cerradura. La apertura de la puerta y mi entrada fueron simultáneas.

Al otro lado de la calle, apretaron doce gatillos. Saltaron por los aires los cristales de las ventanas y las puertas, cayendo trozos a nuestro alrededor.

Alguien me hizo caer. El terror me armó con tres cerebros y seis ojos. Noonan se había lucido. Les había dado motivo a esos tipos para que creyeran que estábamos de acuerdo.

Caí al suelo y me di la vuelta para quedar frente a la puerta. Antes de caer tenía la pistola en la mano.

En la parte contraria de la calle, Nick, el hombrón, salió de un portal para disparar a dos manos contra nosotros.

Apoyé el brazo con que sostenía la pistola en el suelo. Vi el enorme cuerpo de Nick en mi punto de mira. Apreté el gatillo. Nick no disparó más. Se cogió el pecho con las manos y cayó cruzado en la acera.

Unas manos me tiraron hacia adentro por los bolsillos. El suelo me desgarró la barbilla. Se cerró la puerta en el acto. Alguien dijo con sorna:

—Parece que no eres muy popular.

Me senté y levanté la voz sobre el ruido:

—Yo no he preparado esto.

El tiroteo cedió hasta acabar. La puerta y las ventanas estaban agujereadas. Se oyó un susurro en la sombra:

—Tod, tú y Slats haced guardia aquí. Los demás vamos arriba.

Cruzamos la trastienda, salimos a un corredor, subimos una escalera alfombrada y nos introdujimos en una habitación del primer piso, ocupada por una mesa de jugar a los dados, una mesa de *crap.* Era una habitación pequeña, sin ventanas y estaba iluminada con luz artificial.

Eramos cinco. Thaler se sentó y encendió un cigarrillo. Era pequeño y moreno, tenía la cara agradable excepto su boca, delgada y fuerte. Un chico rubio y cuadrado, de unos veinte años, vestido con ropa suave manufacturada, estaba echado en un sofá, lanzando el humo del cigarrillo al techo. Otro chico, también rubio y joven, pero no tan cuadrado, estaba ocupado en la colocación de su corbata rojiza y peinándose su pajizo cabello. Un hombre de cara chupada, que representaba unos treinta años, casi sin barbilla bajo la boca grande y blanda, se paseaba aburrido por la habitación tarareando *Carita de rosa.*

Me senté en una silla a dos o tres pies de la de Thaler.

—¿Va a seguir Noonan con el teatro mucho tiempo? —me preguntó.

No había ningún calor en sus broncos susurros, sólo un ligero enfado.

—Esta vez quiere pescarte —le dije—. Creo que habla en serio.

El jugador sonrió desdeñosamente.

—Me gustaría saber si realmente puede llevarme a la horca con unas cuantas pruebas incompletas.

—No tiene intención de llevarte a juicio.

—¿No?

—Quiere liquidarte por oponer resistencia a la detención, o por intentar huir. Para eso no va a necesitar pruebas.

—Se está haciendo muy astuto el viejo —dijo, los labios dibujaron una sonrisa. No parecía pensar en la posibilidad de ser él el verdugo de el gordo del jefe—. El día que me agarre, me lo habré ganado a pulso. ¿Y qué le has hecho tú?

—No quiere que le cree problemas.

—Es una lástima. Dinah me ha hablado bien de ti, excepto en lo que se refiere a tu sentido de la economía.

—Fue una visita cordial. ¿Puedes decirme qué sabes de la muerte de Donald Willsson?

—Lo mató su mujer.

—¿Estás seguro?

—La vi inmediatamente después, tenía una pistola en la mano.

—Eso no nos vale ni a ti ni a mí. Igual te lo has inventado. Con un poco de suerte se lo podría tragar un tribunal, pero no vas a poder montarles el numerito. Si Noonan te agarra, eres hombre muerto. Dímelo sin rodeos. Es la pieza que falta.

Tiró el cigarrillo, lo pisó con fuerza y preguntó:

—¿Tanto has avanzado?

—Dime lo que sepas y podré detener a alguien, si es que salgo de aquí...

Encendió otro cigarrillo y preguntó:

—¿Dijo la Willsson que yo la telefoneé?

—Sí..., cuando la hubo convencido Noonan. Ahora está segura..., creo.

—Te has cargado a Nick el Grande —dijo—. Me voy a arriesgar fiándome de ti. Esa noche me llamaron por teléfono. No sé quién pudo ser. Me dijo que Willsson había ido a casa de Dinah con un cheque de cinco de los grandes. ¿Y a mí qué? Pero, escucha, era extraño que un desconocido me avisara. Decidí ir. Dan me despidió desde la puerta. No me importaba. Seguía siendo extraño que me telefonearan. Me alejé para esconderme en un portal. Vi el coche de mistress Willsson parado en la calle, pero no sabía que ella estaba dentro, ni a quién pertenecía. El salió en seguida y se fue calle abajo. No vi los disparos. Los oí. En ese momento la mujer salió del coche y saltó sobre él. Yo sabía que ella no había disparado. Tenía que haberme largado. Pero todo eso me olía a chamusquina, así que cuando vi que era la Willsson me acerqué a ver si me enteraba de algo. Pura casualidad, ¿te das cuenta? El caso es que necesitaba una coartada si todo eso se volvía contra mí. Asusté a la mujer y nada más, de verdad.

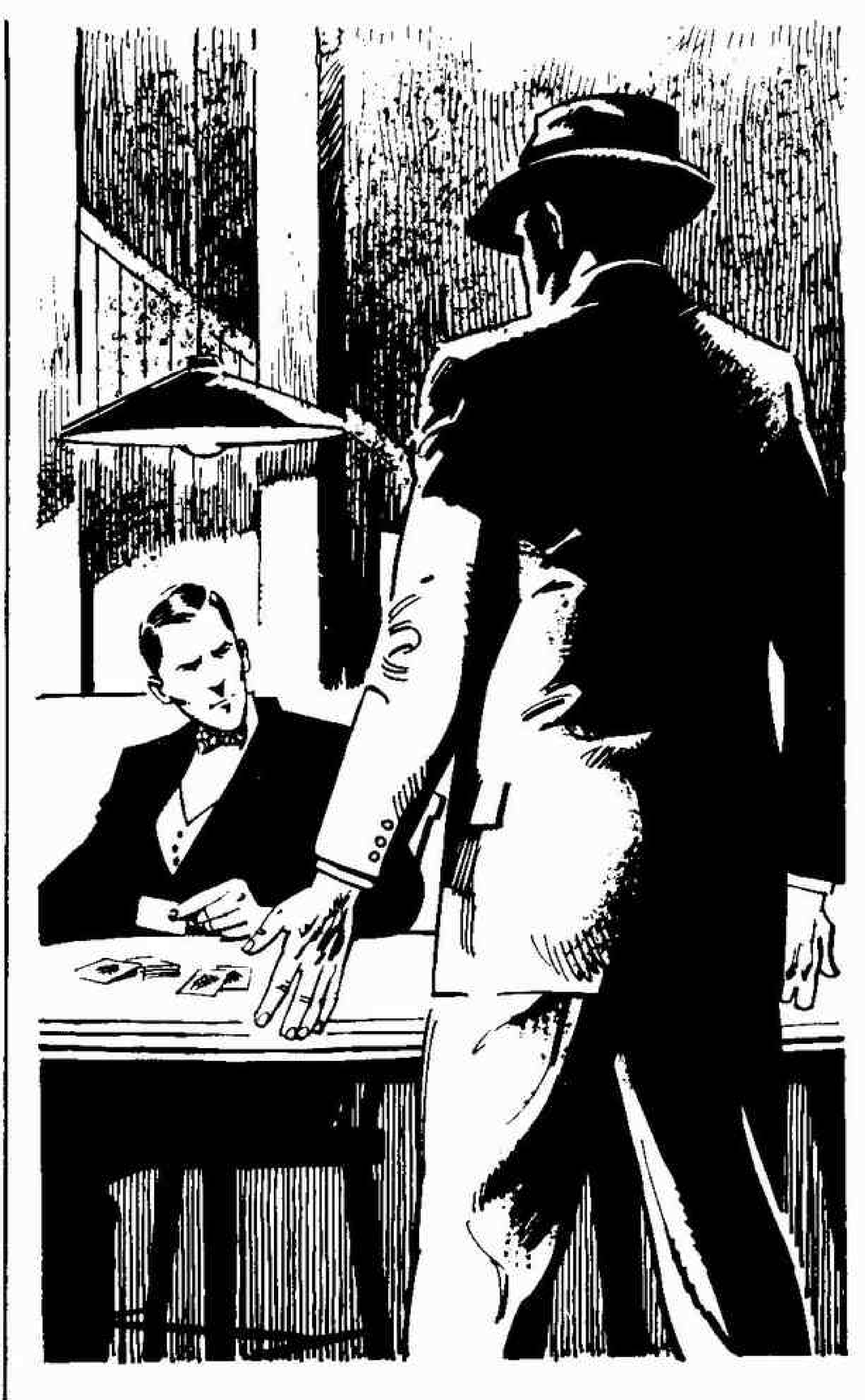
—Gracias —dije—. Eso es lo que quería saber. El problema ahora es salir vivo de aquí.

—No te preocupes —me tranquilizó Thaler—. Podemos irnos cuando queramos.

—Cuanto antes mejor. Y yo de ti me esfumaría. Ya sé que no tienes miedo a Noonan, pero es mejor cubrir las espaldas. Date el piro y no aparezcas hasta el mediodía, cuando las falsas acusaciones se desmoronen.

—Jerry, cómpranos unos billetes de salida. Y no le des más dinero de la cuenta.

Jerry cogió el dinero, levantó el sombrero de la mesa y se fue. Media hora después volvió y le entregó a Thaler unos billetes, diciendo sin emoción:



—Gracias —dije—. Eso es lo que quería saber. El problema ahora es salir vivo de aquí.

—Esperad en la cocina hasta que den el aviso.

Bajamos a la cocina. No había luz. Vinieron otros dos hombres.

Al cabo de un rato algo chocó contra la puerta.

Jerry abrió, descendimos tres peldaños y fuimos a parar al patio trasero. Era prácticamente de día. Eramos un grupo de diez hombres.

—¿No queda nadie? —pregunté a Thaler.

Contestó que no.

—Nick habló de cincuenta hombres.

—¿Cincuenta de los nuestros para enfrentarse a esa gentuza? —dijo con un gesto de asco.

Un guardia uniformado mantuvo abierta la puerta gruñendo nervioso:

—¡Vamos, chicos, de prisa, de prisa, os lo ruego!

Yo le hubiera obedecido, pero nadie lo hizo.

Atravesamos un callejón, un hombre corpulento vestido de marrón nos llamó desde otra puerta trasera, cruzamos por dentro de una casa, salimos a la calle contigua, y entramos en un coche negro estacionado en la acera.

Condujo uno de los chicos rubios. Le gustaba correr.

Pedí que me dejaran cerca del hotel Grand Western. El conductor miró a Thaler, que afirmó con la cabeza. Cinco minutos después estábamos en la puerta del hotel.

—¡Hasta la vista! —dijo el jugador, y el coche arrancó.

Observé que la matrícula del coche que daba la vuelta a la esquina pertenecía al cuerpo de policía.

7

Por eso le até las manos

Eran algo más de las cinco y media. Caminé unas manzanas hasta el rótulo luminoso que decía «Hotel Crawford». Subí unas escaleras para llegar a la conserjería de la primera planta, firmé en el registro de clientes, pedí que me despertasen a las diez, me llevaron a una habitación vulgar, eché un trago de whisky de la botellita, y me acosté con el cheque de diez mil dólares de Elihu y la pistola.

A las diez me arreglé, fui al First National Bank, vi a Albury, mi joven amigo, le pedí que conformara el cheque de Willsson. Creo que telefoneó al viejo para comprobarlo. Me lo trajo con los garabatos de rigor. Cogí un sobre, introduje la carta y el cheque del viejo, puse la dirección de la Agencia de San Francisco y un sello, salí y lo eché en el buzón de la esquina.

En ese momento regresé al Banco y le espeté al muchacho:

—¿Por qué le mataste?

Sonrió y repuso:

—¿A quién, al gallo Robin o al presidente Lincoln?

—¿No piensas confesar el asesinato de Donald Willsson?

—Siento no poderle complacer —sonriendo todavía—, pero no lo haré.

—Peor para ti —dije preocupado—. Este

no es el lugar más adecuado para discutirlo. ¿Quién es ese señor gordo que se acerca?

Se le subió el color de las mejillas:

—El míster Dritton, el cajero.

—Preséntame.

No le agradaba hacerlo, pero llamó al cajero por su nombre. Dritton, hombre pesado, de piel clara y rosa, con una hilera de cabellos blancos alrededor de la calva y gafas sin montura, se volvió hacia donde estábamos.

El ayudante nos presentó desganado. Apreté la mano del cajero sin dejar de mirar al chico. Me dirigí a Dritton:

—Le decía que sería mejor ir a un sitio más tranquilo para hablar. No creo que confiese sin que le tire un poco de la lengua, y, francamente, no me gustaría que los clientes del banco me oyeran gritar...

—¿Confesar? —al cajero se le abrió la boca.

—Eso mismo —dije, tratando de que mi cara, mi voz y actitud tuvieran la suavidad de las de Noonan—. ¿No se ha enterado de que Albury es el asesino de Donald Willsson?

El cajero esbozó una sonrisita de compromiso detrás de las gafas, creyendo que se trataba de una broma estúpida, pero luego se mostró desconcertado al mirar a su ayudante. El chico estaba rojo y su forzada sonrisa era patética.

Dritton se aclaró la garganta y dijo feliz:

—Una magnífica mañana. Está haciendo un tiempo magnífico.

—Perdone, ¿no hay ninguna habitación apartada donde podamos hablar? —insistí.

Dritton se movió nervioso y preguntó al chico:

—¿Qué... qué pasa aquí?

Albury contestó algo incomprensible. Yo dije:

—Si no hay ningún reservado... lo tendré que llevar a la Jefatura de Policía.

Dritton recogió las gafas que se habían deslizado nariz abajo, se las puso en su lugar con fuerza y dijo:

—Síganme.

Atravesamos el vestíbulo, una puerta y llegamos a un despacho con un rótulo que decía «Presidente», el despacho de Elihu el Viejo. No había nadie.

Le señaló una silla a Albury y cogí una para mí. El cajero se movía nerviosamente apoyado en el escritorio, mirándonos.

—Señor, puede explicarme...

—Todavía no —le dije, y girándome hacia donde estaba el chico continué—: Fuiste amigo de Dinah, pero ella te envió a paseo. Sólo tú la conocías bien y sabías lo del cheque conformado, como para telefonear a mistress Willsson y a Thaler. La pistola que mató a Willsson era del calibre 32, como las que usa el Banco. No sé si esa pistola era del Banco, yo creo que sí. Si no la devolviste, faltará una. De todos modos voy a pedir a un perito en balística que analice las balas que mataron a Willsson y las de todas las pistolas del Banco.

El chico me miraba callado, sin alterarse. Volvió a controlarse. Así no me valía. Me obligaba a ponerme hostil, y le dije:

—Te traía loco la muchacha. Me confesaste que si no llega a ser porque ella no quiso...

—No, no, se lo ruego —dijo, incapaz de hablar. Subió de color hasta bajar los ojos.

Le dije:

—Hablaste mucho, muchacho. Tenías mucho interés en explicarme toda tu vida. Como en un libro abierto. Suelen hacerlo los criminales novatos. Necesitan exagerar para que los crean.

Se miraba las manos. Volví a la carga:

—Sabes perfectamente quién la mató. También sabrás si la pistola era del Banco y si la repusiste. Si es así, estás en la red sin remisión. Los técnicos en balística lo dirán. Si no, te cazaré igualmente. De acuerdo. No te voy a decir si podrás huir. Tú lo sabes.

»Noonan quiere empapelar a Thaler el Susurro. No podrá sostener sus tesis ante un juez, pero como las pruebas son llamativas, si matan a Thaler, porque se resiste al detenerlo, el jefe de policía tendrá las manos limpias. Eso es justo lo que quiere hacer, matar a Thaler. Thaler se escapó anoche de su garito en King Street, que había cercado la policía. No lo han atrapado, si es que no lo están haciendo ahora. Si lo ve un policía, adiós Thaler.

»Si quieres apostar a una carta y no te importa que un inocente muera por ti, allá tú. Pero si no ves salida a tu caso, porque cuando se encuentre la pistola estarás perdido, por favor, libra a Thaler de una falsa acusación.

—Quisiera... —dijo Albury con media voz. Retiró la vista de las manos y vio a Dritton, y repitió—: Quisiera... —volvió a interrumpirse.

—¿Dónde está la pistola? —le pregunté.

—En la caja de Harper.

Miré al cajero muy serio y le dije:

—¿Podría ir a buscarla?

Respiró hondo al irse.

—Yo no quería matarlo —dijo el chico.

Le miré con un gesto que quería ser de una gran piedad.

—Llevé la pistola sin intención de matarle —insistió—. Estaba muy enamorado de Dinah, es verdad. Había días buenos y malos. El día que Willsson trajo el cheque fue malo. Sólo pensaba en que me había abandonado porque no tenía dinero y él le iba a entregar cinco mil dólares. La culpa fue del cheque, ¿lo comprende? Yo estaba enterado de su... relación con Thaler. Podría haber sido igual con Willsson... De no mediar el cheque. Sin el cheque no me habría importado. No lo dudo. Pero cuando vi el cheque... recordé que la había perdido por no tener dinero.

»Esperé frente a la casa esa noche y le vi llegar. Tenía miedo de mí mismo, era un mal día, y traía la pistola en un bolsillo. No pensaba hacer nada, se lo juro. Estaba asustado. Estaba obsesionado con el cheque y la razón por la que me dejó. No ignoraba que la mujer de Willsson era celosa. Lo sabía todo el mundo. Pensé que la podía llamar y decirle... No me acuerdo bien, el caso es que fui a la tienda y llamé. Después telefoneé a Thaler. Quería que fueran los dos. Si se me hubiera ocurrido alguien más relacionado con Dinah o Willsson también le hubiera telefoneado.

»Volví y seguí espiando la casa de Dinah. Llegó primero mistress Willsson, y más tarde, Thaler. Ambos observaban la casa. Me puse contento. Con ellos allí ya no tenía tanto miedo de mis posibles acciones. Después salió míster Willsson y caminó por la calle. Miré el coche de mistress Willsson y el portal donde se había escondido Thaler. Ninguno de los dos se movió, y Willsson se iba. Comprendí por qué quería que estuviesen allí: para que alguno hiciera por mí lo que yo no era capaz. No se movieron y Willsson se iba. Si uno de los dos se le hubiera acercado o dicho algo, yo no habría actuado. Pero se quedaron quietos.

»Me acuerdo que saqué la pistola del bolsillo. Lo veía todo como detrás de una nube, como si llorara. Quizá lloraba. No recuerdo los disparos, quiero decir que apuntara y apretara el gatillo, sólo el ruido, el ruido que hacía la pistola que tenía en la mano. No sé si Willsson cayó al suelo antes o después de que yo echara a correr por el callejón, o qué pasó. Ya en casa, limpié la pistola y la volví a cargar. A la mañana siguiente la deposité en el armario del cajero.

Cuando iba con el chico y la pistola hacia la Jefatura de Policía, le pedí me perdonara por el cariz melodramático que había dado al asunto, diciendo:

—Era preciso llamarte la atención, y ésa me pareció la mejor manera. La forma en que me contaste tu relación con Dinah me hacía ver que fingías lo suficientemente bien como para derrumbarte con un golpe directo y salvaje.

Hizo un movimiento que expresaba aflicción y dijo despacio:

—Se lo juro, no fingía. En el momento que vi el peligro, que pensé en la horca, Dinah, no... no pensé lo importante que era para mí. No comprendo cómo ni por qué... ¿me entiende? Por esto todo eso... yo... soy un miserable. Todo fue una miseria, de principio a fin.

No supe qué decir, por eso dije una frase tópica:

—Así es la vida.

En el despacho del jefe de policía hallamos a uno de los hombres que protagonizaron el asedio de la noche anterior, un rubio oficial de nombre Biddle. Me miró con ojos incrédulos, grises, curiosos, pero no me preguntó nada sobre lo que pasó en King Street.

Biddle llamó a un joven abogado, un tal Dart, ayudante del fiscal. Albury declaró ante Biddle, Dart y un taquígrafo, y no había terminado cuando llegó el jefe con cara de haber dormido poco.

—¡Caramba! Me alegro de verle —dijo Noonan dándome un apretón de manos y unas palmaditas en la espalda—. Tuvo mucha suerte anoche pudiendo escapar. ¡Malditos cerdos! Creíamos que le habían liquidado hasta que derribamos la puerta y vimos que no había nadie. ¿Cómo salieron de allí esos granujas?

—Dos de sus guardias los sacaron por detrás, les pasaron a la casa de al lado y les ayudaron a huir en un coche de la policía. Como me llevaron con ellos no tuve ocasión de avisarle.

—¿Dos de mis guardias hicieron eso? —preguntó impasible—. ¡Caray! ¿Cómo eran?

Se lo expliqué.

—Shore y Riordan —dijo—. Me lo podía haber esperado. ¿Y qué pasa ahora? —añadió señalando con su cara inflada a Albury.

Se lo resumí mientras el chico continuaba su relato.

El jefe sonrió satisfecho:

—¡Caramba, caramba! Me porté muy mal con el Susurro. Tendré que verlo y explicarle. ¿Cazó usted al chico? Magnífico, y se lo agradezco. —Me dio otro apretón de manos y dijo—: Se quedará en la ciudad un tiempo todavía, ¿no?



El viejo estaba debajo de unas mantas, en una butaca junto a la ventana.

—Por supuesto.

—Muy bien —me aseguró.

Fui a tomar un desayuno-almuerzo. Después me regalé un afeitado y un corte de pelo, envié un telegrama a la agencia solicitando mandaran a Dick Foley y Mickey Linehan a Personville, recalé en mi habitación para cambiarme de ropa, y me dirigí a casa de mi cliente.

El viejo estaba debajo de unas mantas, en una butaca junto a la ventana por donde entraba el sol.

Me extendió su regordeta mano y me felicitó por haberle echado el guante al asesino de su hijo.

Le di una respuesta de compromiso. No le pregunté quién se lo había dicho.

—Estoy seguro de que mi cheque de anoche —dijo— fue un pago adecuado a su servicio.

—Con el de su hijo estaba pagado.

—Pues tome el mío como una gratificación.

—Las normas de la Continental excluyen las gratificaciones.

Se enrojeció:

—¡Qué diablos pretende!

—No se le habrá olvidado el cheque. Era por desmantelar la red de crímenes y corrupciones de Personville —dije.

—Tonterías —dijo con desprecio—. Estábamos nerviosos. Debemos olvidarnos de eso.

—Yo no.

Llenó la habitación de insultos y gritos. Después dijo:

—Es mi dinero y no quiero que lo emplee en bobadas. Si no quiere aceptarlo en pago de lo que ha hecho, devuélvamelo.

—No hace falta que grite —le dije—. Lo que le voy a dar es una ciudad limpia. Así lo acordamos, y así lo voy a hacer. Ya sabe que a su hijo le mató Albury, no sus colegas. Saben que Thaler no los traicionó. Con su hijo muerto usted ha pactado el silencio en sus periódicos. Magnífico; no pasa nada.

»Me lo esperaba. Por eso le até las manos. Y siguen atadas. El cheque lo ha conformado el Banco, así que no lo va a recuperar. La carta de autorización quizá no sea un contrato pero para anularla tendría que llevarla ante un juez. Si quiere publicidad, hágalo. Yo le aseguro publicidad. Será suficiente para usted.

»Su gordinflón jefe de policía me quiso matar anoche. No me hizo gracia. Soy suficientemente rencoroso como para querer hundirle. Ahora me voy a reír yo. Tengo sus diez mil dólares para poderlo hacer. Y con ellos voy a rajar Poisonville de arriba abajo. Le mantendré informado. Espero que le satisfagan las noticias.

Me fui de la casa con la cabeza llena de sus exabruptos.

8

Informe reservado sobre Kid Cooper

Estuve gran parte de la tarde escribiendo los informes de los últimos tres días en relación al asunto de Donald Willsson. Después me relajé, fumé «Fátimas» y pensé en Elihu Willsson hasta la hora de la cena.

Bajé al comedor del hotel y apenas había encargado un bistec de lomo con setas cuando oí que me llamaban.

Un botones me condujo a una cabina telefónica. Oí la voz aburrida de Dinah Brand.

—Max desea verte. ¿Vienes esta noche?

—¿A tu casa?

—Sí.

Le aseguré que iría y volví a encontrarme con mi cena en el comedor. Cuando acabé subí a mi cuarto, en la quinta planta con vistas a la calle. Abrí la puerta con llave, entré y encendí la luz.

Una bala hizo un agujero en el marco de la puerta, casi rozándome la cabeza.

Otras balas abrieron boquetes en la puerta, en su propio dintel y en la pared, pero yo ya había puesto a buen recaudo mi cabezota, lejos de la ventana.

Sabía que enfrente había un edificio de cuatro plantas dedicado a oficinas y cuya azotea era casi paralela con mi ventana. Suponía que la azotea no tendría luz, en cambio en mi habitación estaba encendida. Siendo así era imposible asomarse.

Busque con los ojos algo que tirar a la lámpara; encontré una biblia y la arrojé. La bombilla explotó y se hizo la oscuridad.

Cesó el tiroteo.

Me arrastré a la ventana, y puesto de rodillas miré por la rendija de la parte inferior. La azotea estaba en sombras y, como mi ventana no estaba a su altura, sólo veía el perfil. Al cabo de un rato de mirar en esa posición con un solo ojo, se me resintió el cuello.

Llamé a la recepcionista por teléfono y le pedí me enviase al detective del hotel.

Era un hombre de vientre abultado, mostacho blanco y la frente tan pequeña como la de un niño. Llevaba un sombrero pequeño para que este dato pasase desapercibido. Su nombre era Keever. Se había puesto nervioso con los disparos.

Subió el director del hotel, un gordito con rostro, voz y actitudes cuidadas. No se inmutó. Adoptó una postura de no-tiene-demasiada-importancia, de mago ambulante al que le sale mal un truco.

Decidimos encender la luz, colocando una bombilla nueva, e hicimos un recuento de los impactos. Diez exactamente.

La policía vino, se fue y volvió a venir para decir que aún no se sabía nada. Noonan telefoneó. Habló con el sargento que dirigía las operaciones y después conmigo.

—Acaban de informarme del tiroteo —me dijo—. ¿Quién puede querer matarle?

—No tengo la menor idea —le mentí.

—¿No le ha alcanzado ninguna bala?

—No.

—Magnífico —dijo amablemente—. Cazaremos al pichón, sea quien sea, se lo aseguro. ¿Quiere que le deje una escolta por si intentan otro ataque?

—No, gracias.

—Si quiere, pueden quedarse —repitió.

—No, gracias.

Me dijo que le prometiera ir a verlo en cuanto tuviera un momento; aseguró que tenía toda la policía de Personville a mi disposición, me explicó que no se perdonaría si me pasaba algo, después se calló de una maldita vez.

Se retiró la policía. Me cambié de ropa y salí para Hurricane Street a fin de ver al susurrante tahúr.

Me abrió la puerta Dinah. Se había pintado los labios bien, pero el cabello seguía indomable, con la raya sinuosa y la parte alta de su traje de seda color naranja estaba salpicado de manchas.

—Vaya, no te han matado todavía —me dijo—. No tienes solución. Anda, pasa.

Entramos en el atiborrado cuarto de estar. Dan Rolff y Max Thaler jugaban a las cartas. Rolf movió la cabeza. Thaler se levantó y me dio la mano, al tiempo que me decía con su voz sin brillo:

—Dicen que vas a acabar con Poisonville.

—No es cosa mía. Un cliente mío desea que limpie un poco la ciudad.

—Desea, no. Deseó —me corrigió mientras tomamos asiento—. ¿Por qué no lo dejas?

Le largué una perorata:

—No. No me gusta el trato que me ha dado Poisonville. Me imagino que has vuelto con tus viejos colegas; de nuevo unidos, lo pasado, ya pasó. No queréis que os molesten. Eso también lo quise yo. Si no me hubieran molestado, ahora estaría en un tren camino de San Francisco. Pero no fue así. El que menos me dejó tranquilo fue el gordo Noonan. En dos días ha tratado de liquidarme dos veces. Demasiadas veces. Ahora lo voy a perseguir yo a él, hasta arrancarle las tripas. Poinsonville está preparada para la cosecha. Me gusta la tarea y la llevaré a cabo.

—Mientras puedas —me dijo el Susurro.

—Sí —convine—. Hoy he leído en el periódico que uno se había ahogado comiendo un pastelillo de chocolate en la cama.

—Interesante, pero eso no lo dice el periódico de la mañana —dijo Dinah desde un si-

llón donde tenía extendido su cuerpo exuberante.

Encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla debajo del sofá para que no diera impresión de descuido. El tísico recogió las cartas y las barajó una y otra vez sin motivo. Thaler arrugó la frente y dijo:

A Willsson no le importa que te embolses los diez billetes. Acéptalo.

—Soy alérgico. Los intentós de asesinato me irritan.

—Más te irritará caer en una fosa. Te aprecio, ¿sabes? Me avisaste de que Noonan quería darme problemas. Es mejor que te olvides de todo y te vayas a San Francisco.

—Te aprecio, ¿sabes? —dije yo—. Créeme, es mejor que te apartes de ellos. Ya te han tomado el pelo una vez. Lo harán de nuevo. De todas formas, ya huelen a verdugo. Ponte a buen recaudo, ahora que puedes.

—Soy feliz y sé cuidarme —dijo.

—Tal vez. Pero tú sabes que los negocios tan facilones no suelen durar. Ya te has comido lo mejor del pastel. Ahora es mejor que te olvides de él.

Negó moviendo su cabezota morena.

—Eres un tío con agallas, pero no vas a poder derribar el mundo a cabezazos. Es muy fuerte. Si creyera en tu empresa te ayudaría de todo corazón, ya sabes lo que opino de Noonan, pero no te vas a salir con la tuya. Olvídalo.

—No. Me he comprometido hasta el último centavo de Elihu.

—Te advertí que era demasiado duro de mollera para atender razones —dijo Dinah aburrida—. ¿Tenemos bebida en casa, Dan?

El enfermo de tisis se levantó y salió del cuarto. Thaler se encogió de hombros y dijo:

—Adelante, pues. Ya eres mayorcito para decidir por ti mismo. ¿Vas a ir al combate de boxeo de mañana por la noche?

Le dije que así lo esperaba. Dan trajo la ginebra y los complementos. Tomamos varios tragos. Hablamos de boxeo. No se volvió al tema de mi combate contra Poisonville. El tahúr daba la impresión de haberse despreocupado de mí, sin que mi inflexibilidad le molestara. Incluso me proporcionó un informe reservado sobre el boxeo, al decirme que cualquier apuesta al combate principal tendría éxito si el apostante tenía en cuenta que, seguramente, Kid Cooper vencería a Ike por fuera de combate en el sexto asalto. Parecía estar muy seguro, y a los demás no les impresionó la profecía.

Salí de allí a las once y volví al hotel sin problemas.

9

El cuchillo de mango negro

A la mañana siguiente me levanté con una idea rondándome la cabeza. Personville tenía solamente unos cuarenta mil habitantes. No era pues difícil que las noticias volaran. A las diez me dispuse a hacer volar una.

La divulgué por billares, tabacalerías, bares clandestinos, quioscos de refrescos y helados, esquinas, y por cualquier sitio donde hubiera alguien. Más a menos decía lo siguiente:

—¿Me da fuego...? Gracias... ¿Irá al combate de boxeo de esta noche? Me han dicho que lo más seguro es que Ike Bush se deje tirar al suelo en el sexto asalto... No debe fallar; me lo ha dicho el Susurro... Sí, sí, todos lo están, por supuesto.

A la gente le gusta oír noticias de fiar, y cualquier cosa que dijera Thaler era para poder fiarse. La buena nueva corrió satisfactoriamente. El cincuenta por ciento de los hombres a los que se la dije, la extendieron por ahí para presumir de que estaban bien enterados.

Al principio, las apuestas a favor de la victoria de Ike Bush por fuera de combate estaban en una proporción de dos contra tres. A las dos de la tarde la cosa se había igualado, y a las tres y media la balanza se inclinaba a favor de Kid Cooper, en dos apuestas contra una.

Por fin, acabé mi recorrido en el mostrador de un bar, donde repetí la historia a un camarero y también a un par de clientes, mientras me comía una empanada de carne caliente.

Cuando salía casi tropiezo con un hombre que me esperaba en la puerta. Era patizambo y su mandíbula inferior larga y fina le daba un aspecto porcino. Movió la cabeza para saludarme, y caminó a mi lado, masticando la punta de un palillo de dientes y mirándome de soslayo. Ya en la esquina me dijo:

—Es mentira.

—¿Qué? —pregunté.

—Eso de que Ike Bush se va a dejar zumbar. Es mentira.

—Pues no se preocupe. Pero las apuestas van dos contra uno a favor de Cooper, y

Cooper no ganaría si no fuera porque Bush le dejara.

La mandíbula de cerdo soltó el mondadientes desgarrado y dejó ver una hilera de dientes amarillos.

—El propio Bush me dijo que Cooper no le plantearía problemas, que lo tumbaría. No creo que me engañase adrede.

—¿Es amigo suyo?

—Hombre, amigo, lo que se dice amigo... Pero sabe que yo... Dígame: ¿es verdad que se lo dijo el Susurro?

—Se lo aseguro.

Lanzó una palabrota al aire.

—¡He apostado mis últimos treinta y cinco dólares por ese idiota, confiando en su palabra! ¡Le podría llevar a chirona por...! Dejó de hablar y miró hacia la calle. Le dije:

—En chirona, ¿por qué?

—Por mucho. Por nada.

Le sugerí:

—Si sabe algo sobre él, tendríamos que charlar un rato. No me importaría que Bush ganara. Si tiene usted buena información, podría ir a hablar con él.

Cuando salía casi tropiezo con un hombre que me esperaba en la puerta.



Me miró, miró la acera, buscó en el bolsillo del chaleco otro mondadientes, se lo puso en la boca y dijo de mala gana:

—¿Quién es usted?

Le dije mi nombre algo así como Hunter, Hunt o Huntington y le pregunté a mi vez. Me contestó que MacSwain, Bob MacSwain, y que si no me lo creía que preguntara por ahí. Le aseguré que no lo ponía en duda y pregunté:

—¿Qué? ¿Le echamos una mano a Bush?

Abrió los ojos brillantes, hasta que poco a poco se apagaron.

—No —dijo mientras tragaba saliva—. Yo no estoy hecho de esa pasta. Yo nunca...

—Nunca ha hecho otra cosa que dejarse vaciar los bolsillos. No irá usted a hablarle, MacSwain, iré yo, siempre que su información lo merezca.

Lo pensó, se pasó la lengua por los labios, lo que hizo que el mondadientes cayera y quedara pegado en la chaqueta.

—¿Y no le dirá a nadie que tomé parte en el asunto? —dijo—. Aquí me conoce todo el mundo y si se sabe... Yo no le denuncio, que la información sólo sirva para que pegue fuerte.

—De acuerdo.

—¿Puede jurármelo?

—Lo juro.

—Se llama en realidad Al Kennedy. Participó en el atraco de Keystone Trust, en Philly, hace dos años, cuando la banda de Haggerty el Tijeras liquidó a dos empleados. No lo hizo él, pero estaba presente. Andaba por Philly. Los cogieron a todos, pero él se largó. Por eso impide que su foto salga en los carteles o en los periódicos. También por eso está en la retaguardia, aunque es de los mejores. ¿Se da cuenta? El tal Ike Bush es Al Kennedy, al que busca la bofia por lo de Keystone. ¿Se da cuenta? El estaba en...

—Comprendo —dije parando el carro—. Habrá que ir a verle. ¿Dónde está?

—Se aloja en Maxwell, en Union Street. Supongo que estará allí, descansando antes del combate.

—¿Antes del qué? Pero si aún no sabe que combatirá... En fin, a ver si tenemos hoy suerte.

—¡Tenemos! ¡Tenemos! ¿Por qué dice *tenemos?* Me ha dicho..., me ha jurado que me cubriría.

—Sí —dije—. Me acuerdo. ¿Cómo es físicamente?

—Muy moreno, delgado, con sólo una oreja, pegada a la cabeza y las cejas unidas. No sé si se dejará convencer...

—De eso me encargo yo. ¿Dónde nos vemos?

—Estaré en el billar de Murry. No hable de mí, lo prometió.

El Maxwell era un hotel más de los doce que había en Union Street, hoteles empotrados entre dos tiendas, con escaleras sucias que subían a la conserjería de la primera planta. La conserjería del Maxwell era un simple ensanche del rellano, un llavero, un casillero para la correspondencia y un despintado mostrador de madera. Sobre él, un timbre de metal blanco y un libraco de registro de viajeros. No había nadie.

En la novena página del registro di con «Ike Bush, Salt Lake City, 214». La casilla que le correspondía estaba vacía. Subí más escaleras y llamé a la puerta número 214. Volví a llamar un par de veces y regresé sobre mis pasos.

Alguien subía. Lo esperé arriba para verlo. Había muy poca luz.

Era un chico delgado, pero con músculos, con camisa militar, traje azul y gorra gris. Las cejas le atravesaban la cara como una línea negra.

—Hola —saludé.

Movió la cabeza sin pararse ni hablar.

—¿Ganará esta noche?

—Haré lo posible —dijo sin más explicaciones, y continuó andando.

Di cuatro pasos en dirección a su habitación.

—Esperemos. No me gustaría que tuvieras que volver a Philly, Al.

Dio otro paso, se volvió despacio y, con un hombro apoyado en la pared, entornó los ojos y farfulló:

—¿Qué?

—Si te tumban en el sexto, o en otro asalto, un idiota como Kid Cooper, no me gustaría nada —dije—. No lo hagas, Al. Tú no quieres volver a Philly.

El jovencito hundió el mentón en el cuello y se acercó. Con un puño extendido hacia mí, se paró y adelantó un poco el brazo izquierdo. Tenía las manos separadas del cuerpo. Las mías estaban dentro de los bolsillos del abrigo.

—¿Cómo dice?

—Recuerdas bien —le dije—: si Ike Bush se deja vencer, Al Kennedy se va de viaje mañana, al Este.

Levantó el hombro izquierdo una media pulgada. Moví la pistola dentro del bolsillo; lo justo.

Refunfuñó:

—¿Cómo puede suponer que no voy a ganar?

—Bueno, lo he oído por ahí. No creo que signifique nada, si no es un billete para Philly.

—Le partiría la cara, gordo sinvergüenza.

—Es tu última oportunidad de hacerlo —le advertí—, porque si ganas esta noche no me vas a volver a ver; si pierdes, me verás, pero con las manos atadas.

Me reuní con MacSwain en el billar de Murry, en Broadway.

—¿Le vio?

—Sí, asunto concluido...; o le da por ahí y se larga, o le cuenta lo ocurrido a sus patrocinadores, o no hace caso de mis palabras, o...

MacSwain se inquietó extremadamente.

—Vaya con los ojos bien abiertos —me aconsejó—. Podrían querer librarse de usted. El... bien, he quedado con uno aquí al lado —me dejó.

En Poisonville los combates de boxeo se hacían en un barracón de madera, que fue casino de un parque de atracciones de las afueras de la ciudad. A las ocho, cuando llegué, estaba repleto de gente; se apiñaban en las estrechas filas de sillas plegables de la parte baja y aún más en los bancos colocados en las pequeñas tribunas.

Humo. Mal olor. Calor. Ruido.

Tenía asiento de tercera fila de ring. Cuando me encaminaba a ella vi a Dan Rolff en una silla de pasillo cerca de la mía. Estaba con Dinah. Se había cortado y rizado el cabello, y con su abrigo de piel gris parecía un objeto de lujo.

—¿Has apostado por Cooper? —me preguntó tras saludarnos.

—No. ¿Te has gastado mucho?

—Menos de lo que quisiera. Esperamos que se recuperaría el flaco, pero las apuestas decayeron.

—Da la impresión de que todo el mundo sabe que Bush se va a dejar pegar —dije—. Hace un rato he visto que alguien apostaba cien dólares a cuatro contra uno a favor de Cooper. —Inclinado sobre Rolff llegué al lugar del cuello de piel gris, donde estaba escondida la oreja de la chica y le dije—: No habrá tongo. Cúbrete cuanto antes.

Abrió los grandes ojos surcados de veni-

llas rojas y se ensombrecieron, preocupados, codiciosos, asombrados e incrédulos.

—¿Es verdad? —preguntó en voz baja.

—Sí.

Clavó los dientes en el labio inferior

—¿Cómo lo sabes?

No le contesté. Continuó mordiéndose los labios y dijo:

—¿Lo sabe Max?

—No lo he visto. ¿Ha venido?

—Me imagino que sí —dijo distraídamente, y su mirada vagó. Movía los labios como si contara algo.

—Hazme caso, es el momento —dije.

Se inclinó hacia delante para mirarme a los ojos, cerró cuidadosamente los dientes y sacó del bolso un fajo de billetes tan alto como una cafetera. Separó uno y se lo dio a Rolff.

—Toma, Dan, apuéstalo por Bush. Fíjate de todas formas, en esta hora que falta, por quién apuestan los corredores.

Rolff cogió el dinero y se fue a cumplir la orden. Me senté en su silla. Dinah colocó una mano en mi brazo y dijo:

—¡Como me hagas perder ese dinero, prepárate!

Le dije que no temiera.

Empezaron los combates, a cuatro asaltos, entre una serie de pelagatos. No veía a Thaler. La chica estaba inquieta y no prestaba atención, me preguntaba insistentemente cómo sabía la noticia y me amenazaba con las llamas de la hoguera si estaba equivocado.

Durante el último combate volvió Rolff y le dio a la chica un taco de boletos de apuestas. Estaba Dinah comprobándolos cuando me alejé para ir a mi asiento. Me dijo, sin levantar la vista:

—Nos vemos a la salida.

Kid Cooper subió al ring mientras yo intentaba llegar a mi silla. Era un chico coloradote, pelo trigueño, cuerpo algo pesado, cara con señales de golpes. Por encima de sus calzones morados sobresalía un poco de grasa. Ike Bush, alias Al Kennedy, se coló entre las cuerdas y se puso en la otra esquina. Su cuerpo era más saludable, magro, proporcionado, flexible, pero tenía una expresión pálida, preocupada.

Se presentaron los púgiles, escucharon en el centro del ring las advertencias de rigor, volvieron a sus esquinas, dejaron las batas, estiraron los músculos en las cuerdas, sonó el gong y empezó el combate.

Cooper no era hábil. Sus ganchos abiertos podían hacer daño, pero cualquiera con buenas piernas podía salir de su control. Bush tenía estilo: piernas ágiles, izquierda rápida y dúctil, y derecha rauda como un proyectil. Sería un crimen poner a Cooper frente a aquel flexible joven, de estar animado. Pero no era así. No procuraba vencer, sino no ganar. Le costaba trabajo.

Cooper daba vueltas al ring lanzando puñetazos a voleo, incluso contra las luces y los postes. Su táctica era esperar que a fuerza de prodigarse algún golpe alcanzara su objetivo. Bush se acercaba a la media distancia y se retiraba sin problemas, y llegaba a la compungida cara de su oponente cuando quería, pero daba sin fuerza.

Antes de acabar el primer asalto empezaron a oírse protestas del público. El segundo asalto fue idénticamente malo. Yo estaba preocupado. Parecía que había hablado en balde con Bush. Vi a Dinah por el rabillo del ojo. Trataba de comunicarse conmigo. Parecía sudar. Traté de que no se notara mi atención.

La demostración de camaradería continuó en el tercer asalto, y detrás se oía gritar al público: «¡Que se vayan!», «¡Dale un beso ahora!» y «¡A pelear!» El vals de los boxeadores llegó hasta la esquina más cercana a mi silla en un momento en que el público estaba sosegado.

Hice una bocina con las manos y grité:

—¡Vete a Philly, Al!

Bush estaba de espaldas a mí. Obligó a Cooper a dar la vuelta echándolo contra las cuerdas y quedó frente a mí.

Desde una fila trasera en un lugar de la sala se oyó ladrar:

—¡Vete a Philly, Al!

Imaginé que era MacSwain.

Un borracho, desde un lateral, levantó la cara pesada y dio igual grito, riéndose después como si hubiera hecho un chiste muy gracioso. Otros repitieron el grito, al ver que esas palabras incomprensibles, molestaban a Bush.

Sus ojos saltaban debajo de la línea de las cejas.

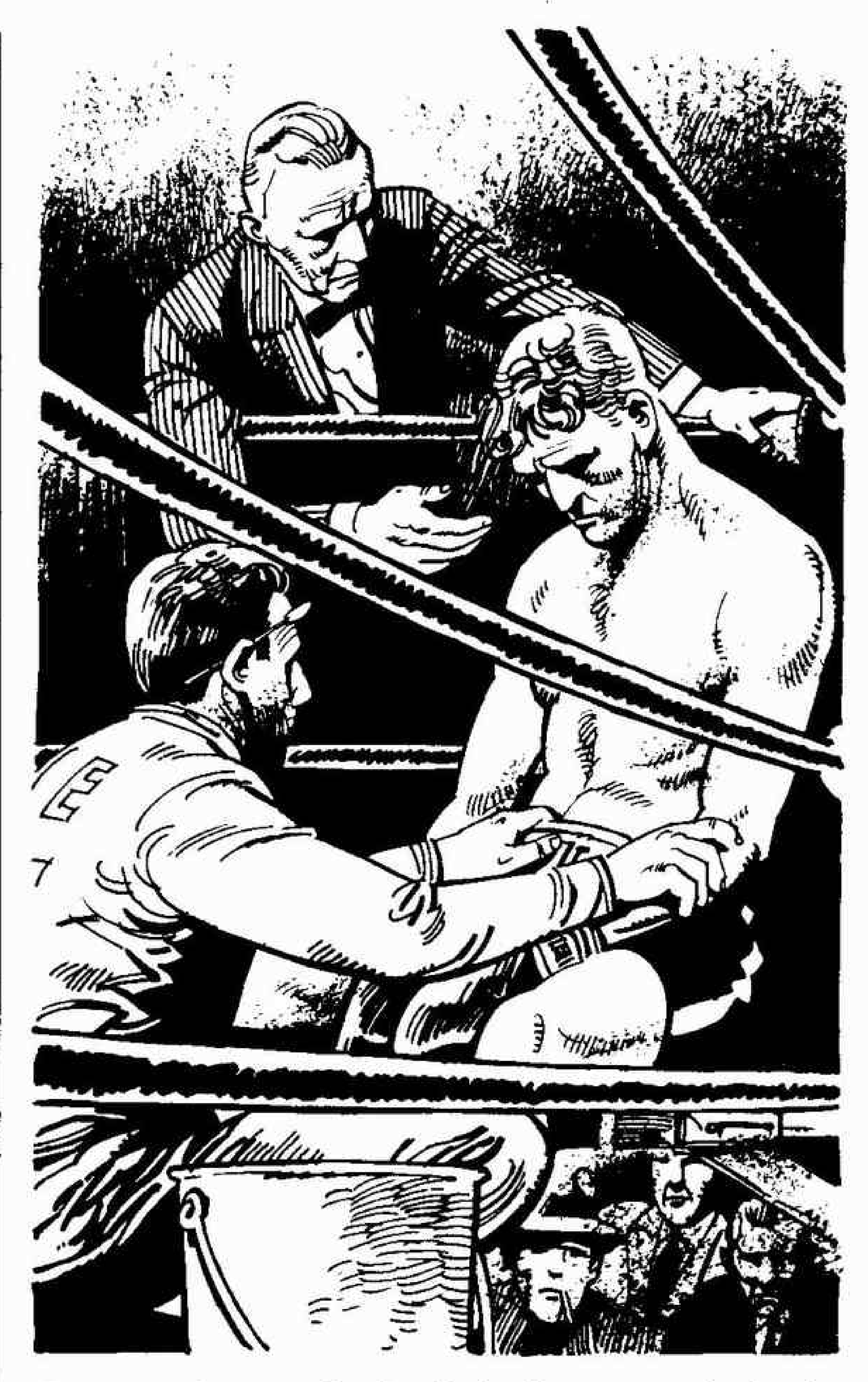
Uno de los ganchos gratuitos de Cooper dio en la mandíbula del joven flexible.

Ike Bush se derrumbó a los pies del árbitro.

El árbitro contó cinco en dos segundos, pero el gong lo separó.

Miré a Dinah y le sonreí. ¡Qué podía hacer! Ella también me miró, sin reír. Tenía tan mala cara como Dan Rolff, pero más airada.

Los segundos de Bush le llevaron al rincón y le reanimaron rutinariamente. El chico



Los ayudantes de Bush le llevaron al rincón y le reanimaron rutinariamente.

abrió los ojos en dirección a los pies. Sonó el gong.

Kid Cooper se levantó y caminó como un pato. Bush esperó al pobre hombre en el centro del ring, y le entró enérgico.

Golpeó y el guante casi desapareció en el estómago de Cooper. Cooper dijo «¡Ugg!» y se separó inclinado.

Bush le endosó un directo de la derecha en la boca y clavó la izquierda otra vez. Cooper repitió «¡Ugg!» y se le volvieron a doblar las rodillas.

Bush le alcanzó a uno y otro lado de la cabeza, preparó la derecha, puso la cara de Cooper en posición con un golpe largo de la izquierda y subió el brazo derecho formando una curva para dar en la mandíbula de Cooper desde abajo.

Todo el público experimentó el golpe.

Cooper fue a la lona, botó y se acurrucó. El árbitro tardó medio minuto en contar diez segundos. Podía haber tardado media hora. Kid Cooper estaba ya fuera de combate.

Al acabar el árbitro su lento contar, levantó el brazo de Bush. Ninguno de los dos parecía feliz.

Un imprevisto rayo de luz me sorprendió. Un fugaz reflejo, acompañado por un ruido sordo y seco, salió de uno de los graderíos.

Una mujer gritó.

Ike Bush dejó caer el brazo sostenido por la mano del árbitro y cayó fulminado sobre el cuerpo de Kid Cooper. Bush tenía metido en la nuca un cuchillo con un mango negro.

10

Se busca un criminal, hombre o mujer

Cuando salía del edificio, media hora después, vi a Dinah sentada al volante del pequeño Marmon color celeste, hablando con Max Thaler, inclinado en el camino.

El mentón de la muchacha estaba alzado. Su gran boca roja daba una expresión brutal a las palabras que pronunciaba y las líneas que la cruzaban eran profundas, duras.

El garitero tampoco ofrecía un buen aspecto. Su rostro bien modelado se había tornado amarillento y tenía una expresión dura como un roble. Las palabras que le resbalaban entre los labios no eran más gruesas que un papel.

Parecía ser una reunión familiar. No me hubiese acercado de no haberme llamado Dinah.

—¡Dios mío! Estaba inquieta esperándote.

Me aproximé al automóvil. Thaler me dirigió una mirada desapacible desde el otro lado del capó.

—Anoche te pedí que te fueras a San Francisco —el susurro fue más destemplado que un grito—. Ahora te digo que se acabó el plazo.

—Gracias por avisarme —dije, y me senté junto a la chica.

Mientras ella calentaba el motor, Thaler le dijo:

—Esta es la primera y la última vez que me vendes.

Dinah arrancó, volvió la cabeza sobre el hombro y le indicó:

—Vete al infierno, cariño.

En un momento llegamos a la ciudad.

—¿Murió Bush? —me preguntó al tomar una curva y entrar en Broadway.

—Sin remedio. Cuando lo pusieron boca arriba, la punta del cuchillo le había atravesado la garganta.

—Supongo que lo pensó dos veces antes de traicionarlos. Anda, vamos a comer algo. He ganado mil de los grandes. No está mal. ¿Cómo te fue a ti?

—No aposté. Y entonces... ¿a tu querido Max le ha hecho gracia?

—¿No has apostado? —gritó—. ¡Pero hombre! ¡Nunca he visto a nadie que no apueste seguro de ganar!

—No estaba tan seguro. ¿O sea que Max está molesto?

—Así es. Ha perdido mucho dinero. Y la ha tomado conmigo porque preví el resultado y aposté por el vencedor. —Paró el coche en seco delante de un restaurante chino y exclamó—: ¡Que me deje en paz ese enano!

Sus ojos acuosos brillaban. Se secó con un pañuelo y nos apeamos.

—¡Dios mío, estoy hambrienta! —dijo llevándome a la acera—. ¿Me invitas a tomar una tonelada de *chow mein?*

No se tomó una tonelada, pero casi, porque apuró su plato y la mitad del mío. Volvimos al Marmon y fuimos a su casa.

Dan Rolff estaba en el comedor. En la mesa, delante de él, había un vaso y un frasco de color caramelo oscuro, sin etiqueta. Estaba sentado muy erguido, concentrando la atención en el frasco. Olía a láudano.

Dinah se salió del abrigo de pieles y éste cayó entre una silla y el suelo; chasqueó los dedos nerviosa en dirección al tuberculoso y dijo:

—¿Has cobrado?

Sin apartar la vista del frasco, Dan sacó de un bolsillo escondido un taco de billetes y lo puso sobre la mesa. La muchacha se abalanzó, los contó dos veces y se los guardó en el bolso. La chica fue a la cocina y partió hielo. Me senté y encendí un cigarrillo. Rolff seguía mirando el frasco. Nunca teníamos qué decirnos. En seguida, la chica trajo ginebra, zumo de limón, sifón y hielo.

Bebimos y la chica le informó a Rolff:

—Max está que trina. Sabe que apostaste en el último momento por Bush, y el muy cretino cree que le he tomado el pelo. ¿Y qué he hecho? Tener sentido común: apostar por el ganador. ¿Tengo yo la culpa de lo que pasó con ese chico, la tengo?

—No.

—Claro que no. Max tiene miedo de que la gente pueda creer que él estaba en el asunto, y que cuando tú metías mi dinero también metías el suyo. Pues, lo siento por él. Me importa un bledo. Que se pudra el imbécil. Me tomaría otra copa.

Se sirvió ginebra y me dio a mí también. Rolff no se había bebido aún la primera copa y habló sin mover los ojos del frasco:

—¿Quieres que me ría?

La chica se disgustó y dijo agriamente:

—Quiero lo que me da la gana. El no puede tratarme así. No le pertenezco. Quizá piensa lo contrario, pero le voy a sacar de su error. —Se bebió de un trago lo que quedaba en el vaso, y lo apoyó ruidosamente en la mesa; se sentó para mirarme y preguntó—: ¿Es verdad que tienes diez mil dólares de Elihu Willsson para limpiar la ciudad?

—Sí.

Reflejó la codicia en sus sanguinolentos ojos.

—Si te ayudo, ¿me darías una parte?

—No puedes hacerlo, Dinah —dijo Rolff con una voz grave, suave pero imperativa, como si le hablara a un niño—. Sería repulsivo, sencillamente repulsivo.

La muchacha se volvió hacia él despacio. Se deformó su boca con la misma mueca que cuando hablaba con Thaler.

—Lo haré. Aunque tú pienses que caigo muy bajo.

El mantuvo silencio frente al frasco. Ella mostraba la cara enrojecida, dura, violenta. Por el contrario, su voz era suave y sensual:

—Es una lástima que caballeros tan dignos como tú anden con mujeres tan despreciables como yo.

—Eso se puede arreglar —dijo él con calma, y se levantó.

Dinah lo hizo a su vez y se le abalanzó, dando la vuelta a la mesa. Dan la miró inexpresivo, narcotizado. Ella dijo muy cerca de la cara del hombre:

—O sea, que soy demasiado repugnante para ti, ¿no es cierto?

El contestó impasible:

—Lo que opino es que traicionar a tus amigos con este tipo es asqueroso.

La chica le cogió una de las débiles muñecas y se la retorció hasta llevarlo al suelo. Con la otra mano abierta le dio media docena de bofetadas en cada una de sus chupadas mejillas. El podía defenderse con el brazo libre, pero no lo hizo.

Dinah lo soltó, se volvió y extendió el brazo hacia la ginebra y el sifón. Sonreía. No me hizo gracia su sonrisa.

Dan se levantó, cerrando los ojos un momento. Tenía la muñeca enrojecida por donde Dinah la había cogido, y tenía señales en la cara. Se afianzó sobre las piernas y me miró con los ojos entornados.

Sin cambiar de expresión en la cara ni los ojos, hurgó bajo la chaqueta, sacó una pistola automática negra y me disparó.

Pero como temblaba, no fue rápido ni apuntó bien. Me dio tiempo de tirarle un vaso que le dio en el hombro. La bala me pasó por encima y se empotró en algún sitio.

Antes de que volviera a disparar, le salté encima y conseguí darle un golpe en la mano para arrancarle la pistola. La segunda bala dio en el suelo.

Le di un puñetazo en la mandíbula. Cayó a pocos pasos de mí y no se levantó.

Di una vuelta a su alrededor.

Dinah se dispuso a golpearme la cabeza con el sifón, un pesado sifón de cristal que me hubiera destrozado la cabeza.

—¡No lo hagas! —ladré.

—No debiste pegarle así — me dijo muy enfadada.

—Ya no me puedo volver atrás. Cuídate de él.

Dejó el sifón y entre los dos le llevamos arriba, a la cama. Al ver que abría los ojos, la dejé que siguiera atendiéndolo y volví al comedor. Cinco minutos después llegaba Dinah.

—De acuerdo —dijo—. No era preciso ser tan violento.

—Sí, es verdad. Pero fue por su bien. ¿Sabes por qué quería matarme?

—Para que yo no vendiera a Max.

—No. Porque vi cómo le pegabas.

—No comprendo —dijo—. Le pegué yo.

—Te quiere, y lo has hecho otras veces. Ha reaccionado así porque sabe que tratándose de fuerza es inferior a ti. Y, como comprenderás, le ofende que otro hombre vea cómo le abofetean.

—En un tiempo creí entender a los hombres —se quejó—, pero no, no los conozco en absoluto. Están locos. Todos.

—Por eso le pegué, para que recobrara su dignidad. Lo traté como a un hombre, como un hombre y no un desgraciado a quien una chica puede zurrarlo.

—De acuerdo —emitió un suspiro—. Tú ganas. Vamos a echar un trago.

Bebimos y dije:

—Decías que me ayudarías si te daba parte del dinero de Willsson. Cuenta con ello.

—¿Cuánto?

—Depende. Según el valor de tu trabajo.

—Eso es muy relativo. No tiene ninguna garantía.

—Como tu colaboración, ¿no?

—Escucha, amiguito, yo puedo ayudarte, y mucho, conozco Poisonville palmo a palmo. —Se miró las rodillas y las medias grises, extendió hacia mí una pierna y dijo de mal humor—: ¡Fíjate otra vez! ¿Qué te parece? Estoy harta. No me voy a volver a poner medias.

—Es que tienes las piernas muy grandes. La malla no lo resiste.

—Basta. ¿Y cómo vas a hacer para santificar nuestro pueblo?

—Si no me han engañado, Thaler, Pete el Finlandés, Lew Yard y Noonan son los artífices de este apestoso estercolero que es Poisonville. El viejo Elihu también echó leña al fuego, pero no toda. Quién sabe. Además le disculpo mejor, es mi cliente.

»Mi idea es sacar a la luz los trapos sucios, todos los que pueden acusar a los demás para utilizarlos. Tal vez ponga un anuncio: "Se busca un criminal, hombre o mujer." Si son tan tramposos supongo que podré acusarlos de haber llevado a cabo un par de chanchullos.

—¿Esa era tu intención al estropear el tongo del combate?

—Era un experimento, a ver qué pasaba.

—Bonito método científico usáis los detectives. Teniendo en cuenta que eres un cuarentón, solterón y cabezota, tienes una manera de trabajar totalmente incoherente.

—Hay veces que se debe tener un método —dije—. Pero otras, basta con remover las cosas ocultas. Es un buen sistema... si eres fuerte para poder mantenerte vivo y tienes los ojos abiertos para ver lo que has estado buscando cuando por fin aparece.

—Brindemos por tu plan —dijo ella.

11

La cuchara adecuada

Bebimos de nuevo.

Dinah dejó el vaso, se lamió los labios y dijo:

—Si tu plan va a ser remover las cosas, tengo la cuchara adecuada para hacerlo. ¿Te han hablado de Tim, el hermano de Noonan

que se suicidó en el lago Mock hace un par de años?

—No.

—No te hubieran dicho nada bueno de él. El caso es que no se suicidó. Lo mató Max.

—¿Sí?

—¡Dios mío! Date cuenta de que te estoy dando una pista. Noonan era como un padre para Tim. Llévale pruebas y agarrará a Max con todas sus fuerzas. ¿No van por ahí sus intenciones?

—¿Hay pruebas?

—Dos personas oyeron de boca de Tim, antes de morir, la acusación. Las dos viven en la ciudad, aunque una no va a durar mucho. ¿Qué opinas?

Parecía decir la verdad, aunque esto no significaba nada hablando de mujeres, y menos de mujeres de ojos azules.

—Cuéntame el resto —dije—. Quiero detalles.

—Te los daré. ¿Conoces el lago Mock? Vamos allí en verano, está a treinta millas por la carretera del cañón. No vale nada, pero es fresco en verano, por lo que va mucha gente. Me refiero al verano de hace un año, al último fin de semana de agosto. Yo fui con un tipo, Holly. Volvió a Inglaterra, pero no importa, él no tiene que ver en esto. Parecía una vieja, se ponía los calcetines blancos de seda al revés para que los hilos sueltos no le dañaran la piel. Me escribió la semana pasada. Seguirá por ahí, qué más da.

»Estábamos allí, y allí estaba Max con una chica con la que iba entonces, Myrtle Jennison. Ahora esta muriéndose de nefritis, o una cosa así, en el hospital de la beneficencia. Era una rubita delgada muy guapa. Me caía bien, aunque cuando bebía un poco armaba mucho escándalo. A Tim Noonan le gustaba mucho, pero ella ese verano sólo quería estar con Max.

»Tim la perseguía. Era un buen mozo irlandés, guapote, pero también un imbécil fullero que salía adelante gracias a que su hermano era el jefe de policía. Seguía a Myrtle a todas partes. Ella no quiso contarle nada a Max para no indisponerse con el hermano de Tim, el jefe de policía.

»Por descontado Tim fue al lago ese sábado. Myrtle y Max fueron solos. Holly y yo fuimos con un grupo; vi a Myrtle y le hablé; me dijo que había recibido un mensaje de Tim, rogándole acudiera aquella noche unos minutos a un cenador del jardín del hotel. Le aseguraba que si ella no iba, se quitaría la vida. No le dimos crédito, ya que nos pareció mera estratagema para conseguir lo que



—Cuéntame el resto —dije—. Quiero detalles.
—Te los daré.

quería. Le aconsejé a Myrtle que no fuera, pero había empinado el codo demasiado y estaba tan alegre que se empeñaba en ir y escuchar a Tim.

»Esa noche estábamos bailando todos en el hotel. Durante un momento vi a Max y después le perdí de vista. Myrtle bailó con un tipo llamado Rutgers, un abogado local. Al cabo de un rato le abandonó y salió por una puerta lateral. Me guiñó un ojo, en el momento de salir, y comprendí que bajaría al jardín para ver a Tim. Apenas había salido, cuando oí un disparo. Nadie se dio cuenta. Yo también lo hubiera ignorado de no haber sabido lo de Myrtle y Tim.

»Le dije a Holly que quería hablar con Myrtle, y fui a verla. Hacía cinco minutos que había salido. Al salir vi luz y gente en uno de los cenadores. Bajé y... ¿Sabes?, tengo la garganta seca de tanto hablar.

Serví en los vasos dos largos chorros de ginebra. Ella fue a la cocina a por sifón y un

poco de hielo. Bebimos y continuó hablando.

—Tim Noonan estaba allí, muerto, con un tiro en la sien y la pistola al lado. Lo rodeaban unas doce personas, empleados del hotel, clientes, uno de los hombres de Noonan, un tipo de la bofia llamado MacSwain. En cuanto me vio Myrtle me condujo a un rincón en sombra, bajo los árboles. «Se ha matado Max —me dijo—. ¡Qué hago!» Me explicó que había visto el disparo y que por un momento creyó en un suicidio de Tim. Estaba muy lejos y no lo vio bien. Corrió hasta Tim, estaba revolcándose y gimiendo. «No tenía que matarme por ella. Yo hubiera...» El resto no lo llegó a entender. Seguía moviéndose, sangrando por el agujero de la sien.

»Pensó por un momento en Max, pero como no podía estar segura, se arrodilló y le levantó la cabeza para preguntarle: "¿Quién lo hizo, Tim?" Agonizaba, pero hizo un esfuerzo y dijo: "Max."

»Myrtle insistía sobre qué debía hacer. Le pregunté si era ella la única que oyó a Tim, y contestó que también el polizonte. Llegó cuando le levantaba la cabeza a Tim. Suponía que los demás no lo habían oído porque estaban lejos, pero el polizonte sí.

»No me hacía gracia que Max tuviera problemas por liquidar a un indeseable como Tim. No tenía, por entonces, nada que ver con Max, pero me caía mejor que los Noonan. Yo conocía a MacSwain y a su mujer. Había sido honrado, cabal como una escalera de póquer del as al cinco, hasta que se lió con la bofia. Se convirtió en uno de ellos. Su mujer agotó la paciencia y le abandonó.

»Como conocía al policía, le dije a Myrtle que podía ayudarla. Podíamos ponerle unos billetes en la boca para callarlo, y si no surtía efecto, Max lo enviaría al otro mundo. Myrtle conservaba la nota de Tim, amenazándole con el suicidio. Si se podía convencer al poli, el impacto, hecho con su pistola, y la nota podían arreglar el asunto.

»Dejé a Myrtle en la arboleda y fui a buscar a Max. No lo vi; había poca gente, pero la orquesta del hotel seguía tocando música de baile. Así que volví junto a Myrtle. Estaba preocupada por otra cosa. No quería que Max supiera que ella estaba al tanto del asesinato de Tim. Le tenía miedo.

»¿Te das cuenta? Temía que si un día se separaba de Max, éste la liquidase si se enteraba de que su vida dependía de ella. Pensé igual y me callé. Comprendí su sentimiento. De modo que decidimos tratar de que Max no se enterara de nada. Yo tampoco quería salir a colación.

»Myrtle se acercó al grupo que rodeaba a Tim y se llevó aparte a MacSwain para parlamentar. Llevaba algo de dinero. Le extendió doscientos dólares y una sortija con un diamante que le costó mil a un muchacho llamado Boyle. Yo creía que MacSwain querría más, pero no volvió a pedir. Se portó bien con ella. Consiguió, gracias a la nota la confirmación de suicidio.

»A Noonan esto le olía mal, pero no sabía por qué. Supongo que sospechaba de Max. Pero la coartada de Max era infalible, como para fiarse de él, y Noonan lo olvidó. De todas maneras, nunca se creyó el relato de los hechos. Se enfadó con MacSwain y le puso en la calle.

»Max y Myrtle se separaron poco después. No hubo riña, sino mero acuerdo. Yo creo que ella a partir de entonces no dejó de temerle, aunque Max no sospechaba nada. Ahora está enferma, a punto de morir. Imagino que si se le pide, no tendrá ya inconveniente en decir la verdad. Y MacSwain anda por ahí. También hablaría. Los dos saben lo de Max y Noonan, claro, se pondría muy contento con la noticia. ¿Qué? ¿Es un bien sitio por donde empezar a remover?

—¿Seguro que no fue un suicidio? —pregunté—. Quizá Tim pensó en el último momento acusar a Max.

—Ese fanfarrón era incapaz de suicidarse.

—Y Myrtle, ¿no le pudo matar?

—Eso pensó Noonan. Pero Myrtle no había tenido tiempo de bajar la pendiente cuando se oyó el disparo. Tim tenía restos de pólvora en la cabeza, y no creo que lo mataran arriba y luego lo bajaran rodando. Myrtle está descartada.

—¿Y Max había preparado alguna coartada?

—¡Por supuesto! Siempre está preparado. Estaba en el bar, al otro lado del hotel. Lo encontraron cuatro hombres, y, recuerdo, lo publicaron a los cuatro vientos, sin ser preguntados. En el bar había otros hombres que no estaban seguros de si era así, pero esos cuatro estaban segurísimo. Hubieran recordado todo lo que Max les dijera.

Se le abrieron mucho los ojos, y poco a poco se entornaron hasta no ser más que dos líneas de flecos negros. Se me acercó, y tiró sin querer el vaso con un codo.

—Uno de esos cuatro era Peak Murry. Está en malas relaciones con Max. Podría decir lo que sucedió en realidad. Tiene una sala de billar en Broadway.

—El tal MacSwain, ¿no se llama Bob? —pregunté, interesado—. ¿Un patizambo,

con la mejilla fina como el hocico de un cerdo?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Un poco. ¿A qué se dedica?

—Es el encargado de una barraca de feria. ¿Qué opinas del asunto?

—Interesante. Puede valerme.

—Pues hablemos de dinero.

Sonreí al ver sus ojos el brillo de la codicia.

—Más adelante, amiguita. Primero hay que ir por ahí haciendo regalitos a ver qué pasa.

Me dijo que era un guardapasta y se acercó la ginebra.

—Yo no quiero más, gracias —le dije mirando el reloj—. Casi son las cinco de la madrugada y voy a tener mucho trabajo.

Ella decidió que debía volver a tener hambre. Me di cuenta que yo también. Estuvimos media hora, o más, en la cocina preparando tostadas, jamón y café sin necesidad de hornillo. Tardamos un buen rato en tragarlo todo y fumar unos cigarrillos al tiempo que bebíamos más café. Cuando me dispuse a irme, eran las seis pasadas.

Ya en el hotel, me di un baño frío. Me animó mucho, que falta me hacía. A mis cuarenta años podía sustituir el sueño por ginebra, pero no siempre.

Me vestí, tomé asiento escribí un documento:

«Antes de morir, Tim Noonan me dijo que le mató Max Thaler. Bob MacSwain lo oyó. Le entregué a MacSwain doscientos dólares y una sortija con un brillante valorada en mil dólares para que no dijera nada y poder fingir un suicidio.»

Bajé con el papel en el bolsillo, desayuné de nuevo, café sobre todo, y me fui al Hospital Municipal.

Las visitas eran por la tarde, pero al enseñar mi credencial de la Continental, y declarar que mi retraso podría significar miles de muertes, o una cosa así, conseguí ver a Myrtle Jenninson.

Estaba sola en una sala de la tercera planta. Había cuatro camas más, vacías. Su edad podía ir de los veinticinco a los cincuenta y cinco años. Su cara era una máscara rígida y manchada. La flanqueaban dos trenzas rubias sin vida, echadas sobre la almohada.

Esperé que se fuera la enfermera que me había traído. Le extendí el documento a la enferma y le dije:

—¿Quiere firmar esto, miss Jenninson?

Me miró con ojos sin brillo, oscurecidos por las masas de carne que los rodeaban, y luego bajó la vista al documento. Finalmente sacó una mano gruesa y deforme de debajo de la cama para asirlo.

Fingió necesitar cinco minutos para leer las cuarenta y nueve palabras que yo había escrito. Dejó el escrito sobre la colcha y preguntó:

—¿Cómo lo sabe? —Su voz era metálica y nerviosa.

—Me mandó Dinah Brand para que la viera.

Esto motivó una pregunta inquieta:

—¿Sigue con Max?

—Si no me equivoco, no —mentí—. Me imagino que quiere tener esto por si algún día vale para algo.

—Y también para que la raje, por ingenua. Déjeme un lápiz.

Le extendí mi pluma estilográfica y puse mi cuaderno de notas debajo del documento para facilitarle hacer el garabato de su firma y lo sostuve en las manos hasta que ella acabó.

Cuando yo balanceaba la hoja al aire para secarla, me dijo:

—Si Dinah quiere esto, allá ella. ¿Qué me importan ya los demás? Yo he acabado. Que se pudran todos. —Se rió con sarcasmo y, de pronto, sacudió las sábanas hasta las rodillas para enseñarme un horroroso cuerpo hinchado debajo de un vulgar camisón blanco—: ¿Le agrado? Ya lo ve; estoy totalmente acabada.

La tapé de nuevo y le dije:

—Gracias por la firma, miss Jenninson.

—De nada. A mí me da igual. Pero —añadió con voz temblorosa— es muy doloroso verse morir tan fea.

12

Un asunto nuevo

Fui a buscar a MacSwain. Consulté inútilmente los anuncios y la guía telefónica. Visité billares, tabacalerías, bares clandestinos, primero sólo mirando, más tarde preguntando con precaución. Inútil. Anduve por la calle buscando patizambos. Inútil. Pensé que

sería mejor volver al hotel, echar un sueño y reanudar la búsqueda por la noche.

En una apartada esquina del vestíbulo había un hombre cubierto por un periódico abierto que me abordó. Era patizambo, mandíbula porcina; reconocí a MacSwain.

Le saludé con un movimiento de cabeza sin prestarle atención y seguí en dirección a los ascensores. Me siguió, gruñendo:

—¡Espere, amigo! ¡Sólo un momento!

—Bueno, pero sea breve —dije, y me paré. Fingiendo desinterés.

—Aquí no. Nos pueden oír —dijo inquieto.

Subimos a mi habitación. Se sentó en una silla con el respaldo por delante y se puso una cerilla en la boca. Me senté en la cama y esperé. Mordió un rato la cerilla y empezó así:

—Le hablaré claro, muchacho. Le diré...

—¿Me va a decir que ya sabía quién era cuando me abordó ayer? —le pregunté—. ¿Va a explicarme que Bush no le dijo que apostara por él? ¿Que no apostó nada por él hasta más tarde? ¿Que conocía su filiación porque estuvo en la policía? ¿Y que pensó que si yo le hablaba usted podía ganarse unos cuantos billetes apostando por él?

—Bueno..., no pensaba ir tan lejos —dijo—, pero usted lo ha dicho y yo lo corroboro.

—¿Ganó mucho?

—Seiscientos machacantes —dijo, echándose hacia atrás el sombrero y rascándose la frente con el mascado final de la cerilla—. Y luego los perdí junto a doscientos de mi bolsillo, jugando a los dados. Una pena, ¿no? Consigo seiscientos pavos sin mover un dedo, y luego me veo obligado a pedir cuarenta centavos para el desayuno.

Le dije que había tenido mala suerte, pero que la vida es así.

Asintió con un estertor, volvió a chupar la cerilla, la masticó otro rato y añadió:

—Por eso he venido a verlo. Yo estuve en la bofia, hace tiempo y...

—¿Por qué le despidió Noonan?

—¿Despedirme? ¿Qué es eso de despedirme? Me fui yo. Saqué algún dinero cuando murió mi mujer en un accidente de coche. El seguro, ¿comprende? Así que me piré.

—A mí me han dicho que lo dejó cuando su hermano se disparó.

—Le han mentido. Fue más tarde. Si no se lo cree, pregúntele.

—No me importa mucho. ¿Por qué ha venido a verme?

—No tengo pasta. Sé que trabaja para la Continental y el fregado en el que está metido. No se me escapa nada de lo que pasa por aquí. Podría ayudarle porque he sido polizonte y sé lo que hay que saber.

—O sea que quiere servirme de confidente.

Me miró fijamente y dijo sin pausa:

—Llámele así si usted quiere.

—Le voy a pedir algo, MacSwain —dije, mostrándole el documento de Myrtle Jenninson—. ¿Qué me dice de esto?

Se lo leyó de cabo a rabo, tranquilamente, moviendo los labios en silencio, y desplazando la cerilla. Se levantó, puso el papel en la cama, junto a mí, y lo miró malhumoradamente.

—Antes tengo que saber algo —dijo solemnemente—. Vuelvo dentro de un rato y se lo cuento todo.

Reí y le dije:

—No sea inocente. Sabe mejor que yo que no le voy a dejar escapar.

—No, no lo sé —y movió la cabeza, toda-

—Seiscientos machacantes —dijo, echándose hacia atrás el sombrero.



vía solemne—. Y usted tampoco. Sólo sabe que tendrá que retenerme a la fuerza.

—Así es —dije, al tiempo que pensaba que el tipo parecía duro y fuerte, tener de seis a siete años menos que yo y pesar veinte o treinta libras menos.

Estaba al pie de la cama y me miraba con majestuosidad. Yo estaba sentado al borde de la cama y le miraba sin ningún interés. Estuvimos así cerca de tres minutos.

En este tiempo estuve calculando cuánta distancia había entre nosotros, pensando que si me echaba en la cama y me daba la vuelta sobre una cadera, tal vez podría pararle la cara con los tacones de los zapatos, si me saltaba encima. Estaba muy cerca para ponerle la pistola enfrente. Al tiempo que terminaba mis estudios cartográficos, abrió la boca:

—Esa maldita sortija no valía mil dólares. Me doy por satisfecho habiendo sacado mil por ella.

—Por favor, sientese, y explíqueme.

Movió la cabeza y dijo:

—Dígame primero a dónde quiere ir a parar.

—Al Susurro.

—No hablo de eso. Me refiero a qué va a hacer conmigo.

—Me acompañará usted a la comisaría.

—Ni lo sueñe.

—¿Por qué? Sólo es un testigo.

—De lo único que soy testigo es de que Noonan puede liarme por soborno, o por complicidad, o las dos cosas. Y estoy seguro de que le gustaría.

Esa charla no nos conducía a ninguna parte, así que dije:

—Lo siento, pero va a venir.

—Intente llevarme.

Me erguí y puse la mano derecha detrás de la cadera.

Se lanzó sobre mí. Estiré el cuerpo a lo largo de la cama, me di la vuelta sobre la cadera e intenté darle en la cara con los pies, pero no resultó. Deseoso de cogerme chocó con la cama y la movió tanto que caí al suelo.

Caí boca arriba indefenso. Procuraba rodar para meterme debajo de la cama y sacar la pistola.

Al fallar el salto sobre mí, fue más allá de los pies de la cama y se cayó encima. Rodó a tierra de cabeza sobre mí, dio la voltereta.

Le apunté a un ojo con el cañón de la pistola y dije:

—Está consiguiendo que parezcamos un par de payasos. No se mueva mientras me pongo en pie o le hago un boquete en la cabeza, a ver si por ahí le pueden meter un cerebro.

Me levanté, vi mi documento y lo guardé; le dejé levantarse a su vez.

—Arréglese el sombrero y póngase la corbata bien para que no me ponga en evidencia por la calle —le ordené tras haberle cacheado por si iba armado—. Usted haga lo que quiera, pero no olvide que voy a llevar en el bolsillo del abrigo, bien cogido, una pistola.

Dio otra vez forma al deteriorado sombrero, se reacomodó la corbata, y dijo:

—Escuche: estoy con el agua al cuello, y no puedo rebelarme. Si me porto bien, ¿podría ser más pacífico? Será mejor que crean que voy por mi cuenta, sin ayuda de nadie.

—De acuerdo.

—Gracias, amiguito.

Noonan estaba comiendo fuera. Le esperamos delante del despacho. Al fin llegó y me saludó con el habitual *qué hay de nuevo..., magnífico,* etcétera, etcétera. No le dijo nada a MacSwain, aparte de echarle una ojeada hostil.

Entramos en el despacho del jefe. Me ofreció una silla junto a la mesa, tomó asiento en su sillón y se olvidó del antiguo poli.

Le extendí el documento de la joven enferma.

Lo miró, dio un salto del sillón y le plantó a MacSwain en la cara un puñetazo.

El impacto del puño lanzó a MacSwain contra una pared. El muro crujió por el golpe, y una fotografía de Noonan y otros próceres de la ciudad con botines, dando la bienvenida a alguien, se desplomó al mismo tiempo que el apaleado.

El gordo fue con sus pasos de pato hasta la fotografía, la tomó del suelo y la rompió sobre la cabeza y la espalda de MacSwain.

Regresó a la mesa exhalando aire, sonriendo y diciendo feliz:

—Es una rata. No creo que haya nadie más rata que él.

MacSwain se irguió y miró a su alrededor. Le sangraba la nariz, la boca y la cabeza.

Noonan le rugió:

—¡Acércate!

—Sí, jefe —dijo MacSwain. Se levantó vacilante y fue velozmente hacia la mesa.

—¡Larga lo que sepas o te mato! —dijo Noonan.

—Sí, jefe. Ella tiene razón, aunque ese culo de vaso no valía ni cinco. Pero me lo dio,

y doscientos pavos, para que no hablara, porque yo estaba delante cuando ella le preguntó: «¿Quién fue, Tim?» y él le dijo: «¡Max!» Lo dijo en voz alta, como si quisiera cantarlo antes de diñarla, porque la diñó en seguida, casi antes de cantar. Eso fue todo, jefe, pero el culo de vaso no valía...

—¡Maldito culo de vaso! —tronó Noonan—. Y para de sangrar sobre la alfombra.

MacSwain se hurgó el bolsillo y sacó un pañuelo nada limpio, se secó la nariz y la boca y prosiguió:

—Así fue todo, jefe, y así lo dije en su momento, aunque me callé lo que dijo Max. No debí hacerlo pero...

—¡Cierra el pico! —dijo Noonan, y apretó un timbre colocado sobre la mesa.

Entró un policía uniformado. El jefe señaló a MacSwain con el pulgar y dijo:

—Llévate a este pollo al sótano, y que los muchachos le den una buena sacudida antes de encerrarlo.

MacSwain empezó a defenderse alborotadamente:

—¡No, jefe...! —pero el policía se lo llevó antes de acabar.

Noonan me ofreció un cigarro, dio unos golpecitos con otro sobre el certificado y me preguntó:

—¿Dónde está esa tipa?

—En el Hospital Municipal, a medio morir. Mejor será que le pida al fiscal que le haga una declaración en regla. Ese papel no es muy legal. Lo hice para impresionar. Y cambiando de tema, he oído que Peak Murry y el Susurro se han enfadado. ¿No corroboró Murry su coartada?

—Sí, lo hizo —dijo el jefe. Cogió uno de los teléfonos—: McCraw —continuó—. Localízame a Peak Murry y dile que venga. Y que agarren a Tony Agosti por lanzar cuchillos.

Soltó el teléfono, se levantó, expulsó grandes bocanadas de humo, y dijo entre los nubarrones:

—Le debo mucho.

Pensé que eso disimulaba en gran manera la verdad, pero no dije nada y él prosiguió:

—Comprenda usted. Ya sabe lo que pasa. Hay que escuchar a todo el mundo. El hecho de ser jefe de policía no significa tener el poder. Quizá pensó que tendría muchos problemas alguien que me los puede crear a mí. Pero la cosa es diferente. Yo estoy con los que están conmigo. ¿Me entiende?

Asentí con la cabeza.

—Así era antes. Ahora es diferente. Es otra cosa. Un asunto nuevo. Cuando murió mi vieja, Tim era aún un niño. Me había dicho: «John, hazte cargo de él.» Yo le prometí que lo haría. Y el Susurro le mata por esa tipa. —Se dobló hacia adelante y me cogió una mano—: ¿Se da cuenta de lo que quiero decir? Eso pasó hace un año y medio, y usted me ofrece la primera oportunidad de acusarle de asesinato. Le quiero decir que nadie en Personville me va a decir nada malo de usted. Después de lo de hoy, voy a ser sordo a lo que digan.

Me gustó, y se lo dije. Nos echamos flores mutuamente hasta que vino un hombre descolorido con una nariz muy respingona en medio de una cara redonda y moteada de pecas. Era Peak Murry.

—Hablamos de la muerte de Tim —dijo el jefe, después de señalar a Murry una silla y darle un cigarro—. Nos preguntábamos sobre dónde podría estar el Susurro. Tú estabas en el lago esa noche, ¿verdad?

—Sí —dijo Murry. Daba la impresión de que su nariz se afinaba.

—¿Con el Susurro?

—Sí, pero no toda la noche.

—¿Estabas junto a él cuando se oyó el disparo?

—No.

Los ojos verdes del jefe se hicieron más pequeños y resplandecientes, y preguntó tranquilo:

—¿Te acuerdas de dónde estaba?

—No.

El jefe inspiró feliz y se arrellanó en el sillón.

—Maldita sea, Peak —dijo—, en su momento afirmaste que estabas con él en el bar.

—Sí, eso dije —reconoció el desproporcionado individuo—, sólo porque él me lo pidió y a mí me gusta ayudar a los amigos.

—¿Así que no te importaría que te acusara de perjurio?

—Ande, no diga tonterías —dijo Murry, mientras expectoraba con fuerza en la escupidera—. Yo no declaré ante un tribunal.

—¿Y Jerry, George Kelly y O'Brien? —preguntó el jefe—. ¿También dijeron que estaban con él, para ayudarle?

—O'Brien, sí. Los otros lo ignoro. Cuando salía del bar vi al Susurro, Jerry y Kelly, tomamos unas copas juntos. Kelly me informó de que se habían cargado a Tim. En ese momento, dijo el Susurro: «Nunca está de más una coartada. Todos estábamos aquí, ¿de acuerdo?», y miró a O'Brien que estaba al otro extremo. O'Brien dijo: «Tú estabas aquí.» El Susurro me miró y dije lo mismo. Ahora ya no tiene sentido que lo encubra.

—¿Kelly dijo que habían matado a Tim, o que le habían encontrado muerto?

—Dijo exactamente que se lo habían cargado.

—Gracias, Peak —dijo el jefe—. No debiste hacerlo, pero ya no hay remedio. ¿Qué tal están tus niños?

Murry dijo que estaban creciendo sanos, aunque el pequeño estaba un poco flaco, para su gusto. Noonan llamó por teléfono al despacho del fiscal y ordenó que Dart y un taquígrafo tomaran nota de la declaración de Peak, antes de que se retirara.

Noonan, Dart y el taquígrafo fueron al Hospital Municipal para tomar la declaración en regla de Myrtle Jennison. No fui con ellos. Pensé que tenía que dormir, le dije al jefe que luego nos veríamos y volví al hotel.

13

Doscientos dólares y diez centavos

Acababa de desabotonarme el chaleco, cuando sonó el teléfono.

Era Dinah Brand. Se quejó porque desde las diez trataba de localizarme.

—¿Has hecho uso de lo que te conté? —preguntó.

—Lo he estado analizando. Creo que es un buen material. Tal vez lo use esta tarde.

—No. Espera a verme. ¿Puedes venir ahora?

Miré hacia el blanco lecho vacío y contesté sin emoción:

—Sí.

No debí tomar otro baño frío, porque poco faltó para quedarme dormido dentro de la bañera.

Llamé a la puerta de la chica y me abrió Dan Rolff. Se había borrado de su cara todo recuerdo de la noche anterior. Dinah salió al vestíbulo y me ayudó a quitarme el abrigo. Tenía puesto un vestido de lana de color cuero con la costura del hombro descosida dos pulgadas.

Fuimos al cuarto de estar. Se puso a mi lado en el sofá y dijo:

—Quiero pedirte un favor. Yo te gusto, ¿no?

Contesté que sí. Paseó su dedo cálido por cada uno de los nudillos de mi mano izquierda y me explicó:

—He pensado que es mejor que no utilices la información que te di anoche. Espera un minuto. No he acabado. Dan estaba en lo cierto. No puedo traicionar a Max. Sería algo miserable. Por otro lado, tú a quien quieres cazar es a Noonan, ¿no es así? Entonces, sé buen chico y no molestes a Max. Te puedo contar cosas de Noonan como para hundirlo para siempre. ¿No es mejor? Y como te gusto no creo que te aproveches de mí utilizando unas palabras dichas en un momento de arrebato contra Max, ¿no es verdad?

—¿Qué sabes sobre Noonan? —pregunté.

—¿Prometido? —dijo en voz baja pasándome la mano por el bíceps.

—Aún no.

Hizo un puchero y dijo:

—He terminado definitivamente con Max. No tienes por qué utilizarme descaradamente.

—¿Me vas a contar algo sobre Noonan?

—Primero quiero que me hagas la promesa.

—No.

Me apretó el brazo con los dedos y me espetó:

—Bueno, ¿cómo puedo yo arreglar esto?

Me levanté y una voz ordenó:

—Siéntate.

Era una voz bronca, una especie de susurro. Era Thaler.

Me di la vuelta y lo vi recortado en el umbral de la puerta, sosteniendo en una de sus pequeñas manos una pistola de considerable tamaño. Detrás de él había un hombre con una cicatriz en el rostro enrojecido.

La otra puerta, la que daba al vestíbulo, también estaba custodiada. El hombre de la boca de buzón y mentón hundido a quien el Susurro llamaba Jerry estaba colocado allí. Llevaba dos pistolas. Más atrás, se veía por encima de su hombro a uno de los chicos rubios que estaba en el garito de King Street.

Dinah dejó el sofá, dio la espalda a Thaler y se acercó a mí. Me dijo con voz airada:

—¡Yo no tengo que ver con esto! Vino solo, me dijo que sentía lo ocurrido y que podíamos hacer un negocio redondo ofreciéndote a Noonan en bandeja. Era una trampa, y he picado. ¡Lo juro por Cristo! Acordamos que él se quedaría arriba mientras yo te lo proponía. No sabía que había venido acompañado. No sabía...

La cortó Jerry con unas palabras sin modulación:

—Me va a obligar a darle un tiro en la



Me levanté y una voz ordenó:
—Siéntate.

patita para que se siente. Sin duda. Y de camino, igual para de hablar, ¿estamos de acuerdo?

No veía al Susurro. La chica estaba parada entre los dos. Le oí:

—Ahora no; ¿dónde está Dan?

El musculoso rubito dijo:

—En el suelo del cuarto de baño. Tuve que darle un escarmiento.

Dinah se colocó frente a Thaler. Las costuras de las medias dibujaban eses en las pantorrillas. Dijo:

—Max, eres un sucio...

El susurró con calma:

—Calla y apártate.

Ella me sorprendió por ambos hechos y estuvo en silencio mientras Max hablaba:

—Así que Noonan y tú queréis hacerme apechugar con la muerte de su hermano, ¿no es cierto?

—No hay que obligarte a llevarla encima. Es tuya.

El me sonrió a través de sus labios, apretados a manera de dos finas líneas, y dijo:

—Sois igual de canallas el uno y el otro.

Repuse:

—Tú sabes que no. Cuando quería liarte con acusaciones falsas yo te ayudé. Pero ahora no miento.

Dinah perdió la calma y, agitando los brazos como aspas de molino, gritó furiosa desde el centro de la habitación:

—¡Fuera todo el mundo de aquí! Yo no tengo que ver con vuestros asuntos. ¡Fuera!

El rubito que le pegó a Roff pasó al lado de Jerry y entró en la habitación al tiempo que sonreía mostrando los dientes. Inmovilizó uno de los brazos de la chica y se lo puso a la espalda.

Ella se dio la vuelta y le golpeó el abdomen con el puño del otro brazo. Fue un puñetazo con todas las de la ley, como el de un hombre. El rubio tuvo que soltarla y retroceder.

El muchacho respiró hondo, cortó el aire con una porra de cuero que tenía colgada en la cintura y volvió a avanzar.

Jerry se rió, cosa que hacía desaparecer su mínima barbilla.

—¡Déjala! —susurró sin fuerza Thaler.

El muchacho no le hizo caso. Mugía descontrolado frente a la mujer.

Dinah se mantenía en guardia con la cara endurecida como un dólar de plata. Se apoyaba casi totalmente en el pie izquierdo. Imaginé que cuando el rubio se acercara recibiría una patada.

El rubito amenazó con la mano izquierda libre y lanzó un buen golpe de porra a la cara de la chica.

—¡Déjala! —insistió Thaler y disparó.

La bala alcanzó al rubito justo debajo del ojo izquierdo, lo que le obligó a dar un giro para caer de espaldas en brazos de Dinah.

Pensé que había sonado la hora. Ahora o nunca.

Con el tumulto, yo había podido llevar la mano a la cintura. Desenfundé la pistola y disparé al hombro de Thaler.

Erré el tiro. Si hubiera querido dar en el blanco, no habría fallado. La risa no cegó a Jerry, el del mentón oculto. Había disparado antes que yo, viniendo a darme en la muñeca, lo que desvió el tiro. Afortunadamente mi bala errada del cuerpo de Thaler, alcanzó y tiró al suelo al hombre que tenía detrás.

Como no sabía si mi lesión era grave, cambié de mano la pistola.

Jerry volvió a intentarlo. Pero la chica aguó su propósito echándole encima el cadáver. La amarilla cabeza exangüe le alcanzó

las rodillas. Me abalancé sobre él ante de que recuperara el equilibrio.

Gracias al salto, salí de la trayectoria de la bala que disparó Thaler. Fui dando tumbos al vestíbulo, sin soltar a Jerry.

Jerry no era un hueso muy duro, pero tenía que actuar con rapidez para librarme de Thaler, que estaba detrás mío. Le propiné dos puñetazos, una patada y al menos dos cabezazos, y antes de tener que morderle en alguna parte se desmoronó. Le di un puñetazo en la invisible barbilla por si estaba representando, y fui a gatas un trecho para apartarme de la puerta.

Me puse en cuclillas contra la pared y esperé cubriendo con la pistola la zona en la que estaba Thaler. No oía nada más que el bombeo de la sangre en las sienes.

Apareció Dinah por la puerta que había dejado, y miró primero a Jerry y luego a mí. Sonrió con la lengua fuera, me llamó con un gesto y volvió al cuarto de estar. La seguí con cautela.

El Susurro estaba plantado en el centro de la habitación. Estaba desarmado y sin expresión en el rostro. A excepción del rictus cruel de su boca parecía un maniquí en el escaparate de una tienda.

Dan Roff estaba detrás, y el cañón de su pistola apuntaba al riñón izquierdo del dueño de las casas de juego. El rostro de Rolff tenía mucha sangre. El rubio, ahora un cadáver entre Rolff y yo, le había dado fuerte.

Sonreí a Thaler y le dije:

—Esto sí que es una alegría.

No me había dado cuenta al hablar que Rolff mantenía otro cañón dirigido a mi curvada barriga. Eso no me dio tanta alegría. Sin embargo, mi mano estaba bien afianzada al revólver. En último caso, estábamos en igualdad de condiciones.

—Deja la pistola —dijo Rolff.

Miré a Dinah perplejo. Ella encogió los hombros y dijo:

—Aquí parece que el que manda es Dan.

—¿Sí? No me gusta este juego.

Rolff repitió:

—Deja la pistola.

Yo repuse agriamente:

—Ni mucho menos. He adelgazado veinte libras tratando de cazar a ese pichón, y puedo perder otras veinte en otra cacería.

—No me meto —dijo Rolff— en vuestra relación, pero no os voy a dar a ninguno de los dos...

Dinah había atravesado la habitación despacio. Cuando llegó a la espalda de Rolff le corté la palabra en seco dirigiéndome a ella:

—Si le haces pasar un mal trago, tendrás dos amigos: yo y Noonan. En Thaler ya no puedes confiar, así que no vale la pena que le ayudes.

Se rió y dijo:

—¿Cuánto, cariño, cuánto?

—¡Dinah! —le recriminó Rolff. Estaba indefenso. Ella estaba detrás y podía hacerse con él fácilmente. Rolff no le dispararía, y era casi seguro que haría lo que se proponía llevar a cabo.

—Cien dólares —pujé.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡He conseguido que por fin me hagas una oferta! Pero es poco.

—Doscientos.

—Eres valiente. Pero no te oigo.

—Inténtalo —dije—. Ese es el precio que pago por no arrancarle a Rolff la pistola de un disparo, pero de ahí no paso.

—Vamos, hombre. Empezaste bien. Adelante. Sube la oferta por última vez.

—Doscientos dólares y diez centavos y basta.

—Idiota —dijo ella—. No estoy dispuesta a hacerlo.

—Como quieras —le hice un gesto a Thaler y le dije—: Cuando pase lo que va a pasar trata de no moverte.

—¡Espera! —gritó Dinah—. ¿Vas a volver a las andadas?

—Voy a llevarme a Thaler, contra viento y marea.

—¿Doscientos dólares y diez centavos?

—Sí.

—Dinah —dijo Rolff sin apartar la vista de mí—, no vas a...

Dinah se echó a reír, se acercó a su espalda, le abrazó con fuerza y le hizo bajar los brazos pegándoselos a los costados.

Aparté a un lado a Thaler y seguí apuntándole al tiempo que cogía las armas que Rolff tenía en las manos. Dinah volvió a dejar al tísico.

Anduvo dos pasos hasta el comedor y dijo cansinamente:

—No hay...

Y se derrumbó instantáneamente, cayendo al suelo.

Dinah se le acercó rápidamente. Yo empujé a Thaler al vestíbulo, pasamos juntos al dormido Jerry, y lo conduje a un recodo de la escalera principal donde había visto el teléfono.

Marqué el número de Noonan y le dije que tenía a Thaler, y dónde estaba.

—¡Madre de Dios! —dijo—. ¡No vaya a matarle antes de que yo esté allí!

14

Max

La noticia de que el Susurro había sido detenido se extendió rápidamente. Encontramos reunidas en la puerta del Ayuntamiento alrededor de cien personas, que vieron cómo Noonan, los guardias que le habían acompañado y yo mismo, conducíamos al tahúr y a Jerry, ya repuesto.

No todo el mundo estaba contento. Los hombres de Noonan, gente a la que la mejor palabra que se les podía aplicar era miserables, paseaban arriba y abajo pálidos y preocupados. Noonan en cambio, animado por su victoria, era el hombre más feliz del oeste del Mississippi. Ni siquiera el poco éxito que tuvo con Thaler en el interrogatorio, abusando de su autoridad, estropeó el placer que sentía.

El Susurro no cejó ante las trampas que le tendían los policías. Insistía en hablar con su abogado, y sólo con él, y se mantuvo en sus trece. A pesar de que Noonan odiaba al garitero no empleó la violencia, ni le dejó en manos de los profesionales del vapuleo. El Susurro había matado al hermano del jefe, y éste le detestaba; sin embargo el Susurro aún gozaba de mucho prestigio en Poisonville, por lo que había que tratarlo con mucho tacto.

Noonan se cansó de jugar con el preso y lo mandó arriba —la cárcel ocupaba el ático del Ayuntamiento— para que lo encerraran. Encendí otro cigarrillo del jefe y leí la extensa declaración salida de la boca de la mujer del hospital. Dinah y MacSwain me habían puesto al corriente sobre ella.

Escapé de una invitación del jefe para cenar en su casa, alegando que me dolía la muñeca que ya estaba más que sana. A decir verdad, era una ligera quemadura.

Estábamos discutiéndolo, cuando una pareja de la policía secreta entraba con el pichón de cara enrojecida que había sido destinatario de la bala dedicada al Susurro. Tenía una costilla rota. Aprovechando el barullo en el que estábamos metidos, se había escurrido por la puerta de atrás. Los muchachos de Noonan le echaron el guante en el despacho de un médico. El jefe no pudo sacarle nada y ordenó que le llevaran al hospital.

Me puse en pie para irme y dije:

—Gracias a un informe de la chica, la Brand, pudimos organizar este tinglado. Así que le ruego no la moleste ni a ella ni a Rolff.

El jefe volvió a darme un apretón de manos, que contabilicé como el quinto o sexto en las últimas dos horas.

—Si es sólo por un gesto suyo —afirmó— lo respeto, pero si por casualidad ha ayudado a empapelar a ese hijo de puta, dígale de mi parte que cuando me necesite me tendrá a su disposición.

Le dije que se lo diría de su parte y volví al hotel con el pensamiento puesto en mi bonita cama blanca. Hacia las ocho, mi estómago necesitaba atención. Me encaminé al comedor del hotel y lo satisfice.

Me llamó la atención un sillón de cuero del vestíbulo y me senté en él a fumar un puro. De este modo trabé conversación con un interventor volante de ferrocarriles de Denver conocedor de un conocido mío de Saint Louis. Se oyó un tiroteo en la calle.

Fuimos hasta la puerta y establecimos que los disparos se efectuaban cerca del Ayuntamiento. Me aparté del interventor y me dirigí allí.

Cuando sólo me faltaba un tercio del camino para llegar vi acercarse un coche a toda velocidad escupiendo balas por detrás.

Me escondí en un portal y saqué con sigilo la pistola. El automóvil me alcanzó. A la luz de un reflector de luz pude ver dos rostros en el asiento delantero. No reconocí al conductor. El otro estaba semioculto por un sombrero. La parte visible correspondía al Susurro.

En el lado opuesto se abría la entrada a otra manzana de mi calle, iluminada a lo lejos. Vi una sombra en movimiento a contraluz, justo cuando el coche del Susurro cruzó velozmente. La sombra emergió de detrás de algo que parecía un contenedor de basura, y se ocultó detrás de otro.

Lo que me apartó la mente del Susurro fue que esa sombra tenía unas piernas dobladas hacia dentro.

Cruzó un grupo de policías cargando contra el coche.

Pasé al otro lado de la calle y busqué en una parte del callejón a un hombre seguramente patizambo.

Si era quien suponía, no era probable que anduviera armado. Deseé que así fuera y me lancé sin dudarlo al embarrado centro del callejón, analizando las sombras con la vista, el oído y el olfato.

A poco menos de una manzana, vi salir

una sombra de la oscuridad; alguien huía de mí a toda velocidad.

—¡Alto! —le grité, corriendo detrás suyo—. ¡Alto o disparo, MacSwain!

Continuó andando doce largos pasos más, se paró y volvió la cabeza.

—¡Vaya, qué sorpresa! —me dijo, como si me prefiriera a mí para llevarlo otra vez a la cárcel.

—¡Sí! —le dije—. ¿Qué hacéis todos por ahí en libertad?

—No sé qué pasó exactamente. Alguien hizo saltar el suelo de la cárcel. Me escabullí por un agujero con los otros. Unos pistoleros inmovilizaron a los gorilas. Salí por atrás con varios evadidos. Nos separamos y había pensado huir, irme al monte. Yo no intervine en nada. Lo único que hice fue salir por el agujero en cuanto lo vi abierto.

—Detuvieron al Susurro esta tarde —le dije.

—¡Demonios! Es ahora cuando lo entiendo todo.

Me escondí en un portal y saqué con sigilo la pistola.



Noonan creyó que podría tener entre rejas a ese tipo; aquí, desde luego, no.

Permanecíamos en el callejón donde MacSwain se había parado.

—¿Sabes por qué lo detuvieron? —pregunté.

—Claro. Por matar a Tim.

—¿Tú sabes quién mató a Tim?

—El, ¿quién si no?

—Le mataste tú.

—¿Cómo dice? ¿Se ha vuelto loco?

—Tengo una pistola en la mano izquierda —le informé.

—Oiga; ¿no declaró la mujer esa que fue el Susurro? ¿Qué carajo le pasa ahora?

—No dijo «el Susurro». He oído que algunas mujeres le llaman a Thaler «Max», pero los hombres sólo le llaman Susurro. Tim no dijo «Max», dijo «MacS...», no pudo acabar de pronunciar el nombre completo, MacSwain. Piensa en mi pistola.

—Y yo, ¿qué motivo tenía para matarle? El iba detrás del Susurro...

—Vamos por pasos —ordené—: tú y tu mujer os habíais separado. Tim era un conquistador, ¿no? Quizá la cosa vaya por ahí. Lo averigüé. Lo que me pareció sospechoso, es que a partir de entonces no trataste de volver a sacarle dinero a la muchacha.

—Ya está bien —rogó—. Eso no tiene ninguna base. No se preocupe más. ¿Para qué me iba a quedar allí? Había ido a pensar en una coartada como el Susurro.

—¿Para qué? Eras policía. Si te quedabas allí no pasaría nada, tú te harías cargo de la situación.

—Usted sabe que eso no tiene por donde cogerse. Por lo que más quiera, olvídese del asunto.

—No me importa que parezca inverosímil —dije—. Eso lo dirá Noonan cuando volvamos. Estará descorazonado por la huida del Susurro. Esto le animará.

MacSwain, de rodillas en el barro del callejón, gritó:

—¡Oh, Cristo! ¡No! ¡Me estrangulará con sus propias manos!

—Levántate y no grites —rugí—. ¿Me vas a contar la verdad?

—¡Me estrangulará con sus propias manos! —gimoteó de nuevo.

—Como quieras. O cantas o yo hablaré por ti a Noonan. Si largas, prometo ayudarte.

—¿En qué me puede ayudar? —preguntó angustiado, y volvió a quejarse—: ¿Cómo puedo confiar en su palabra?

Decidí decirle un poco de la verdad:

—Me has dicho que sabes lo que estoy

haciendo en Poisonville. Así que deberías saber que quiero mantener separados a Noonan y el Susurro. Pero si prefieres hablar con Noonan antes que conmigo, vayámonos de aquí.

—¿No le va a decir nada? —preguntó preocupado—. ¿Me lo promete?

—No lo prometo —dije—. ¿A santo de qué? Te tengo en mis manos. O me hablas a mí o a Noonan. Decídete ya. No quiero pasar aquí la noche.

Se decidió a hablarme a mí:

—No sé cómo lo ha sabido pero lleva razón. Mi mujer se enamoró de Tim. Comprendí que había sido engañado. Usted se hará cargo de que eso me convertía en un imbécil. Pasó así: yo le complacía en todo a ella. Muchas veces, incluso con sacrificios. Era un mal asunto. Debí ser más fuerte. La dejé divorciarse para casarse con él porque creía que él se iba a casar.

»Al poco tiempo supe que rondaba a la tal Myrtle Jennison. Eso era demasiado. Le había facilitado el camino hacia Helen, honestamente. Y ahora quería dejarla por esa tipa, Myrtle. No podía consentirlo. Helen no era una mujerzuela. Lo encontré esa noche en el lago por casualidad. Al verlo ir a los cenadores, le seguí. Parecía un sitio apropiado para charlar.

»Supongo que los dos estábamos un poco bebidos. El caso es que la armamos buena. Cuando la cosa se le puso fea, echó mano de la pistola. Era un pelele. Le cogí la pistola, y en el forcejeo, se disparó. Yo no le maté, fue eso lo que pasó. Se disparó al tenerla cogida entre los dos. Me puse a correr y me escondí detrás de unos arbustos. Apenas lo dejé, oí que se quejaba y decía algo. Se acercaba alguien, era una chica que bajaba corriendo desde el hotel, la Myrtle Jennison esa.

»Intenté oír lo que decía Tim para ver qué pasaba, pero era peligroso ir el primero. Esperé que llegara la chica, sin dejar de oír a Tim, pero desde donde estaba no le entendía. En el momento en que llegó la chica, me acerqué deprisa y llegué justo cuando moría tratando de pronunciar mi nombre.

»No pensé que creyera que se refería al Susurro hasta que me propuso lo de la carta sobre el suicidio, los doscientos y la piedra. Yo me había quedado para investigar el caso, ya era del Cuerpo, y a saber si podría repercutir en mí. Pero al ver la resolución de ella, supe que estaba salvado. Y así se quedó todo hasta que a usted le dio por curiosear.

Pateó el barro y añadió:

—A la semana siguiente, se mató mi mujer. Fue un accidente. Sí, sí, un accidente. Chocó con el Ford en la número seis, al final de la pendiente que baja de Tanner, y allí se quedó.

—¿El lago Mock queda dentro de este distrito?

—No, en el de Boulder.

—Entonces, no está dentro de la jurisdicción de Noonan. Te llevaré hasta Boulder y te dejaré con el comisario, ¿estás de acuerdo?

—No; es Tom Cook, el yerno del senador Keefer. No hay diferencia. Noonan me cazaría a través de Keefer.

—Si es verdad lo que dices, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que te absuelvan cuando se vea el caso.

—No lo harán. Aquí no hay justicia. ¡Ellos son unos...!

—Vamos a la Jefatura y mantente callado —dije.

Noonan paseaba patosamente a lo largo y ancho de su despacho, maldecía a la media docena de gorilas que lo acompañaban a regañadientes.

—Aquí le traigo a uno que me he encontrado por ahí —dije, y le di un empujón a MacSwain para que entrara.

A Noonan le bastó un puñetazo para derribar al ex policía, le dio un puntapié y ordenó a un guardia que se lo llevaran de aquel lugar.

Sonó el teléfono. Desaparecí sin decirle «Buenas noches» y caminé hasta el hotel. Oí disparos en dirección al norte.

Pasó a mi lado un grupo de tres hombres con gesto torvo, que andaban con los pies enfrentados.

Más adelante, un hombre se pegó al bordillo de la acera para dejarme más espacio. No sabía quién era, y supongo que él tampoco sabía quién era yo.

Se escuchó un balazo solitario a corta distancia.

Cerca del hotel vi pasar un coche muy usado, a una velocidad de más de cincuenta millas por hora, abarrotado totalmente de hombres.

Sonreí burlonamente después. Poisonville empezaba a hervir bajo la tapadera, y yo me sentía ligado a la ciudad hasta el punto de olvidar los dudosos métodos que había empleado para encender la mecha; esos recuerdos no me quitaron el sueño y pude dormir doce horas seguidas.

15

El Refugio de Cedar Hill

Me despertó el teléfono pasado el mediodía; era Mickey Linehan.

—Hemos llegado —me dijo—. ¿No va a recibirnos nadie?

—Se habrán retrasado tratando de conseguir una soga. Dejad las maletas en consigna y venid al hotel. Habitación 537. Subid directamente.

Estaba ya vestido cuando llegaron.

Mickey Linehan era un hombre corpulento, tosco, de hombros bajos y cuerpo tan inconsistente que daba la impresión de estar a punto de descoyuntarse. Las orejas eran alitas rojas separadas de la cabeza, y en el rostro tenía la mueca de los retrasados mentales. Tenía todo el aspecto de un actor cómico, y lo era.

Dick Foley era un canadiense no más alto que un niño y parecía inquieto y nervioso. Usaba zapatos de suela alta para elevar su tamaño, tenía un pañuelo perfumado y hablaba sólo lo imprescindible.

Eran unos buenos agentes.

—¿Os ha explicado el Abuelo el asunto? —pregunté una vez nos habíamos sentado.

Llamábamos el Abuelo al director de la filial de la agencia en San Francisco. También le aplicábamos el sobrenombre de Poncio Pilato, porque se mostraba satisfecho cuando nos enviaba a ser crucificados en una tarea suicida. Era una persona delicada, amable, de edad madura, y tan cortante como las cuchillas del cadalso. Los bromistas de la agencia decían que podía escupir hielo en pleno mes de julio.

—No estaba muy enterado —dijo Mickey—, a excepción de que pusiste un telegrama pidiendo ayuda. Nos dijo que hacía varios días que no sabía nada de ti.

—Pues tendrá que esperar un poco más. ¿Os ha contado algo de Personville?

Dick negó con la cabeza. Mickey respondió:

—La he oído llamar Poisonville muy adrede.

Le conté lo que sabía y lo que había hecho. No había acabado del todo la narración cuando se oyó el teléfono. Era la voz renqueante de Dinah:

—¡Hola! ¿Qué tal tienes la muñeca?

—Un simple rasguño. ¿Qué opinas de la fuga?

—Yo no tengo la culpa. Me limité a cumplir con mi deber. Si Noonan no tiene celdas seguras, allá él. Escucha, tengo que ir esta tarde al centro a comprarme un sombrero. ¿Qué te parece si paso un momento a verte?

—¿A qué hora?

—Hacia las tres.

—De acuerdo. Te espero con los doscientos dólares y diez centavos que te debo.

—Justamente para eso quería verte. Hasta luego.

Me volví a sentar y seguí el relato.

Al acabar, Mickey silbó y dijo:

—No me extraña que no quieras enviar informes. Si el Abuelo se entera de todo lo que has hecho, puedes prepararte.

—Espero que todo salga bien y pueda eludir los detalles morbosos —dije—. A mí me parecen bien las normas de la agencia, pero cuando se actúa no se puede ser tan escrupuloso. Vender ética en Poisonville es un negocio ruinoso. No hay por qué consignar los detalles molestos de los informes, antes de enviar algo a San Francisco os ruego que me lo enseñéis.

—¿Nos has hecho ya la lista de crímenes que tenemos que cometer? —preguntó Mickey.

—Tú te vas a encargr de Pete el Finlandés. Dick se preocupará de Lew Yard. Tendréis que hacer como yo, lo que podáis cuando podáis. Estos dos tipos convencerán a Noonan para que no moleste al Susurro. No sé qué pasará. No da fácilmente su brazo a torcer y está empeñado en vengar a su hermano.

—Y cuando me tope al señorito finlandés, ¿qué debo hacer? —dijo Mickey—. No quiero dármelas de pánfilo, pero esto lo entiendo menos que un problema de astronomía. Tendrías que explicarme lo que has hecho y las causas, lo que vas a hacer y cómo.

—En principio, síguele. Es preciso estropear las relaciones entre Pete y Yard, Yard y Noonan, Pete y Noonan, Pete y Thaler o Yard y Thaler. Si podemos desbaratarles el chiringuito, se declararán la guerra, cosa que nos conviene. La ruptura de Thaler con Noonan ya es un buen comienzo. Pero hay que soplar para que no se apague.

»Podría comprarle unas informaciones sobre la banda a Dinah Brand. Aunque no serviría de mucho ponerlos delante del juez. Tienen en sus manos a los tribunales, y la justicia es muy lenta. Estoy con el agua al

cuello, y si se entera el Abuelo, después de todo San Francisco no está tan lejos de aquí para sus narices, me va a volver loco pidiéndome explicaciones. Necesito resultados para tapar los detalles. Las pruebas no sirven. Lo efectivo es la dinamita.

—¿Y nuestro respetado cliente, míster Elihu Willsson? ¿Qué le vas a hacer? —preguntó Mickey.

—Tal vez le arruine, o tal vez le obligue a ayudarnos. Es igual. Tú, Mickey, alójate en el hotel Person; Dick, tú vete al National. Es mejor que no estéis juntos. Si no queréis que me despidan, acabad con esto antes de que llegue a oídos del Abuelo. Ahora apuntad.

Les di nombre, descripción y dirección de las siguientes personas: Elihu Willsson; Stanley Lewis, su secretario; Dinah Brand; Dan Rolff; Noonan; Max Thaler, alias el Susurro; su segundo de a bordo, Jerry, el menton ausente; la viuda de Donald Willsson; la hija de Lewis, que fue secretaria de Donald Willsson; y Bill Quint, el sindicalista y antiguo amante de Dinah.

—Bueno, a trabajar —dije—. Pensad que las únicas leyes de Poisonville son las que vosotros os inventéis.

Mickey contestó que me asombraría si supiera la de leyes que era capaz de ignorar; dijo «hasta pronto»; se fueron.

Fui a la comisaría después del desayuno.

Los ojos verdosos de Noonan estaban congestionados, como si no hubiera dormido, tenía el rostro demacrado. Me apretó la mano haciéndome balancear el brazo, como era su costumbre, también su voz y sus maneras eran las habituales.

—¿Se sabe algo del Susurro? —le pregunté tras los saludos.

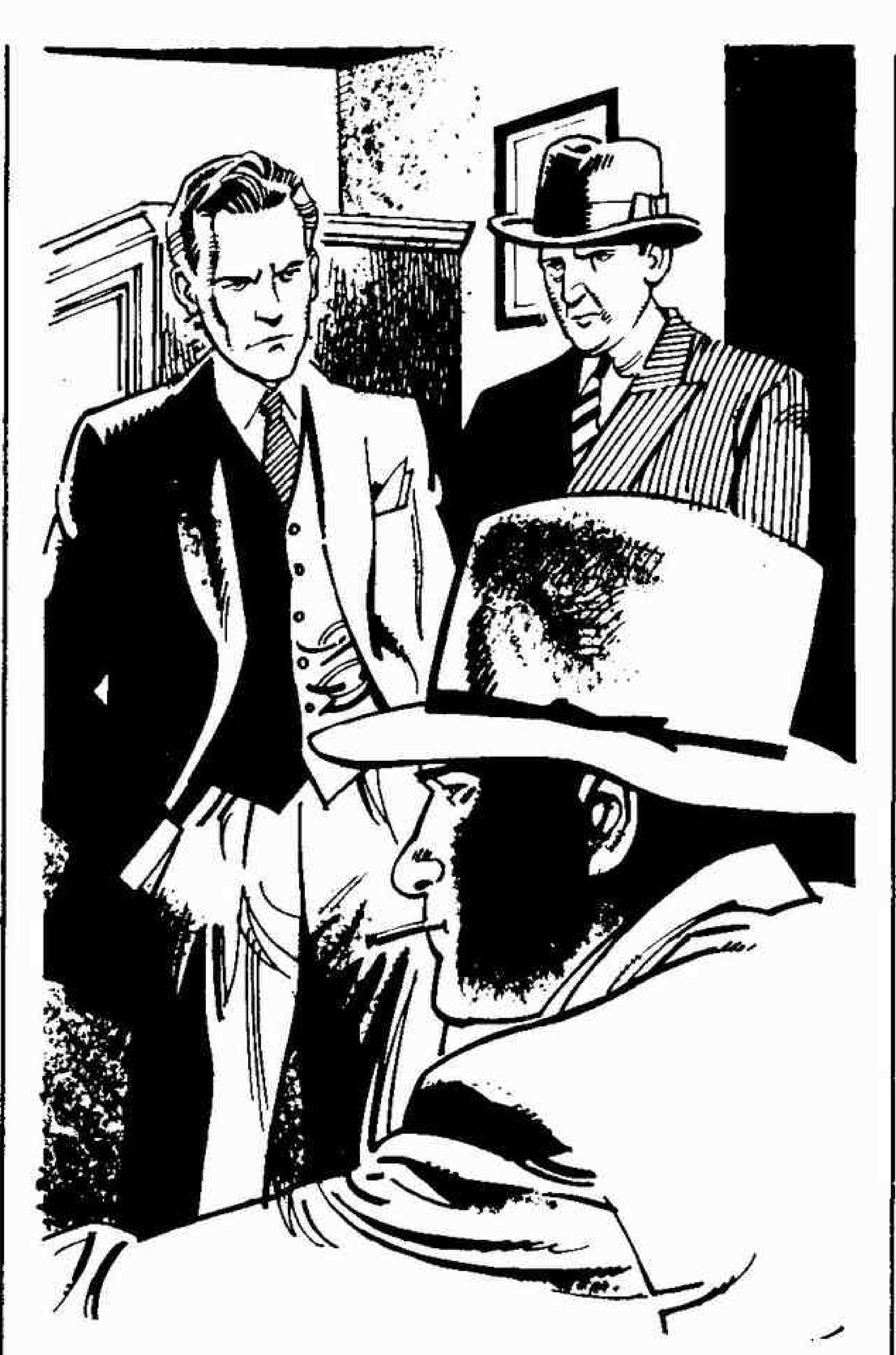
—Creo que tengo una pista. —Miró el reloj de pared y después al teléfono—. Estoy esperando una llamada de un momento a otro. Siéntese.

—¿Quién más se fugó?

—Jerry Hooper y Tony Agosti son los únicos a los que aún no les hemos echado el guante. A los otros ya los hemos traído de vuelta. Jerry es para el Susurro lo que Viernes es para Robinson Crusoe, y el ladrón para su banda. Es él quien clavó el cuchillo a Ike Bush la noche del boxeo.

—¿Hay alguien más de la banda del Susurro en prisión?

—No. Sólo teníamos a esos tres, sin contar a Buck Wallance, la pieza que usted cazó. Está en el hospital.



—Bueno, a trabajar —dije—. Pensad que las únicas leyes de Poisonville son las que vosotros os inventéis.

Miró de nuevo el reloj de pared y lo cotejó con el suyo. Las dos en punto. Sonó el timbre del teléfono. Cogió el auricular del teléfono y dijo:

—Aquí Noonan... Sí... Sí... Sí... De acuerdo.

Colgó el teléfono y utilizó la hilera de timbres nacarados como un teclado musical. Fueron apareciendo policías en el despacho.

—El Refugio de Cedar Hill —dijo—. Bates, ven con tu gente detrás mío. Terry, ve por Broadway y monta guardia detrás del refugio. De paso, recoge a los muchachos que estén de servicio de tráfico. Necesitaremos muchos hombres. Duffy: vete con los tuyos a Union Street y da un rodeo por la antigua carretera de la mina. McGraw se quedará de guardia en la Jefatura. Reúne el mayor número posible, y que vengan con nosotros. ¡Vivos!

Recogió el sombrero al pasar, volvió la cabeza y dijo:

—¡Venga usted también! ¡Será una auténtica caza!

Fui con él hasta el garaje de la comisaría, donde estaban poniendo en marcha los motores de media docena de automóviles. El jefe se sentó delante con el conductor. Yo pasé detrás con cuatro detectives.

Otros hombres saltaron como pudieron a los demás coches. Desenfundaron las metralletas. Se repartieron muchos rifles y escopetas contra disturbios y cajas de municiones.

Arrancó primero el coche del jefe, con un estampido que nos hizo castañetear los dientes. Pasamos a una media pulgada del quicio de la puerta del garaje, obligamos a unos peatones a lanzarse a correr por la acera en diagonal, bajamos de ésta a la calzada de golpe, nos salvamos de la embestida de un camión por la misma distancia que del quicio de la puerta, y por fin nos deslizamos por King Street haciendo sonar la sirena a todo volumen.

Los sorprendidos conductores se iban a derecha e izquierda, olvidando las normas de tráfico, para dejarnos el camino libre.

Volví la espalda y vi otro coche de policía, y uno más que tomaba una curva en dirección a Broadway. Noonan le dio un mordisco al puro apagado y le dijo al conductor:

—Pisa a fondo, Pat.

Pat dibujó unas líneas sinuosas con el coche para librarse del cupé de una mujer aterrada, enfiló ante un tranvía y la furgoneta de una lavandería —hueco por el que pasó gracias a la bien pulida pintura del coche— y dijo:

—Los frenos están hechos polvo.

—Así me gusta —dijo el guardia del bigote gris que estaba sentado a mi izquierda, pero no creí que lo dijera de verdad.

En las afueras de la ciudad ya no había que preocuparse de la circulación, pero el terreno era muy desigual. Durante cerca de media hora de paseo íbamos cayendo los unos sobre los otros. Los últimos diez minutos del viaje fueron a través de un tortuoso camino flanqueado de pendientes que nos trajo a la memoria lo que Pat había dicho de la situación de los frenos.

Paramos ante una puerta con un rótulo luminoso estropeado en el que se leía intermitentemente: «Refugio de Cedar Hill». El refugio, situado a veinte pies de la entrada, era un edificio chato de madera pintada de verde pardusco y con abundante basura alrededor. Las puertas y ventanas permanecían cerradas, silenciosas.

Bajamos del coche en cuanto lo hizo Noonan. El auto que iba detrás de nosotros salió de una curva, se detuvo patinando y echó fuera su carga de hombres y armas.

Noonan iba dando órdenes.

Tres hombres hicieron guardia a ambos lados de la casa. Tres más, uno de ellos con metralleta, se situaron a la entrada. El resto cruzamos un trecho de latas, botellas y periódicos hasta tomar la parte delantera del edificio.

El guardia del mostacho gris que había viajado a mi lado blandía un hacha roja. Continuamos avanzando por el porche.

Salió ruido y fuego por la parte baja del antepecho de una ventana.

El policía del bigote gris se desplomó y el hacha abrió su cadáver.

Nos replegamos velozmente.

Fui junto a Noonan. Nos tiramos en la cuneta que había al lado del refugio. Era profunda y su terraplén permitía permanecer en pie sin ser visto.

El jefe estaba muy alterado.

—¡Magnífico! —dijo alegremente—. ¡Está ahí! ¡Está ahí!

—Las balas salieron por debajo del antepecho —dije yo—. Una buena idea.

—Se la echaremos a perder —dijo feliz—. Vamos a llenar eso de agujeros. Duffy no tardará en venir por el otro camino, y Shane irá detrás. Oyeme, Donner —le dijo a un hombre semioculto tras una roca—. Da la vuelta, y diles a Duffy y Shane que se aproximen al refugio en cuanto lleguen, disparando a discreción. ¿Dónde está Kimble?

El vigía señaló hacia un árbol con el pulgar. Desde la cuneta sólo se veía la parte de arriba.

—Dile que le dé cuerda a su juguete y que les haga bailar. Que dispare bajo, atravesando la fachada. Será como cortar un queso.

El vigía se volvió a ocultar.

Noonan recorría la cuneta, poniendo en peligro de vez en cuando la cabeza para mirar afuera, al mismo tiempo les daba órdenes a los muchachos o hacía señales.

Volvió a mi lado, se acuclilló, me ofreció un cigarro y dio fuego al suyo.

—Todo irá bien —dijo alborozado—. El Susurro no escapará. Está acabado.

La ametralladora que estaba cerca del árbol descargó ocho o diez balas de prueba. Noonan dejó escapar una sonrisa e hizo un círculo de humo con los labios. La ametralladora entró en acción, produciendo plomo como una diabólica fabriquita macabra, y eso era precisamente. Noonan expulsó otro círculo de humo y dijo:

—Así es como hay que actuar.
Confirmé la eficacia del sistema. Descansamos apoyados en la pared de arcilla del terraplén al tiempo que otra ametralladora se ponía en funcionamiento un poco más lejos. A esto se añadió una lluvia de balas procedentes de rifles, pistolas y escopetas. Noonan se sintió satisfecho y dijo:
—Cinco minutos más y el Susurro comprenderá que no estamos jugando.
Pasaron los cinco minutos y sugirió que fuéramos a ver las ruinas. Le ayudé a subir y yo lo hice detrás de él.
El refugio estaba igual de desolado pero un poco más ajado. No salían disparos de su interior, pero recibía muchos desde el exterior.
—¿Qué opina usted? —me preguntó Noonan.
—Habría que saber si hay sótano, tal vez haya escondido allí algún ratón vivo.
—Es verdad, podríamos cazarlo y darle su merecido.
Se sacó un silbato del bolsillo y lo sopló estruendosamente. Movió sus redondos brazos en el aire y el fuego disminuyó. Al cabo de un rato todos estaban al tanto de la orden de acabar el tiroteo.
Fuimos hacia la puerta y la echamos abajo.
El suelo estaba tapizado por una cuarta de botellas de alcohol derramándose, a causa de los impactos de las balas que habían atravesado las cajas y barriles almacenados por toda la casa.
Mareados por el vapor del líquido chorreante exploramos el terreno hasta encontrar cuatro cadáveres. Pertenecían a cuatro hombres morenos, de rasgos extranjeros, vestidos de obreros. Dos de ellos estaban casi descuartizados.
Noonan dijo:
—Déjalos ahí y ven conmigo.
Su voz sonó alegre, en contraposición con sus ojos, de luces tan tenues como una linterna de bolsillo, y redondeados por unos círculos blancos a causa del miedo.
Salimos de allí de buena gana, pero yo me paré un momento para meterme en el bolsillo una botella intacta en la que se leía: «Dewar».
Un policía uniformado de color caqui estaba en la puerta, bajando rápidamente de una moto. Gritó al vernos:
—¡Han atracado el First National Bank!
Noonan maldijo a mansalva y ladró:
—¡Era una miserable trampa! ¡Todo el mundo a la ciudad!
Se lanzaron todos a los coches, a excepción de los que habíamos ido con el jefe. Dos de los muchachos recogieron al policía muerto.
Noonan me miró de soslayo y dijo:
—Esto ya no es una broma.
—Eso parece —dije.
Encogí los hombros y avancé a paso lento hasta el coche del jefe, en el que el conductor ya estaba al frente del volante. De espaldas a la casa comenté algo con Pat.
No recuerdo el qué.
Noonan y los muchachos llegaron en seguida.
A través de la puerta abierta del refugio podía verse un pequeño resplandor de fuego cuando desapareció detrás de una curva de la carretera.

16

Jerry, fuera de juego

La multitud rodeaba el First National Bank. Nos deslizamos hasta la puerta, allí estaba McGraw con el rostro cetrino.
—Eran seis. Iban enmascarados —informó al jefe mientras entrábamos—. Dieron el golpe hacia las seis y media. El vigilante se cargó a uno, un tal Jerry Hooper. Está colocado en ese banco. Muerto. Hemos interrumpido el tráfico por carretera y he dado la alarma por telégrafo, si es que a estas horas vale de algo. Se esfumaron al dar la vuelta a la esquina de King Street, iban en un Lincoln negro.
Nos acercamos a ver al difunto Jerry, echado sobre un banco, cubierto con una tela oscura. La bala le había alcanzado la parte baja del hombro izquierdo.
El vigilante del Banco, un viejecito inofensivo, tomó aire y nos contó lo sucedido:
—Al principio no dieron tiempo de reaccionar. Entraron de improviso. Y ¡qué rápido fue todo! Fueron de ventanilla en ventanilla, llevándoselo todo. No pude reaccionar. Así que pensé: «Está bien, chicos, ahora no tenéis problemas, pero os las vais a ver moradas para salir.» Así lo hice, pueden creerlo. Corrí a la puerta persiguiéndoles al tiempo que disparaba mi vieja pistola. A ése de ahí le alcancé cuando intentaba subir al co-

che. No le di a nadie más porque ya no tenía balas en el cargador, es muy difícil disparar así, de pie en la...

Noonan cortó la explicación, y le dio palmaditas en la espalda al viejo inútil, hasta que se cansó. Le dijo:

—Muy bien. Muy bien.

McGraw cubrió otra vez al muerto con la tela y farfulló:

—Parece que no será posible identificar a ninguno. Pero con Jerry por medio, no hay duda que el Susurro está implicado.

El jefe se mostró de acuerdo y dijo:

—Cuídate del asunto, Mac. ¿Y usted se queda a ver si encuentra algo, o me acompaña al Ayuntamiento?

—Ni lo uno ni lo otro. Tengo una cita. Y quiero ir con unos zapatos secos.

El pequeño Marmon azul de Dinah estaba estacionado a la puerta del hotel, pero no la vi. Subí a mi habitación y cerré la puerta sin echar la llave. Me quité el sombrero y el abrigo y entró ella sin anunciarse.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Vaya olor a alcohol hay en la habitación!

—Es por los zapatos. He ido con Noonan a tomar un baño de ron.

Se apresuró a abrir la ventana y se sentó en el alféizar. Me preguntó:

—¿Con qué propósito?

—Noonan creía que Max estaba en un lugar llamado Refugio de Cedar Hill. Salimos hacia allí, agujereamos la puerta hasta casi echarla abajo, asesinamos a unos pistoleros, tiramos al suelo montones de botellas de alcohol y provocamos un incendio.

—¡El Refugio de Cedar Hill! Creía que lo habían cerrado hace un año.

—Esa era la impresión que daba, pero lo utilizaban como almacén.

—¿Y no estaba Max allí? —preguntó.

—Parece que mientras nosotros nos entreteníamos allí, él atracaba el First National Bank de Elihu.

—Eso lo vi yo —dijo ella—. Había ido a comprar a la tienda de Bengren, que está a dos casas de distancia. Cuando subía al coche, vi salir del Banco un hombre corpulento, caminando hacia atrás con un saco y una pistola, tenía tapada la cara con un pañuelo negro.

—¿Viste a Max?

—No. El nunca participa directamente en los trabajos molestos. Suele mandar a Jerry y los chicos. Para eso le sirven. A Jerry sí le vi. Le reconocí nada más bajar del coche sin que me lo impidiera el pañuelo negro. Todos tenían pañuelos negros. Cuatro de ellos salieron corriendo del Banco hasta el coche estacionado en la acera. En el momento en que estos cuatro atravesaban la acera, Jerry saltó del coche. Empezó un tiroteo y Jerry se derrumbó. Los otros subieron rápidamente al coche y arrancaron en el acto. ¿Y qué me dices de tu deuda?



—...asesinamos a unos pistoleros, tiramos al suelo montones de botellas de alcohol y provocamos un incendio.

Saqué diez billetes de veinte dólares y una moneda de diez centavos.

Se acercó desde la ventana para cogerlo.

—Esto es por impedir que Dan te estropeara tus planes respecto a Max —dijo cuando tuvo guardado el dinero en el bolso—. Y mi recompensa por llevarte las pruebas de que mató a Tim Noonan.

—Espera a que lo juzguen. Es la manera de saber si la información es buena.

Arrugó la frente y preguntó:

—¿Qué haces con lo que no gastas? —puso una expresión radiante—. ¿Sabes dónde está Max?

—No.
—¿Cuánto pagas por saberlo?
—Nada.
—Te lo dejo en cien dólares.
—No quiero abusar.
—¿Qué te parece cien dólares?
Dije que no con la cabeza.
—Veinticinco.
—Yo no le busco —dije—. Me da igual dónde esté. ¿Por qué no le vendes a Noonan la información?
—No cobraría nunca. ¿Usas el licor sólo para perfumarte o también para beber?
—Aquí tengo este dudoso Dewar que me traje de Cedar Hill esta tarde. Y también tengo una botella de King George guardada en la maleta. ¿Qué quieres?
Prefirió el King George. Bebimos un trago sin agua, y dije:
—Siéntate y bebe mientras me cambio de ropa.
Al cabo de veinte minutos salí del cuarto de baño y la encontré sentada ante el escritorio, fumando y husmeando un cuaderno de notas que había sacado de un departamento de mi maleta.
—Me imagino que éstos son los gastos que has ido teniendo —dijo sin levantar la cabeza—. No tengo idea de por qué no eres más espléndido conmigo. Fíjate, *Inf,* seiscientos dólares. Supongo que eso debe decir información, que comprarías por ahí. *Top,* ciento cincuenta, no sé que será. Y mira, un día tienes apuntado casi mil dólares.
—Debes confundirlo con un número de teléfono —dije mientras le arrancaba el cuaderno de las manos—. ¿En qué escuela te enseñaron a registrar los equipajes?
—Me eduqué en un convento de monjas —me dijo ella—. Me daban un premio por buena conducta, todos los años. Creía que echarse un poco de azúcar de más en el chocolate era motivo suficiente para ir al infierno por glotón. No supe que existían las palabrotas hasta los dieciocho años. La primera vez que oí una, faltó poco para que me desmayara. —Escupió en la parte de alfombra que tenía delante, se echó hacia atrás en la silla, colocó las piernas cruzadas encima de la cama y preguntó—: ¿No te lo crees?
Le saqué las piernas de la cama y dije:
—Yo crecí en un barucho de mala muerte del muelle. No sigas escupiendo o te llevo ahora mismo al pasillo.
—Antes bebamos un poco más. Oye, ¿qué me darías si te explico los detalles superconfidenciales de cómo lograron los muchachos no perder ni cinco cuando se levantó el nuevo Ayuntamiento? Esa fue la información que tenían los papeles que le vendí a Donald Willsson.



—¿Qué te parece cien dólares?
Dije que no con la cabeza.

—Ve con el cuento a otra parte, a mí no me interesa.
—¿Y tampoco te interesa saber por qué metieron en un manicomio a la mujer de Lew Yard?
—No.
—King, el comisario, tenía hace cuatro años una deuda de ocho mil dólares y ahora es dueño de los mejores edificios para oficinas que hay en la ciudad. No sé cómo fue todo el asunto, pero puedo ponerte en el buen camino para saberlo.
—Adelante. Sigue a ver si hay suerte.
—No. Está visto que no vas a comprar nada. Quieres intentar conseguirlo gratis. Es bueno este whisky. ¿Dónde lo conseguiste?
—Lo traje de San Francisco.
—¿No te importa realmente mi información o puedes conseguirla a mejor precio?

—Esos informes no me valen mucho ya. Tengo que actuar con rapidez. Lo que quiero es dinamita, alguna cosa que los lance a unos contra otros.

Se rió; se levantó con los ojos brillantes:

—Tengo una tarjeta de Lew Yard. Podríamos mandarle esa botella de Dewar que cogiste con su tarjeta. ¿No se sentiría atrapado? Si Cedar Hill era un almacén clandestino de bebidas, seguro que detrás del asunto está Pete. ¿No pensaría al recibir el regalito que Noonan destruyó el local cumpliendo órdenes?

Lo pensé y dije:

—Es una trampa muy poco efectiva. No se dejará engañar. Además es mejor, por ahora, que Pete y Lew estén contra Noonan.

Hizo un gesto de contrariedad y dijo:

—Te crees muy listo. Es difícil comprenderte. ¿Me llevas a dar un paseo esta noche?

—De acuerdo.

—¿Te espero hacia las ocho?

Deslizó su cálida mano por mi mejilla, me dijo «hasta luego» y se fue de la habitación cuando empezó a sonar el teléfono.

—Mi pichón y el de Dick han ido juntos a casa de tu cliente —me anunció Mickey—. El mío ha dado más vueltas que un trompo, pero todavía no sé nada. ¿Alguna novedad?

Contesté negativamente y me puse a pensar, echado en la cama, especulando sobre las consecuencias del asalto de Noonan al Refugio de Cedar Hill y el del Susurro al First National Bank. Me hubiera gustado saber lo que decían de él Pete el Finlandés y Lew Yard. Pero mis oídos tenían limitaciones y no valía como adivino, así que cuando ya tenía la cabeza suficientemente cargada me dormí un rato.

Hacia las siete de la tarde me desperté. Me lavé, me vestí, me guardé en el bolsillo la pistola y una botellita de whisky escocés, tras de lo cual me dirigí a casa de Dinah.

17

Reno

Me condujo al cuarto de estar, se separó de mí un poco, dio una vuelta sobre sí misma y me pidió la opinión sobre su nuevo vestido. Le dije que me gustaba. Me dio explicaciones sobre su color entre el marrón y el rojo, sobre el material de los adornos que llevaba al costado, y al final me preguntó:

—¿Me sienta bien realmente?

—A ti todo te cae bien. Lew Yard y el Finlandés han ido a hablar con Elihu esta tarde.

Me miró molesta.

—Te importa un bledo mi vestido. ¿Para qué han ido?

—Para parlamentar, me imagino.

Me miró con los ojos entornados y dijo:

—¿Es cierto que ignoras el paradero de Max?

Me enteré en ese momento. Era inútil decir que nunca lo había ignorado por lo que decidí responder:

—Tal vez esté en casa de Willsson, pero no me he molestado en asegurarme.

—Tú no estás bien de la cabeza. Comprendo que estés enfadado contigo y conmigo. Hazle caso a mamá, agárrale, si te importa tu vida y la de mamá.

Reí y dije:

—Si supieras... Max no mató al hermano de Noonan. Tim no dijo «Max». Intentaba decir «MacSwain», pero no pudo acabar.

Me puso las manos en los hombros y trató de balancear mis ciento noventa libras. Casi lo consiguió.

—¡Idiota! —Sentí su cálido aliento en la cara. Estaba pálida, blanca como sus dientes. El rojo de los labios era una etiqueta pegada en la boca en contraste con el resto de su cara—. ¡Si has empleado pruebas falsas contra él y me has obligado a mí a hacerlo, debes matarle! ¡Ahora mismo!

No me gusta ser maltratado, ni siquiera por una jovencita a la que el enfado ha convertido en un ser mitológico. Le retiré las manos de mis hombros y dije:

—Para ya de lloriquear y de protestar. Todavía conservas la vida.

—Sí, todavía. Pero yo conozco bien a Max. Sé que no sobrevive mucho quien le acusa en falso. No sé si hubiera sido mejor acusarle con pruebas verdaderas.

—No te preocupes tanto. He hecho el mismo tipo de acusación otras muchas veces y nunca me ha pasado nada. Ponte el sombrero y el abrigo y vamos a cenar. Ya verás como te repones.

—Ni lo pienses. No voy a salir mientras ese...

—Cállate de una vez, muñeca. Si realmente es tan peligroso, puede vengarse tanto aquí como en cualquier otro lugar. ¿A qué viene todo esto?

—Tengo mucho... ¿Sabes lo que vas a hacer? Vas a quedarte aquí hasta que encierren a Max. Tú has tenido la culpa, y vas a cuidar de mí. Dan no puede hacerlo. Está en el hospital.

—Imposible —dije—. Tengo trabajo. Estás preocupada sin motivo. Lo más seguro es que Max se haya olvidado de ti. Coge el sombrero y el abrigo. Me muero de hambre.

Volvió a acercar su cara a la mía, y pareció como si sus ojos hubieran descubierto algo odioso en los míos.

—¡Estás podrido! —dijo—. No te importa lo más mínimo lo que me pueda pasar. Te aprovechas de mí como todos los demás. No vienes a mí más que por tu maldita dinamita. Y yo que me fiaba de ti...

—Eres dinamita pura, todo lo demás no importa. Estás más guapa cuando no te enfadas. Tienes la cara ancha y la cólera te la ensancha aún más. Tengo un hambre atroz, muñeca.

—Pues comeremos aquí —dijo—. Yo no pienso salir de noche.

No mentía. Cambió el vestido marrón-rojo por un delantal e inspeccionó el contenido del frigorífico. Había patatas, lechuga, sopa en lata y media tarta de fruta confitada. Fui a la calle y traje un par de bistecs, bollitos de pan, espárragos y tomates.

La encontré mezclando ginebra, vermut, y zumo de naranjas en una coctelera donde ya apenas cabía más líquido.

—¿Has visto algo? —me preguntó.

Sonreí con un desdén cariñoso. Llevamos los cócteles al comedor y, en tanto acababa de asarse la carne, jugamos a bebernos las copas de un trago a una señal. La bebida la puso muy animada. Cuando nos sentamos a la mesa no se acordaba mucho de su miedo. No sobresalía como cocinera, pero lo disimulamos bien.

Después de cenar nos echamos al coleto un par de ginebras con ginger ale.

Se le ocurrió que quería salir y hacer algo. No era justo que un matón de pacotilla le impidiera moverse libremente, después de todo ella siempre se portó bien con él, hasta que él se enfadó sin causa y si no estaba de acuerdo con lo que ella había hecho, que se fuera al infierno o se tirara al río; nosotros nos íbamos a Silver Arrow, que era el lugar donde había pensado ir en un principio, ya que le había dicho a Reno que iría a su fiesta, y allí iría, qué carajo, y si alguien no se lo creía es que era un imbécil, y yo no me podía oponer.

—¿Reno? ¿Quién es Reno? —le pregunté en plena lucha con el delantal que intentaba ceñirse tirando de las cintas al revés.

—Reno Starkey. Te caerá bien. Es un buen muchacho. Le dije que iría a su fiesta, y eso es lo que pienso hacer.

—¿Celebra algo?

—¿Qué diablo le pasa a este maldito delantal? Le soltaron esta tarde.

—Vuélvete y te lo pondré bien. ¿Qué hacía en la trena? Por favor, no te muevas tanto.

—Voló una caja hace medio año. La de Turlck, el joyero. Reno, Put Collings. Whalen el Negrito, Hank O'Marra y un tipo bajito y cojo al que llaman Pasoymedio. Los cubría Lew Yard, pero los detectives de la asociación de joyeros los pusieron en apuros la semana pasada. Noonan tuvo que guardar las formas y actuar. Pero se negó a hacer declaraciones. Esta tarde los han dejado marchar bajo fianza, y se olvidará el asunto. Ya estaban en libertad condicional por otros tres líos. ¿Por qué no haces otro cóctel, no muy grande, mientras que yo me echo encima el vestido?

La Silver Arrow estaba situada entre Poisonville y el lago Mock.

—No es un buen sitio —me dijo Dinah durante el viaje en su pequeño Marmon—. Polly De Voto es una chica formal, todo lo que vende es bueno, excepto el bourbon. Sabe como si lo hubieran pasado por un cadáver. Polly te agradará. Allí podrás estar a tus anchas, a condición de no hacer demasiado ruido. Le crispa los nervios el ruido. Hemos llegado. ¿Ves las luces rojas y azules entre los árboles?

Ya fuera del bosque, vimos con claridad el salón de baile, hecho a la manera de un castillo, junto a la carretera e iluminado profusamente con luz eléctrica.

—¿Qué decías de no soportar el ruido? —pregunté al tiempo que escuchábamos un coro de pistolas cantando *pum-pum-pum.*

—Qué raro —dijo suavemente la chica al detener el coche.

Vimos dos hombres arrastrando una mujer por la puerta de entrada y perderse en las sombras. Otro hombre salió por la puerta lateral a la carretera y desapareció. Las pistolas no dejaban de cantar. No veía la luz de los disparos.

Un hombre más apareció y desapareció corriendo hacia la parte trasera de la casa.

Otro salió por una ventana de la segunda planta con una pistola negra.

Dinah suspiró profundamente.

Desde un arbusto paralelo a la carretera un resplandor naranja apuntó fugaz al hombre de la ventana. Su pistola inclinada echó fuego. Se asomó más. El resplandor de la pistola del arbusto no volvió a lucir.

El hombre de la ventana sacó una pierna, se inclinó, se colgó de las manos y se dejó caer.

Nuestro coche avanzó con un rugido. Dinah clavaba los dientes sobre el labio inferior.

El hombre que bajó de la ventana se estaba levantando para ponerse a cuatro patas.

Dinah pasó su cara delante de la mía y gritó:

—¡Reno!

El hombre dio un respingo y se plantó delante de nosotros. Alcanzó la carretera en tres pasos cuando ya estábamos paralelos a él.

Dinah apretó a fondo el acelerador del pequeño Marmon en el mismo instante en que los pies de Reno se subían al estribo de mi lado. Le sujeté con los brazos y casi se dislocan apretándole para evitar que cayera. Me lo puso difícil moviéndose para disparar contra las pistolas que hacían fuego a nuestro alrededor.

Punto final. Habíamos conseguido ponernos a salvo de las balas, de los ojos que acechaban, y del ruido de Silver Arrow; huyendo de Personville.

Reno se dio la vuelta y logró sujetarse él solo. Metí los brazos y vi que tenían aún en buen estado las articulaciones. Dinah se preocupaba de conducir el coche.

—Gracias, chica, por ayudarme a salir de allí —dijo Reno.

—De nada —contestó ella—. Bonita fiesta.

—Es que se presentó gente que yo no había invitado. ¿Conoces el Tanner Road?

—Sí.

—Vamos hacia allí. Así estaremos más arriba del Mountain Boulevard y será posible volver por ahí a la ciudad.

La chica se mostró conforme, disminuyó la velocidad y preguntó:

—¿Quiénes eran los indeseables?

—Unos matones que no me querían dejar tranquilo.

—¿Los conozco? —preguntó ella de pasada, al tiempo que nos internábamos por un camino estrecho y malo.

—¿Qué importa? —dijo Reno—. Mejor será que fuerces bien el motor.

Ella aguijoneó el coche y consiguió otras quince millas por hora. Controlaba el volante con las manos para no salirse de la carretera y Reno intentaba no caerse del estribo. Estuvieron en silencio hasta salir a una carretera más firme.

Entonces preguntó él:

—¿Así que despediste al Susurro?

—¡Hum!

—Dicen que le has hecho una jugada.

—No sería raro. ¿A ti qué te parece?

—En fin, lo de darle el pasaporte está bien. Pero lo de juntarte con un husmeador y hablar de él a sus espaldas, eso no me gusta. No me gusta nada.

Me miró mientras hablaba. Tendría de treinta y cuatro a treinta y cinco años, era muy alto, ancho y pesado, pero sin grasa. Tenía unos ojos castaños grandes, sin luz, muy separados y la cara larga, cretina y de aspecto equino. Su expresión era seria, falta de cualquier ardor, pero de todas maneras, no desagradable. Le miré y no dije nada.

—Si ésa es tu opinión puedes irte a... —dijo ella.

—Cuidado —farfulló Reno.

A la vuelta de una curva nos topamos con un coche largo y negro cruzado en medio de la carretera, una barrera.

Silbaban balas a nuestro alrededor. Reno y yo respondimos al tiroteo, mientras que la chica convertía al pequeño Marmon en un astuto caballo de polo.

Lo dirigió en cuestión de segundos a la izquierda de la carretera, las ruedas de ese lado se subieron al terraplén, volvió a atravesar la carretera utilizándonos como contrapeso, posó las ruedas de la izquierda en la pendiente de la derecha casi provocando el vuelco del coche a pesar de nuestro peso, volvió a la carretera con las ruedas frenadas en seco, nos separamos del enemigo y nos largamos en el preciso momento que se nos acabaron las municiones.

Hubo muchos disparos, pero parecía ser que ninguna bala alcanzó a nadie.

Reno se sujetó a la portezuela con los codos para tener libres las manos y meter otro cargador en su pistola automática. Dijo:

—Muy bien, muchacha. Me gusta cómo conduces.

—¿Y ahora dónde vamos? —preguntó ella.

—En primer lugar lejos. Sigue adelante. Hay que pensarlo. Es como si nos estuvieran cortando todos los accesos a la ciudad. Deja que el coche decida.

Nos separamos de Personville otras diez o doce millas. Adelantamos a varios coches sin tener indicios de que nadie nos persiguiera.

Pasamos sobre un puente y Reno dijo:



A la vuelta de una curva nos topamos con un coche largo y negro cruzado en medio de la carretera.

—Gira a la derecha cuando lleguemos a la cuesta.

Nos adentramos en un camino sin asfaltar flanqueado de árboles después de descender de un monte coronado de rocas. Diez millas por hora era la máxima velocidad posible. Al cabo de diez minutos de paso lento, Reno ordenó parar. Pasamos media hora en la oscuridad sin ver ni oír nada. Al cabo de un rato dijo Reno:

—A una milla de aquí hay una cabaña vacía. Podemos acampar allí. Es inútil tratar de volver esta noche a la ciudad.

Dinah dijo que no estaba dispuesta a enfrentarse a más tiroteos. Yo dije que me daba igual, pero que habría deseado intentar volver a la ciudad.

Seguimos la vereda despacio hasta que los focos iluminaron una pequeña edificación de madera que nunca se había pintado.

—¿Es ahí? —preguntó Dinah a Reno.

—Sí. Voy a echar una ojeada.

Nos abandonó y en seguida volvimos a verlo, gracias a los faros, ante la puerta del cobertizo. Probó varias llaves en el candado, después lo soltó, abrió la puerta y entró. Al cabo de un rato nos gritó desde el umbral:

—No hay problemas. Podéis venir.

Dinah paró el motor y bajó del coche.

—¿Tienes una linterna eléctrica en el coche? —pregunté.

—Sí —dijo, me la extendió y abrió la boca para bostezar—. ¡Uff! Estoy cansada. Esperemos que dentro haya alguna bebida.

Le dije que tenía una botellita de whisky escocés. Eso le dio fuerzas.

La cabaña tenía sólo una habitación donde había una cama muy escueta cubierta de mantas parduscas, una mesa de pino con una baraja y unas grasientas fichas de póquer, una estufa de hierro oxidada, una lámpara de petróleo, fuentes, pucheros, sartenes y cubos, tres estanterías con latas de conserva, un montón de leña y una carretilla.

Cuando entramos, Reno estaba encendiendo la lámpara.

—Está pasable —dijo—. Voy a esconder el coche y nos quedaremos aquí hasta el amanecer.

Dinah se acercó a la cama, levantó las mantas y nos comunicó:

—Tal vez haya bichos, pero no han movido las mantas. Dame ese trago.

Saqué el tapón de la botellita y se la acerqué mientras Reno iba a esconder el coche. Después de ella, bebí yo.

Amainó el ruido del motor. Abrí la puerta y miré. Vi a lo lejos, entre los árboles y monte abajo unas manchas blancas que se alejaban. Cuando dejé de verlas le pregunté a la chica:

—¿Has vuelto alguna vez a casa andando?

—¿Qué?

—Reno se ha llevado el coche.

—¡El muy asqueroso! Y suerte que nos ha dejado en un lugar con cama...

—No la vas a poder usar.

—¿No?

—No. Reno tenía la llave de la barraca. Apuesto diez contra uno a que sus perseguidores conocen este agujero. Por eso nos ha dejado aquí. Su plan es que los entretengamos para tener él tiempo de alejarse.

Dejó el camastro de mala gana y maldijo a Reno, y a todos los hombres en general, desde Adán al presente y añadió desapaciblemente:

—Bueno, sabihondo, tú dirás qué hacemos.

—Buscar un rincón agradable en los bellos

campos plateados por la luna, no muy lejos, y esperar.
—Cogeré las mantas.
—Puede ser que no noten la falta de una, pero coger más sería como enseñarle las cartas al contrario.
—¡Mierda de cartas! —protestó, pero sólo cogió una manta.
Soplé dentro de la lámpara, cerré el candado al salir y caminé entre maleza ayudado por una linterna de bolsillo.
En la ladera del soto encontramos una hondonada desde la que se veía, más o menos, la vereda y la cabaña a través de una cortina de vegetación capaz de ocultarnos siempre que permaneciéramos a oscuras.
Extendí la manta en el suelo y nos echamos.
Ella se apretujó contra mí y protestó por la humedad del suelo, por el frío a pesar de su abrigo de pieles, porque tenía un calambre en una pierna, y porque quería fumar.
Le ofrecí otro trago de la botellita. Así pude estar tranquilo diez minutos.
Transcurrido ese tiempo dijo:
—Estoy helada. Si viene alguien, corremos el peligro de que mis estornudos y toses se oigan hasta en la ciudad.
—No durará mucho. Antes del segundo estornudo te habré estrangulado.
—Parece que hay un ratón debajo de la manta.
—Quizá sólo sea una serpiente.
—¿Estás casado?
—No vuelvas al tema.
—O sea, que sí.
—No.
—¡Tu mujer estará contenta!
Buscaba una respuesta adecuada cuando vi un resplandor carretera arriba. Desapareció y le pedí silencio musitando.
—¿Qué pasa?
—Una luz. Ahora no se ve. Creo que nuestros visitantes han bajado del coche para continuar a pie.
Transcurrió mucho tiempo. La chica tiritaba con su mejilla cálida pegada a la mía. Se oyeron pasos, vimos sombras que se desplazaban por el camino y alrededor de la cabaña, pero todo como en una nebulosa.
Tomamos consciencia de la realidad al ver un círculo de luz proyectado contra la puerta de la cabaña. Una voz grave dijo:
—Es mejor dejar salir a la muchacha.
Durante medio minuto de silencio esperaron la respuesta de los de adentro. La misma voz espesa preguntó:
—¿Sale? —continuó el silencio.

Rompió el silencio el ruido de los disparos, cosa que ya parecía el sonido propio de esa noche. Algo martilleó la madera de la puerta.
—Ven —le dije a media voz a la chica—, vamos a tomarles prestado el coche mientras se entretienen.
—Déjales tranquilos —dijo ella tirándome del brazo para impedir que me pusiera de pie—. Ya estoy harta. Quedémonos aquí.
—Ven —repetí.
Una vez más se negó, dijo que no se movía, y después, cuando aún discutíamos, fue demasiado tarde.
Los muchachos derribaron la puerta, comprobaron que no había nadie y se fueron velozmente de regreso gritando.
Vino el coche, subieron ocho hombres y se deslizó cuesta abajo en persecución de Reno.
—Podemos resguardarnos en la cabaña —dije—. No creo que esa gente vuelva esta noche.
—Ojalá quede todavía whisky —dijo mientras le ayudaba a ponerse de pie.

18

Painter Street

No nos apeteció abrir ninguna de las latas de conserva de la cabaña para desayunar, y nos conformamos con un café hecho con agua nada saludable sacada de un cubo galvanizado.
Caminamos más millas hasta una casa de labranza donde encontramos un chico dispuesto a ganarse unos dólares por llevarnos en el Ford de su familia a la ciudad. Hizo muchas preguntas, para las que inventamos muchas respuestas y algunos silencios. Nos dejó frente a un restaurante de la parte alta de King Street, donde comimos un montón de tortas de trigo negro y de tocino cocido.
Fuimos en taxi a casa de Dinah hacia las nueve. Como estaba muy inquieta registré la casa de cabo a rabo sin encontrar la menor señal sospechosa.
—¿Cuándo volverás? —me dijo, viniendo conmigo hasta la puerta.
—Voy a tratar de volver antes de medianoche, aunque sólo sean unos minutos. ¿Cuál

es la dirección del domicilio de Lew Yard?

—Painter Street, 1.622. La calle está a tres manzanas de aquí; y ese número a cuatro manzanas de la esquina hacia arriba. ¿A qué vas a ir? —no esperó mi respuesta; me cogió un brazo y suplicó—: Mata a Max, por favor. Tengo miedo de él.

—Tal vez le anime a Noonan, pero antes tengo que ver cómo van las cosas.

Me dijo que era un no sé qué traidor, que no me importaba lo que le pudiera pasar si mis asquerosas maniobras salían bien.

Salí hacia Painter Street. El 1.622 correspondía a una casa de ladrillo rojo con un garaje situado debajo de la entrada.

Una manzana más lejos estaba Dick Foley, en un Buick de alquiler sin conductor. Tomé asiento a su lado y le pregunté:

—¿Hay algo?

—Las dos. Sale tres treinta, despacho Willsson, Mickey. Cinco. Casa. Movimiento. Sigo sin moverme. Abandono tres. Siete. Nada por ahora.

La traducción, que suponía que yo haría correctamente, era: A las dos de la tarde anterior se puso a seguir a Lew, fue detrás de él hasta la casa de Willsson a las tres y media y encontró a Mickey, que estaba siguiendo a Pete; siguió a Yard a las cinco, camino de su casa, de donde entró y salió mucha gente, pero él no siguió a nadie. Vigiló la casa hasta las tres de la madrugada y volvió a las siete de la mañana, pero desde esa hora no había observado ningún movimiento.

—Será mejor que dejes esto y te vayas a montar guardia en la casa de Willsson —le dije—. Creo que el Susurro está allí, y quisiera tenerlo controlado hasta decidir si lo entrego o no a Noonan.

Se mostró de acuerdo y puso en marcha el motor. Me apeé y volví al hotel.

Me esperaba un telegrama del Abuelo:

ENVIE PRIMER CORREO EXPLICACIONES COMPLETAS ACTUAL ASUNTO Y CIRCUNSTANCIA, ACEPTOLO JUNTO INFORMES DIARIOS HASTA ACTUALIDAD.

Me puse el telegrama en el bolsillo esperando que las cosas avanzaran rápidamente. Mandarle lo que me pedía era como presentarle mi dimisión.

Me calé un cuello limpio y fui al Ayuntamiento.

—¿Qué tal? —me saludó Noonan—. Le esperaba. Le he llamado al hotel, pero me han dicho que no volvió anoche.

Tenía mala cara, pero entre sus acostumbrados apretones de manos me pareció adivinar una alegría sincera al verme, y eso ya era digno de tenerse en cuenta.

Cuando iba a sentarme sonó un teléfono. Se pegó el auricular a la oreja y dijo:

—¿Sí?

Escuchó un momento y dijo:

—Es mejor que vayas tú, Mac.

No acertaba a colgar el teléfono y tuvo que hacer dos intentos. Se le mudó el color de la cara, y quedó gris, pero controlando aún la voz me dijo:

—Han matado a Lew Yard... a tiros. Ahora mismo, al salir de su casa.

—¿Hay algún detalle? —pregunté lamentado no haber dejado a Dick en Painter Street, una hora más. Fue una mala suerte.

Noonan bajó la cabeza, con los ojos hundidos.

—¿Vamos a ver el cadáver? —le sugerí al tiempo que me levantaba.

Se quedó sentado sin mirarme.

—¿Hubo alguna baja en la batalla de Silver Arrow anoche?



—No —dijo dirigiéndose con voz fatigada—. No quiero ir. Sería demasiado para mí. Ya no soporto esta carnicería. Me afecta los nervios, quiero decir...

Volví a sentarme, pensé en su depresión y le pregunté:

—¿Quién puede haberle matado?

—¡Quién puede saberlo! —farfulló—. Se están matando unos a otros. ¿Cómo acabará todo esto?

—¿Podría haberlo hecho Reno?

Hizo una mueca de dolor, me miró, cambió de opinión y repitió:

—¡Quién puede saberlo!

Le ataqué desde otro frente:

—¿Hubo alguna baja en la batalla de Silver Arrow anoche?

—Tres solamente.

—¿Quiénes?

—Dos de los hermanos Johnson, Whalen el Negrito y Put Collings, que habían salido ayer a las cinco en libertad condicional bajo fianza; el tercero era un pistolero, Jake Whal el Holandés.

—¿A qué se debió el enfrentamiento?

—Una discusión, supongo. Creo que Put, el Negrito y los otros que salieron con ellos lo estaban celebrando con un grupo de amigos, y la cosa acabó a balazos.

—¿Eran todos de la pandilla de Lew?

—No tengo idea.

Me puse de pie y alcancé la puerta. Dije:

—De acuerdo.

—Espere un momento —me retuvo—. No se vaya así. Me imagino que sí, que lo eran.

Regresé a la silla. Noonan miraba la superficie de la mesa. Su cara, gris, sin fuerza, mojada de sudor, parecía de barro.

—El Susurro se ha refugiado en casa de Willsson —dije.

Levantó la cabeza como accionado por un resorte. Se le ensombrecieron los ojos. Crispó la boca y dejó caer la cabeza de nuevo. Los ojos se nublaron.

—No puedo hacerlo —dijo musitando—. Me repugna esta sangría. No lo resisto.

—¿Está tan hundido que dejaría sin vengar a Tim, a cambio de un poco de tranquilidad? —pregunté.

—Sí.

—Así empezó todo —le reavivé la memoria—. Si quiere olvidarse de todo, quizá se pueda hallar alguna solución.

Levantó la cara y me observó como un perro ante un hueso.

—Los otros deben sentir lo mismo que usted —confirmé—. Expongales su opinión. Reúnanse y firmen las paces.

—Pensarían que les tiendo una trampa —dijo abatido.

—Convoque la reunión en casa de Willsson. El Susurro está aposentado allí. El que podría caer en una trampa es usted. ¿Se debe a eso su miedo?

Arrugó la frente y preguntó:

—¿Me acompañaría usted?

—No tengo inconveniente.

—Gracias —dijo—, lo intentaré.

19

La conferencia de paz

El resto de los interlocutores de la conferencia de paz estaban allí cuando Noonan y yo llegamos a casa de Willsson a la hora prevista, nueve de la noche. Todos hicieron una inclinación de cabeza al vernos, pero el saludo se quedó en eso.

Al único que no conocía personalmente era a Pete el Finlandés. El contrabandista de alcohol.

Un hombre corpulento y calvo totalmente. Tenía la frente pequeña y grandes mandíbulas: anchas, pesadas, extremadamente musculosas.

Tomamos asiento alrededor de la mesa de la biblioteca de Willsson.

Elihu el Viejo presidía.

El cortísimo cabello de la cabeza, rosada y redonda resplandecía como la plata bajo la luz. Sus redondos ojos se veían impasibles y dominantes bajo las puntiagudas cejas blancas. La boca y el mentón eran sólo dos líneas paralelas.

A su derecha, Pete el Finlandés estaba sentado espiando a todos con sus ojillos negros siempre en guardia. Reno estaba a la derecha del contrabandista. Su rostro demacrado, equino, tenía el mismo aspecto sin vida de sus ojos.

Max Thaler, estaba echado hacia atrás en una silla a la izquierda de Willsson. El pequeño tahúr tenía las piernas a medio cruzar y abiertas con unos pantalones muy bien planchados. Tenía un cigarrillo pegado en la boca muy apretada.

Me senté entre Thaler y Noonan.

Willsson abrió la sesión.

Dijo que había que poner coto a los acon-

tecimientos. Todos éramos gentes honradas e inteligentes, hombres adultos que sabían por experiencia que nadie, sea quien sea, puede hacer lo que le dé la gana. Todo el mundo tenía que ceder alguna vez. Para tener lo que uno quería, era preciso dar a los demás lo suyo. Dijo que no dudaba que lo que nos había reunido allí era el deseo de acabar con la oleada de violencia. Dijo que, sin duda, todo se podía hablar y solucionar en una hora, evitando así convertir a Personville en un campo de batalla.

Fue un buen discurso.

Luego hubo un momento de silencio. Thaler me miró y luego a Noonan, como si esperara algo de él. El resto siguió su ejemplo, mirando al jefe de policía.

Tomó color el rostro de Noonan y habló con voz espesa:

—Susurro, no voy a recordarte que mataste a Tim —se puso de pie y le extendió su mano regordeta—. Aquí tienes mi mano.

La delgada boca de Thaler se deslizó en un rictus de crueldad.

—Bien merecía el granuja de tu hermano que lo mataran, pero no fui yo —susurró tajante.

La cara de Noonan aumento de color.

Hablé yo con decisión.

—Un momento, Noonan. Hay que hacer bien las cosas. No nos pondremos de acuerdo si no ponemos la verdad por delante. Nos arriesgamos a acabar peor que empezamos. MacSawin fue quien mató a Tim. Usted lo sabe.

Me miró aterrorizado. Se le abrió la boca. No comprendía por qué le hacía eso.

Miré a los otros, puse cara de buen chico y pregunté:

—Asunto solucionado, ¿no? Pasemos a otro temas. —Le hablé a Pete el Finlandés—: ¿Qué te pareció el accidente de ayer en tu almacén y la muerte de cuatro hombres?

—¡Menudo accidente! —exclamó.

Me expliqué.

—Noonan no estaba al tanto de lo que hacías con esa casucha. Fue suponiendo que estaba vacía, sólo para arreglar un asunto de la ciudad. Los tuyos empezaron a disparar, y creyó que había dado por azar con la guarida de Thaler. Cuando tomó conciencia de que estaba en su terreno, perdió la razón y lo incendió todo.

Thaler me sonreía tanto con la boca como con sus ojillos duros. Reno era una masa inerte. Elihu Willsson acercaba el cuerpo hacia mí con ojos activos e incrédulos. No sé qué hacía Noonan; me era imposible mirarle. Si controlaba el juego, estaría en buena situación, sino, estaría perdido.

—A los muchachos se les pagaba para correr riesgos —dijo Pete—. Respecto a los otros, se puede cerrar la operación con veinticinco de los grandes.

—De acuerdo, Pete —dijo Noonan veloz y preocupadamente—. Cuenta con ellos.

Cerré con fuerza la boca para no reírme del pánico que traslucía su voz. Ahora sí podía mirarle. Estaba derrotado, destrozado, dispuesto a todo con tal de salvar su redondo cuello o al menos intentarlo. Le miré.

No me devolvió la mirada. Estaba sentado abstraído, tratando de disimular que no les tenía miedo y pensando huir de esas fieras a las que yo le había lanzado.

Volví la cabeza en dirección a Willsson y continué mi labor:

—Mejor sería que nos pusiera antes al corriente de las averiguaciones para saber quién tiene razón y quién no.

Acepté de buen grado:

—Noonan deseaba agarrarte —le dije—, pero recibió, o esperaba recibir, un mensaje de Yard y Willsson, aquí presente, ordenándole que te dejara tranquilo. Pensó que si organizaba un atraco al Banco, y podía inculparte, ellos le dejarían y él tendría las manos libres para vérselas contigo cara a cara. Yard es el que decide los atracos de la ciudad. O sea, que en apariencia, tú te metías en su terreno y te llevabas el dinero de Willsson. Y, claro, tanto a uno como a otro el atraco les molestaría, y se decidirían a ayudar a Noonan en sus propósitos. Noonan ignoraba que estuvieses aquí.

»Reno y los suyos estaban a la sombra. Reno era de los de Yard, pero le traicionaría sin pensárselo dos veces. Ya había acariciado la idea de poder quitarle a Lew la ciudad.

Miré a Reno y le pregunté:

—¿Me equivoco?

Dijo con cara petrificada:

—Tú sabrás.

Continué:

—Noonan se inventó lo del soplo de que tú estabas en Cedar Hill y se encaminó al lugar con sus muchachos menos estimados, es más, recogiendo por el camino a los que estaban de servicio en Broadway para dejarle el camino libre a Reno. McGraw y los policías que estaban informados del asunto, dejaron escapar a Reno y su pandilla de la cárcel a escondidas, conocer el atraco, y regresar a la cárcel sin despertar sospechas. Excelente coartada. Pasan un par de horas y salen bajo fianza.

»Parece ser que Lew Yard se dio cuenta de lo que pasó. Y mandó a Jake el Holandés y a otros varios a Silver Arrow para decirle a Reno y los suyos que no debían trabajar por libre. Pero Reno pudo escapar y huir. La cuestión se simplificaba para uno o el otro. Reno procuró dominar él la situación y esperó a Lew esta mañana a la puerta de su casa, con una pistola. Lew sabía lo que hacía, de lo contrario, ahora veríamos en su silla a Lew Yard, pero el pobre está en la nevera.

Todos permanecían inmóviles, y querían que estuviera claro que no se movían. Allí nadie tenía amigos. Cualquier movimiento en falso podía costar caro.

Reno no reflejó en su rostro el efecto que le causaron mis palabras.

Thaler susurró con un hilo de voz:

—Olvidas, algo.

—Ah, sí, Jerry —dije, comprobando que yo era el animador de esa reunión—. Sobre él iba a hablar ahora mismo. No sé si logró fugarse cuando lo hiciste tú y si le detuvieron, o si no se fugó y por qué. Tampoco sé si participó en el atraco por decisión propia. El caso es que fue, lo mataron, y lo dejaron tirado en la puerta del banco porque era tu brazo derecho y así las cosas se volverían contra ti. Lo escondieron en el coche hasta el momento de huir. Entonces lo empujaron a la acera y le dispararon por detrás, ya que cuando le mataron estaba de cara al banco y de espaldas al coche.

Thaler miró a Reno y le dijo:

—¿Qué dices a eso?

Reno le observó con los ojos mortecinos y preguntó sin alterarse:

—¿Qué pretendes?

Thaler se puso en pie, y se fue de la habitación declarando:

—Yo dejo la partida.

El Finlandés se levantó, apoyó en la mesa sus manazas huesudas y habló con voz profunda:

—Susurro —cuando Thaler se paró y se dio la vuelta, prosiguió—: Escúchame bien, Susurro, y todos los demás. Se acabaron los tiros. ¿Está claro para todos? Hay que tener un poco de sentido común para saber qué es lo más conveniente. Os lo diré. Estos alborotos no benefician los negocios. Y no voy a dejar que continúen. Os comportáis bien u os obligo a hacerlo. Tengo un ejército de chicos bien adiestrados en el manejo de la pistola. Los necesito para cuidar mi negocio. No me obliguéis a echároslos encima. ¿Queréis jugar con pólvora y dinamita? Os enseñaré cómo se hace. ¿Buscáis pelea? La tendréis. Tenedlo presente. Eso es todo.

El Finlandés volvió a sentarse.

Thaler se quedó un rato pensando, y se marchó sin decir o dar a entender lo que le pasó por la cabeza.

Los otros se pusieron nerviosos con su despedida. Todos tenían miedo de quedarse allí excitando la ira de algún enemigo capaz de movilizar un puñado de hombres.

Al cabo de unos minutos, Elihu Willsson y yo nos quedamos solos en la biblioteca.

Estábamos sentados mirándonos el uno al otro. Rompió el silencio:

—¿Le gustaría llegar a ser jefe de policía?

—No. No sirvo para recadero.

—No me refiero a ahora. Sino cuando esta ciudad esté libre de ellos.

—Y hayan venido otros iguales.

—Maldita sea... Podría utilizar un tono de voz más adecuado a un hombre que podría ser su padre.

—Y que me ataca...

La cólera le marcó una vena azul en la frente. Después se rió.

—¡Tiene una lengua muy sucia, amigo! Pero ha cumplido el trato que hizo conmigo.

—¡Menudo apoyo que me ha dado!

—¿Lo necesitaba realmente? Le di el dinero y alas. Esas fueron sus condiciones. ¿Pensaba que encima iba a ayudarle?

—¡Viejo bandido...! Tuve que obligarlo, y no ha dejado de ponerse en contra mía, incluso ahora que ha comprobado que están dispuestos a devorarse mutuamente. ¡Y encima le tengo que dar las gracias!

—Viejo bandido —repitió—. Si no lo hubiera sido seguiría con mi sueldo en la Anaconda y no existiría la Personville Mining Corporation. Usted no se jugaba nada. Pero yo estaba en la cresta de la ola. A mí también había cosas que no me gustaban, y cosas que sólo he sabido esta noche. Pero estaba atrapado y tenía que esperar el momento oportuno. ¿Sabe usted que desde que pisó mi casa el Susurro he estado preso en mi propio hogar, sirviéndole de rehén?

—Muy lamentable. ¿Y ahora a favor de quién está? —le pedí—: ¿Va a ayudarme?

—Si gana.

Me puse de pie y dije:

—Le juro por Cristo que no me importaría verle hundirse con ellos.

—Me lo imagino. Pero me mantendré a flote —me dijo, guiñándome un ojo—. Yo pago. Y eso demuestra mis buenos deseos. No me juzgue mal. Soy una especie de...

—Váyase al infierno —le dije, y salí.

20

Láudano

Dick Foley estaba, con su coche de alquiler, en la esquina. Le dije que me dejara a una manzana de la casa de Dinah y el resto del camino lo hice a pie.

—Pareces cansado —me dijo cuando la seguía al cuarto de estar—. ¿Has estado trabajando?

—He ido a una conferencia de paz de la que podrían salir hasta una docena de crímenes.

Sonó el timbre del teléfono. Lo cogió ella y luego me lo pasó.

Era Reno.

—Me imagino que te interesará saber que a Noonan le han cosido a tiros cuando se apeaba del coche delante de su casa. Nunca habrás visto a nadie tan muerto. Por lo menos tenía treinta balas dentro.

—Gracias.

Dinah me miró con sus grandes ojoz azules interrogantes.

—Es el primer fruto de la conferencia de paz, cosechado por Thaler, alias el Susurro —le expliqué—. ¿Hay ginebra?

—Era Reno, ¿no?

—Sí. Supuso que me interesaría saber que Poisonville ya no tiene jefe de policía.

—¿Significa eso que...?

—Mataron a Noonan esta noche. ¿Se ha acabado la ginebra, o te gusta que te la pida?

—Tú sabes dónde está. ¿Has puesto en práctica alguno de tus métodos infalibles?

Me retiré a la cocina, abrí la parte alta del frigorífico, partí hielo con un picahielo que tenía una hoja de seis pulgadas extremedamente afilada, montada en un mango azul y blanco. La chica seguía preguntándome. No le contesté, pues estaba concentrado en la tarea de echar hielo, ginebra, zumo de limón y sifón en dos vasos.

—¿Qué es lo que hiciste? —me preguntó con ansiedad mientras trasladábamos los vasos hacia el comedor—. Tienes muy mala cara.

Puse el vaso en la mesa, me coloqué en frente, y protesté:

—Esta ciudad del demonio me está agotando. Si no me voy pronto voy a acabar convertido en un vulgar matón como ellos. ¿Qué ha pasado? Más de una docena de asesinatos desde que llegué: Donald Willsson; Ike Bush; los cuatro pistoleros y el policía de Cedar Hill; Jerry; Lew Yard; Jake el Holandés, Walen el Negrito y Put Collings en Silver Arrow; Nick el Grande, que liquidé yo; el rubio que el Susurro mató aquí; Yakima el Bajito, el que entró en casa de Willsson; y ahora Noonan... Total, dieciséis en algo menos de una semana, y los que aún habrá.

Me miró seria y me dijo cortante:

—No te pongas así.

Me reí y seguí:

—Calculé sólo una o dos muertes, si eran necesarias. Pero por primera vez he sentido la fiebre de la sangre. Por culpa de esta asquerosa ciudad. No hay manera de andar limpio por ella. Caí en la trampa desde un principio. Cuando Elihu me abandonó, sólo me quedaba una alternativa: enfrentar a los muchachos. Era preciso llevar a cabo mi trabajo. Yo no tengo la culpa de que mi método

No le contesté, pues estaba concentrado en la tarea de echar hielo, ginebra, zumo de limón y sifón en dos vasos.



trajera tantas muertes. No podía hacerse otra cosa sin la ayuda de Elihu.

—Si era inevitable todo esto, ¿por qué te preocupa? Ven, bebe un vasito de ginebra.

Bebí la mitad y necesité seguir hablando.

—Si vives cerca del asesinato, o acabas enfermo o termina por gustarte. A Noonan le ocurrió lo segundo. Cuando la muerte de Yard, se quedó helado, se le revolvió el estómago, y se dispuso a conseguir la paz fuera como fuera. Estuve de acuerdo con él y sugerí que organizara una reunión entre los que aún quedaban vivos para firmar la paz y arreglar definitivamente los problemas.

»La reunión fue anoche en casa de Willsson. Fue una agradable velada. Fingiendo que utilizaba la verdad para acabar definitivamente con los malentendidos, dejé a Noonan desarmado, y lo dejé junto a Reno en manos de los otros. La reunión acabó en ese momento. El Susurro se largó. Pete les expuso a todos su punto de vista. Les explicó que las peleas dañaban su tráfico de alcohol, y que si alguien intentaba alguna otra acción, tendría que vérselas con los guardianes de su negocio. El Susurro no se inmutó. Reno tampoco.

—No le daría importancia —dijo la muchacha—. ¿Qué le hiciste a Noonan? En otras palabras, ¿cómo los pusiste en evidencia a él y a Reno?

—Les conté a todos que Noonan siempre supo que el asesino de Tim fue MacSwain. Fue la única mentira que dije. Más tarde les hice ver que el atraco al Banco lo habían planeado Reno y el jefe, que incluso llevaron allí a Jerry y le mataron para echarle la culpa del asalto al Susurro. Estaba seguro de que había ocurrido así, si lo que tú me contaste era verdad, en lo que se refiere a la descripción de cómo Jerry se apeó del coche, corrió hacia el banco y le dispararon. Tenía un agujero en la espalda. Esto cuadraba con lo que MacGraw había contado sobre el coche del atraco que desapareció cuando dobló la esquina de King Street. Los chicos volvieron a la cárcel para tener así una coartada.

—¿Por qué confesó el vigilante del Banco que había alcanzado a Jerry? Por lo menos eso es lo que han dicho los diarios.

—Sí, eso dijo, pero ése se cree todo lo que dice. Lo más seguro es que vaciara el cargador con los ojos cerrados, y al abrirlos reclamaría como pieza cobrada todo lo que hubiera a sus pies. ¿Viste a Jerry desplomarse?

—Así es, estaba vuelto en dirección al Banco pero con el tumulto no pude ver quién le disparó. Había muchos hombres con pistolas y...

—Es natural. Lo tenían bien planeado, también lo dije, al menos yo estaba seguro de eso, de que Reno mató a Lew Yard. Reno es un tipo peligroso. Noonan le tenía mucho miedo, y a él todo lo que se le ocurrió decir fue «¿Qué ocurre?» Todo ocurrió dentro de la más estricta cortesía. Había dos bandos, el de Susurro y Pete por un lado y el de Reno y Noonan por otro. Pero nadie estaba seguro de que su compañero le ayudaría si se adelantaba, y cuando acabó la reunión las parejas se deshicieron. Noonan estaba derrotado, y Reno y el Susurro que estaban enfrentados, tenían enfrente a Pete. Sin embargo todos estaban sentados, muy tranquilos, espiándose, mientras yo los hipnotizaba hablándoles de muerte y destrucción.

»El Susurro se fue el primero, y creo que a tiempo de colocar unos pistoleros ante la casa de Noonan, atentos a la llegada del jefe. Al jefe se lo cargaron a tiros. Si Pete no mintió cuando dijo lo que dijo, y parecía que hablaba en serio, en estos momentos debe ir tras el Susurro. Reno es tan culpable como Noonan de la muerte de Jerry, de lo que deduzco que el Susurro estará buscándolo. Reno intentará liquidar al Susurro antes, y eso provocará que Pete le busque. Además, es probable que Reno tenga problemas con los seguidores de Lew, que no desean que él se convierta en su jefe. Como ves un brillante porvenir.

Dinah Brand extendió la mano sobre la mesa, me dio unas palmaditas en la mía. Tenía los ojos inquietos. Dijo:

—Tú no tienes la culpa, cariño. No pudiste impedirlo, apúrate esa copa y nos serviremos otra.

—Pude haberlo evitado —la contradije—. El viejo Elihu me dejó solo al principio porque esos pichones sabían demasiado sobre él como para arriergarse a romper sus relaciones con ellos sin estar totalmente seguro de que serían puestos fuera de juego. Dudaba de que yo lo lograra y se puso a su favor. No es un asesino más, y además considera la ciudad como de su propiedad y no le gusta que se la hayan robado.

»Debería haberle hablado esta tarde y decirle que estaban acabados. Me habría escuchado. Se hubiera puesto de mi parte y me habría ayudado a hacer las cosas como es debido. Pero no lo hice. Es más cómodo verlos muertos, más cómodo y más seguro, y ahora que he llegado a donde he llegado incluso más agradable. No sé qué diré en la

agencia. El Abuelo me va a dar un buen rapapolvos si se entera de lo que he hecho. Y todo por culpa de esta asquerosa ciudad, Poisonville. Ese es el nombre que merece. Me ha envenenado.

»Fíjate. Esta noche, sentado a la mesa de Willsson, los he manejado como si fuera un juego y el caso es que he disfrutado. Miraba a Noonan y sabía que le iba a ser muy difícil conservar el pellejo después de mis palabras; quería reírme, y me sentía totalmente a mis anchas. Yo no soy así. Conservo la piel dura sobre lo que me queda de alma y, después de veinte años en contacto con el mundo del crimen, puedo analizar un homicidio sin ver en ello más que la rutina de mi trabajo cotidiano. Pero el hecho de disfrutar con la muerte no es parte de mi personalidad. Eso me lo ha provocado esta ciudad.

Me sonrió dulcemente y me dijo:

—Creo que exageras un poco, amor mío... Ellos mismos han cavado su fosa. No me gusta que te preocupes tanto. Me angustias.

Sonreí, recogí los vasos y fui a la cocina a por más ginebra. Al volver, vi que sus ojos se habían oscurecido bajo su frente arrugada y me miraba con ansiedad.

—¿Para qué te has traído el picahielo?

—Para que veas cómo está mi cabeza. Hace unos días sólo pensaba en él como una herramienta para partir el hielo.

Deslicé el dedo por la hoja de acero de medio pie de larga y acabada en una punta muy fina.

—Ahora pienso que también podría valer para coser a un hombre a su ropa. Ya ves cómo tengo la cabeza. No puedo ver un mechero sin pensar en llenarlo de nitroglicerina y dárselo a alguien que me caiga mal. Ahí, en la calle delante de tu casa, he visto un trozo de alambre de cobre fino, dúctil y largo como para rodearle a uno el cuello y dejar libres los dos cabos para colgarlo. Por poco me lo meto en el bolsillo... por si en algún momento lo necesitaba.

—Te has vuelto loco.

—Sí, es verdad. Es lo que trataba de decirte. Me estoy convirtiendo en un ser brutalmente sediento de sangre.

—No me gusta nada este asunto. Deja tranquilo ese picahielo, siéntate y hablemos como dos personas razonables.

Obedecí parte de su mandato.

—Lo único que te pasa —me explicó— es que tienes los nervios deshechos. Han sido demasiadas emociones juntas. Si sigues así vas a perder la sesera de verdad, vas a sufrir una depresión.

Extendí la mano hacia arriba con los dedos abiertos, la dejé en el aire sin moverla.

Ella la miró y dijo:

—Eso no me dice nada. El problema está dentro. Tómate un par de días de descanso sin que nadie se entere. Tal como tienes encarriladas las cosas seguirán rodando solas. Vámonos a Salt Lake. Te sentará bien.

—No puedo, muñeca. Tengo que quedarme para contar los muertos. Además, todo el plan se basa en una combinación de sucesos que no pueden pararse. Si nos fuéramos de la ciudad, todo se alteraría y tendría que empezar por el principio.

—Podría mantenerse en secreto, además yo no estoy comprometida en el asunto.

—¿De veras?

Se echó hacia adelante, entrecerró los ojos y me preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Pensaba que te has convertido de la noche a la mañana en una mera espectadora de la función. ¿Ya no te acuerdas de que Donald Willsson murió por tu culpa, y que ahí está la causa de todo lo que pasó después? ¿Has olvidado lo que me contaste sobre lo que hizo el Susurro para que no se apagará el fuego?

—Sabes perfectamente que no fue culpa mía —dijo indignada—. Y, en todo caso eso es ya historia pasada. Lo sacas a relucir ahora porque estás muy enfadado y deseas discutir.

—Anoche estabas horrorizada ante la idea de que el Susurro te matara.

—Por favor, deja ya de usar la palabra «matar».

—Albury me dijo una vez que Quint había prometido matarte.

—¡Cállate!

—Parece que a tus amigos al verte se le despiertan instintos asesinos. Mira a Albury, ahí está esperando ser juzgado por matar a Willsson. Mira al Susurro, obligándote a huir constantemente. Y ni siquiera yo me he librado. Puedes ver en lo que me he convertido. Y creo que Dan intentará matarte un día u otro.

—¡Dan! No sabes lo que dices. Por qué, yo...

—Sí, tenía una tisis incurable y tú lo trajiste a tu casa. Lo cuidaste y le diste todo el láudano que quiso. Le utilizas como un recadero y lo abofeteas delante mío y de los otros. Está enamorado de ti y cualquier mañana lo encuentras con las venas abiertas.

Ella temblando se enderezó y sonrió.

—Me alegro de saber todo eso —dijo y se

llevó los vasos vacíos a través de la puerta de la cocina.

Encendí un cigarrillo y me pregunté qué me pasaba; pensé si sería un profeta, y si significaría algo el presetimiento que tenía o era sólo consecuencia de mi estado de nervios.

—Si no quieres irte —dijo de vuelta con los vasos llenos—, cógete una buena borrachera y olvídalo todo durante unas horas. Te he hechado el doble de ginebra de lo acostumbrado. Te hace falta.

—El problema no está en mí —dije sin saber lo que decía, pero satisfecho— sino en ti. Cada vez que digo: matar, te echas encima mío. Se ve que eres una mujer. Piensas que no hablando de ello vas a evitar que todos los que quieren matarte no lo hagan. Eso es una idiotez. Nada de lo que digamos, o dejemos de decir evitará que el Susurro, sin ir más lejos...

—¡Por favor, por favor, cállate! Ya sé que soy una idiota. Tengo miedo de las palabras. Tengo miedo de él. Tengo... ¡Por todos los diablos, podías haberlo liquidado cuando te lo dije!

—Lo siento —era verdad lo que decía.

—¿Crees que será capaz de...?

—Lo ignoro. Me imagino que será así. No vale la pena hablar de ello. Es mejor beber, aunque esta ginebra es demasiado floja.

—No es la ginebra. Eres tú. Vas a coger una buena curda si sigues bebiendo.

—Esta noche sería capaz de beber nitroglicerina.

—Eso es exactamente lo que vas a beber —me juró.

Oí ruido de cacharros en la cocina. Me trajo un vaso lleno de algo que tenía el mismo color de lo que habíamos bebido antes. Olí y dije:

—Vaya, has cogido un poquito de láudano de Dan. ¿Está todavía en el hospital?

—Sí. Tiene el cráneo roto. Ahí tiene su copa, señor, si es esto lo que deseas.

Me tragué la droga. Un poco después experimenté una mejoría. Pasó el tiempo mientras bebíamos en un paraíso terrenal de paz y amor.

Dinah siguió con la ginebra. Yo no pude resistir la tentación de tomar otra copa de ginebra mezclada con láudano.

Traté de conservar los ojos abiertos, como si estuviera despierto, pero no veía nada. Cuando me di cuenta de que era inútil seguir forzándome, abandoné el juego.

Mi último recuerdo es que la vi llevarme al sofá del cuarto de estar y estirarme encima.

21

El decimoséptimo asesinato

Soñé que estaba sentado en un banco, en Baltimore, mirando la fuente juguetona de Harlem Park junto a una mujer cubierta por un velo. Ella me había llevado allí. Pero no sabía quién era. No le podía ver la cara a través del velo, largo y negro.

Pensé en decirle algo para que al contestar su voz la delatara. Sin embargo estaba muy intimidado y no sabía qué decirle. Al final le pregunté si conocía a un hombre llamado Carroll T. Harris.

Respondió, pero el ruido de las aguas saltarinas al caer chapoteando impidió que pudiera oír su voz.

Unos coches de bomberos cruzaron Edmondson Avenue. La mujer se fue corriendo detrás de ellos al tiempo que gritaba: «¡Fuego! ¡Fuego!» Fue entonces cuando reconocí su voz y supe quién era: una persona que había sido muy importante en mi vida. La perseguí, pero era demasiado tarde. Tanto ella como los coches de bomberos se habían esfumado.

Corrí por las calles buscándola, casi todas las calles de los Estados Unidos, Gay Street y la Mount Royal Avenue de Baltimore, la Colfax Avenue de Denver, el Aetna Road y la St. Clair Avenue de Cleveland, la McKinney Avenue de Dallas, Lemartine Street y Amory Street de Boston, el Berry Boulevard de Louisville, la Lexington Avenue de Nueva York, hasta que en la Victoria Street de Jacksonville, volví a oír su voz, pero sin verla.

Recorrí más calles, oyendo su voz. Pronunciaba un nombre, no el mío, un nombre que yo desconocía, pero por más que corriera no podía acercarme nunca a la voz. Siempre estaba a igual distancia, ya recorriera la calle que hay ante el Edificio Federal en El Paso o el Grand Circus Park de Detroit. La voz desapareció.

Fatigado y desalmado, entré en el vestíbulo del hotel que hay frente a la estación de ferrocarril en Rocky Mount, Carolina del Norte, para reponerme. Mientras estaba allí sentado, llegó un tren. Ella se apeó y entró en el vestíbulo, se me acercó y me besó. Me dio mucha vergüenza porque todo el mundo se paraba delante para mirar y reír.

Ahí se acabó el sueño.

Soñé que estaba en una ciudad desconocida y perseguía a un hombre al que odiaba. Tenía una navaja abierta en el bolsillo con el propósito de matarle cuando le alcanzara. Era una mañana de domingo. Repicaban las campanas de la iglesia donde entraba y salía mucha gente. Caminé una distancia casi tan larga como la del primer sueño, pero nunca salía de la extraña ciudad.

El hombre a quien buscaba me gritó, y pude verle. Era bajo y moreno, tocado con un sombrero mexicano de grandes proporciones. Estaba al pie de la escalinata de un alto edificio, al otro lado de la ancha plaza, mofándose de mí. Teníamos en medio la plaza llena de gente apelotonada.

Acaricié la navaja abierta que tenía en el bolsillo, me dirigí al hombrecito corriendo sobre las cabezas y las espaldas que abarrotaban la plaza. Las cabezas y las espaldas tenían alturas diferentes y la distancia entre ellas nunca era la misma. Me escurrí entre ellas tropezando a menudo.

El hombrecito moreno continuaba en la escalinata, riéndose hasta que casi le alcancé. En ese momento entró en el alto edificio. Le perseguí a través de infinitas escaleras de caracol, sin conseguir nunca rebasar la pulgada que me separaba de él. Llegamos al tejado. El corrió sin detenerse hasta el mismo borde y, cuando mis manos llegaron a tocarle saltó.

Se deslizó su hombro entre mis dedos. Le arranqué el sombrero de un manotazo y la cerré sobre su cabeza. Una cabeza lisa y esférica, del tamaño de un huevo de avestruz. Podía rodearla con mis dedos. Con la otra mano intentaba sacar la navaja del bolsillo y comprobé que se había caído con él desde el tejado. Habíamos caído a gran velocidad sobre millones de caras levantadas ahí abajo, en la plaza, a algunas millas de distancia.

Abrí los ojos a la tenue luz del sol de la mañana que se filtraba por las cortinillas.

Estaba en el suelo boca abajo, la cabeza sobre el antebrazo izquierdo, el brazo derecho extendido, y la mano cogiendo el mango azul y blanco del picahielo. La fina punta de seis pulgadas de largo atravesaba el pecho izquierdo de Dinah Brand.

Ella estaba de espalda, muerta. Sus largas y musculosas piernas estaban en dirección a la puerta de la cocina. La media de la pierna derecha tenía una carrera.

Solté el picahielo despacio y con cuidado, como si temiera poder despertarla, doblé el brazo y me puse de pie.

Tenía fuego en los ojos, en la boca y en la garganta, como si estuviera lleno de lana porosa. Me encaminé a la cocina, vi una botella de ginebra, me la acerqué a los labios y la mantuve así hasta casi ahogarme. Eran las 7.41 en el reloj de la cocina.

Regresé al comedor con la ginebra dentro, encendí la luz y miré a la chica muerta.

No había mucha sangre: una mancha del tamaño de un dólar de plata alrededor del agüjero que el picahielo había hecho en el vestido de seda azul. Tenía morada la mejilla derecha debajo del pómulo, y en la muñeca derecha tenía la marca de los dedos que la habían apretado. No tenía nada en las manos. Levanté un poco el cuerpo para ver si había algo debajo; no encontré nada.

Recorrí la habitación. La recordaba igual que estaba. De nuevo en la cocina tampoco noté ningún cambio.

La cerradura de la puerta trasera estaba intacta y no tenía señales de haber sido forzada. Me acerqué a la puerta principal y tampoco encontré huellas. Registré la casa de cabo a rabo y no encontré nada nuevo. Las ventanas estaban como de costumbre. Las joyas de la muchacha, en el tocador, a excepción de las dos sortijas de diamantes que llevaba encima; había cuatrocientos dólares en su bolso, encima de una silla de la habitación.

Volví al comedor, me arrodillé junto a la mujer muerta y saqué un pañuelo para limpiar el mango del picahielo de las posibles huellas de mis dedos. Repetí la misma operación en los vasos, botellas, puertas, interruptores de la luz y muebles que podía haber tocado.

Me lavé las manos, miré la ropa en busca de sangre, me aseguré de no dejar nada mío allí y me dirigí a la puerta principal. La abrí, limpié el pomo interior, la cerré tras de mí, limpié el pomo exterior y me alejé.

Telefoneé a Foley desde una tienda de la parte alta de Broadway y le rogué que se acercara al hotel. Llegó un poco después que yo.

—Han asesinado a Dinah Brand, la noche pasada o esta mañana muy temprano —le dije—. Con un picahielo. La policía no está al tanto. Tú ya sabes que hay muchas personas que han podido tener algún motivo para matarla. Hay tres que me interesan en particular: el Susurro, Dan Rolff y Bill Quint, el líder sindicalista. Te di la descripción de los

tres. Rolff está hospitalizado con el cráneo roto. No sé en qué hospital. Llama al Municipal primero. Busca a Mickey, que está vigilando al Finlandés. Dile que se olvide de él por ahora y que vaya a ayudarte. Averiguad dónde han estado esos tres granujas. Es muy urgente.

El pequeño canadiense me estuvo escuchando sin quitarme la vista de encima. Esbozó una palabra, se arrepintió, dijo «De acuerdo», y se marchó.

Fui en busca de Reno Starkey. Lo encontré al cabo de una hora, por teléfono, en una casa de huéspedes de Ronney Street.

—¿Vendrá usted solo?

Me preguntó al decirle que quería verle.

—Sí.

Me dijo que lo encontraría allí y cómo llegar. Cogí un taxi. Era una casucha de dos pisos en las afueras de la ciudad.

En la esquina de más arriba vi dos hombres ociosos a la puerta de una tienda de comestibles. Otra pareja más estaba sentada en los escalones de madera de la casa de la otra esquina. Todos ellos tenían un aspecto tosco.

Dos hombres abrieron la puerta en respuesta a mi llamada. Tampoco su aspecto era refinado precisamente.

Me condujeron arriba, a un cuarto con una ventana a la calle donde encontré a Reno echado hacia atrás en el respaldo de una silla, con los pies en el antepecho de la ventana; en mangas de una camisa sin cuello y chaleco.

Su cara pálida dibujó un gesto a manera de saludo y me dijo:

—Tráete aquí una silla.

Los dos hombres que me habían mostrado el camino se fueron y cerraron la puerta. Tomé asiento y dije:

—Necesito una coartada. Anoche mataron a Dinah Brand, después de irme de su casa. Ni se me pasa por la cabeza que la policía pueda acusarme, pero, muerto Noonan, ignoro la opinión que tendrán de mí en la Jefatura. Quiero evitar que tengan alguna sombra de sospecha sobre mí. Si es necesario puedo probar qué hice anoche, pero tú podrías ahorrarme muchas molestias.

Me miró sin luz en los ojos y me preguntó:

—¿Por qué has pensado en mí?

—Tú me llamaste anoche. Eres el único que estaba allí a primera hora de la noche. Tendría que ponerme de acuerdo contigo aun en el caso de inventar otra coartada. ¿No te parece?



Lo encontré al cabo de una hora, por teléfono, en una casa de huéspedes.

—No la matarías tú, ¿verdad?

—No —dije indiferente.

Contempló la calle desde la ventana antes de decidirse a preguntarme:

—¿Por qué supones que voy a ayudarte? ¿Acaso estoy en deuda contigo por lo que me hiciste anoche en casa de Willsson?

Yo le contesté:

—No te perjudiqué lo más mínimo. Antes o después iba a saberse. El Susurro sabía suficiente como para completar el resto. Sólo dije la verdad. ¿Cómo puede importarte? Tú sabes guardarte las espaldas.

—Lo intento —confirmó—. De acuerdo. Estabas en Tanner House, sí, en Tanner. Un pueblo situado a unas veinte o treinta millas en dirección a la sierra. Te dirijiste allí al salir de casa de Willsson y estuviste hasta esta mañana. Un tipo llamado Ricker, que suele ir por el billar de Murry tiene un auto de alquiler y te acompañó. Invéntate tú el motivo por el que fuiste a Tanner. Pon tu firma

en un papel y después trataré de que la reproduzcan en el registro de viajeros de Tanner House.

—Gracias —dije, mientras sacaba la estilográfica.

—No hay de qué. Lo hago porque necesito tener conmigo al mayor número de amigos posible. Espero que te acuerdes de esto cuando hable con el Susurro y Pete. Espero el agrio final de todo esto.

—No te preocupes —prometí—. ¿Se sabe ya quién será el nuevo jefe de policía?

—McGraw, provisionalmente, pero supongo que se quedará fijo.

—Está a favor del Finlandés. Las trifulcas estropean su negocio tanto como el de Pete. Pero no habrá más remedio que atacarlo. Sería una idiotez que me quedará quieto cuando anda por ahí el Susurro. La elección se reduce a él o a mí. ¿Sospechas que fue él el que mató a la prostituta?

—Tenía sus buenas razones —dije, al tiempo que extendía un papel con mi nombre estampado—. Le vendió, le traicionó.

—Tú y ella..., quiero decir, os llevabais bien, ¿no?

No contesté y encendí un cigarrillo. Reno esperó la respuesta inútilmente y dijo:

—Deberías ver a Ricker para poder describirle cuando te pregunten.

Un muchacho de largas piernas, de unos veintidós años, cara delgada y pecas alrededor de los vivarachos ojos abrió la puerta y entró en la habitación. Reno dijo que era Hank O'Marra. Me levanté para saludarlo y le pregunté a Reno:

—¿Cómo puedo encontrarte si te necesito?

—¿Conoces a Peak Murry?

—Lo he visto, y sé dónde está su billar.

—El me hará llegar cualquier recado que le des. Vámonos de aquí. Es un mal lugar. Lo de Tanner es cosa hecha.

—Perfecto. Gracias —me marché.

22

El picahielo

Una vez en el centro de la ciudad, me dirigí en primer lugar a la Jefatura. McGraw estaba en el despacho del jefe, sus ojos rodeados de rubias pestañas me miraron desconfiados; tenía las arrugas de su cara aún más profundas y desagradables que normalmente.

—¿Cuándo vio usted a Dinah Brand por última vez? —me preguntó a bocajarro sin mediar ningún tipo de saludo. La voz sonó dura y recia por su nariz.

—Anoche, a las once menos veinte, aproximadamente —dije—. ¿Por qué?

—¿Dónde?

—En su casa.

—¿Se quedó mucho tiempo?

—Diez o quince minutos.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué estuvo tan poco tiempo?

—¿Y a usted qué le importa? —dije mientras me sentaba en una silla que cogí por mi cuenta.

Me clavó los ojos y respiró hondo a punto de gritarme a la cara: «¡Asesino!»

Me reí y dije:

—Supongo que usted no creerá que ella haya tenido nada que ver con el asesino de Noonan.

Deseaba fumar, pero los cigarrillos delatan la impaciencia y no me quise arriesgar innecesariamente.

McGraw me miraba a los ojos para averiguar lo que pasaba por mi cabeza; no me preocupé porque ya sabía que cuando miento mi rostro parece aún más sincero. Cuando acabó su inspección me dijo:

—¿Por qué no?

Me libré bien del golpe.

—De acuerdo, ¿por qué no? —dije sin alterarme. Le ofrecí un cigarrillo, encendí uno para mí, y añadí—: Si quiere saber mi opinión yo creo que fue el Susurro.

—¿Estuvo aquí? —Por esta vez McGraw abandonó su voz nasal y se sacó con esfuerzo las palabras de los pulmones.

—Estuvo... ¿Dónde?

—En casa de la Brand.

—No —dije, frunciendo el ceño—. ¿Qué iba a hacer allí... si estaba matando a Noonan?

—¡Quiere dejar a Noonan tranquilo! —dijo el jefe en funciones enojado—. ¿Por qué habla tanto de él?

Intenté mirarle como quien mira a un loco.

—Dinah Brand fue asesinada anoche —dijo.

—¿Sí? —repuse.

—¿Se decidirá de una vez a contestar a mis preguntas?

—Sin duda. Estuve en casa de Willsson, con Noonan y los otros. Me fui de allí hacia

las diez y media y pasé por casa de Dinah para decirle que tenía que marcharme a Tanner. Estaba citado con ella. Me entretuve unos diez minutos, bebiendo una copa. No vi a nadie más en la casa. ¿A qué hora la mataron? ¿De qué manera?

McGraw me dijo que había mandado a una pareja de sus agentes, Shepp y Vanaman, a casa de la chica para ver si podía colaborar en la detención del Susurro por el asesinato de Noonan. La puerta principal estaba a medio abrir. Nadie contestó a la llamada del timbre. Entraron y vieron a la chica caída boca arriba en el comedor, muerta con una herida profunda en el pecho izquierdo.

El forense analizó el cadáver y concluyó que la habían matado con un arma delgada, redonda y provista de una hoja de unas seis pulgadas, hacia las tres de la madrugada. El escritorio, los armarios, los baúles y todo lo demás habían sido saqueados implacablemente. No se encontró dinero ni en el bolso, ni en el resto de la casa. El joyero del tocador no contenía nada. La fallecida tenía puestas dos sortijas de diamantes.

La policía no encontró el arma homicida. Los peritos en huellas digitales no descubrieron nada. Las puertas y ventanas habían sido forzadas. En la cocina se encontraron restos de bebida y vasos, lo que hacía suponer que había estado con uno o varios visitantes.

—Seis pulgadas, redondo, delgado, puntiagudo —dije repitiendo la descripción—. Es lo más parecido a un picahielo.

McGraw levantó el auricular del teléfono y ordenó que vinieran Shepp y Vanaman. Shepp era un hombre alto, con el pecho hundido y una sonrisa de buen padre de familia en la boca, lo que podía deberse simplemente a un defecto en la dentadura. El otro policía era bajito y regordete con unas venitas que se transparentaban en su nariz y casi sin cuello.

McGraw hizo las presentaciones y les preguntó si habían visto un picahielo. Dijeron que no, que estaban seguros de que no estaba allí, que un objeto así no pasa desapercibido.

—¿Usted los vio anoche? —me preguntó McGraw.

—Sí. La muchacha lo usó para picar el hielo. Yo la vi hacerlo.

Describí el picahielo. McGraw ordenó a los agentes volver a registrar la casa y examinar los alrededores en busca del objeto.

—Usted la conocía —dijo cuando se marchaban Shepp y Vanaman—. ¿Cuál es su opinión?

—Esto es una cosa nueva para mí —dije, evadiendo la pregunta—. Déme un par de horas para pensar. ¿Usted qué piensa?

Su expresión volvió a ser agria y farfulló:

—¡Qué puedo yo saber!

El hecho de que me dejara marchar sin más preguntas fue una buena prueba de que estaba convencido de que el Susurro mató a la chica.

Me pregunté si el enjuto garitero era realmente culpable, o si una vez más era víctima de los cargos que los jefes de policía tenían la manía de atribuirle. De todos modos no era demasiado importante. El o alguien mandado por él mató a Noonan: no podían ahorcarle dos veces.

Cuando salí del despacho de McGraw encontré el pasillo repleto de hombres. Entre ellos había algunos jovencitos, casi niños; otros parecían extranjeros; y la gran mayoría parecían hombres fornidos, cómo deben ser los hombres.

Cerca de la puerta de la calle vi a Donner, uno de los guardias que estuvieron en Cedar Hill.

—Hola —le dije—. ¿Qué pasa? ¿Se ha quedado la cárcel demasiado pequeña?

—Son los nuevos especialistas —respondió desdeñosamente—. Van a incrementar la plantilla.

—Felicidades —le dije y me fui.

Peak Murry estaba en su salón de billar, sentado ante una mesita detrás del mostrador del tabaco hablando con tres hombres. Me senté en el lado opuesto de la sala y estuve observando a dos jovencitos que jugaban alrededor de una mesa. Al poco rato el desgarbado dueño del local se me acercó.

—Si ves a Reno —le dije—, dile que los esbirros del Finlandés están jurando el cargo como agentes especiales de la policía.

—Es posible que se lo diga —afirmó Murray.

Mickey me estaba esperando en el vestíbulo del hotel. Subió conmigo a la habitación y me informó:

—Tu Dan Rolff se escapó anoche del hospital hacia las doce. Los médicos están preocupados. Parece que estaban a punto de hacerle una operación en el cerebro. Pero Dan se ha largado, llevándose la ropa. Del Susurro no hay ninguna noticia. Dick intenta encontrar a Quint. ¿Qué pasó con la chica? Me ha dicho Dick que te enteraste del homicidio antes que la policía.

—Esto...

Sonó el teléfono.
Una voz de hombre preguntó por mí, respetuosamente.
—Sí —dije.
La voz dijo:
—Habla Charles Proctor Dawn. Creo que sería beneficioso para usted acudir a mi bufete en el momento que le sea más cómodo.
—¿Sí? ¿Y usted quién es?
—Charles Proctor Dawn, abogado. Tengo mi bufete en el bloque Rutledge, en el número 310 de Green Street. Creo que le interesaría para su...
—Le importaría decirme de que se trata —pregunté.
—Hay asuntos que prefiero tratarlos personalmente. Creo que le interesaría...
—De acuerdo —le interrumpí otra vez—. Trataré de pasar a verle esta misma tarde.
En ese punto de la conversacion colgué el auricular.
—Creo que me ibas a decir algo sobre la muerte de la Brand —dijo Mickey.
—No —le dije—. Quería decirte que no creo sea difícil localizar a Rolff, ya que anda por ahí con la cabeza rota y probablemente cubierto de vendas. ¿Por qué no lo intentas? Mira en primer lugar en Hurricane Street.
Mickey mostró una gran sonrisa sobre su colorada cara de payaso y dijo:
—No me digas nada de lo que pasa en realidad. Al fin y al cabo lo único que hago es trabajar contigo. —Cogió el sombrero y se fue.
Fumé en la cama un buen rato, encendiendo cada cigarrillo con la colilla del anterior, y pensando insistentemente en la noche anterior: en mi depresión, en mi pérdida del conocimiento, en mi sueño y en la situación en la que me vi al despertar. Lo desagradable de estos pensamientos hizo que la interrupción no me importara lo más mínimo.
Alguien llamaba a la puerta rascando con las uñas. Abrí.
No le conocía. Era un joven delgado vestido estridentemente. Unas cejas gruesas y un bigotito contrastaban su color negro azabache con un rostro pálido y nervioso, pero nada tímido.
—Me llamo Ted Wright —dijo, extendiéndome la mano suponiendo que me alegraría mucho al conocerle—. Me imagino que habrá oído al Susurro hablar de mí.
Le di la mano, le invité a pasar, cerré la puerta y le pregunté:
—¿Es amigo del Susurro?
—¡Claro que sí! —chasqueó los dedos—. Tanto como esto.
Permanecí en silencio. Escudriñó la habitación, sonrió autosuficiente, caminó hasta la puerta del cuarto de baño, miró el interior, regresó a mi lado, se lamió los labios y me hizo una propuesta:
—Puedo librarle de él a cambio de medio de los grandes.
—¿Del Susurro?
—Sí, y bien barato se lo dejo.
—¿Por qué supone que deseo su muerte?
—Le dejó sin chica, ¿no es verdad?
—¿Sí?
—Usted no es nada tonto.
Tuve una idea. La dejé madurar y simplemente dije:
—Siéntese. Eso vale la pena discutirlo.
—Eso lo puede decidir en un momento —me dijo mirándome con aspereza y sin moverse hacia ninguna de las dos sillas—. ¿Quiere usted echarle tierra encima al Susurro, sí o no?
—No sé.
Dijo algo tan en voz baja que no le oí. Quiso marcharse. Me crucé en su camino y se detuvo con los ojos inquietos. Le dije:
—Eso quiere decir que el Susurro está muerto, ¿no? —le dije.
Se echó hacia atrás y se puso una mano a la espalda. Le golpeé en el mentón, con toda la fuerza de mis ciento noventa libras de peso.
Le fallaron las piernas y se derrumbó. Le cogí por las muñecas, acerqué su cara a la mía y le dije broncamente:
—¡Larga! ¿Qué te propones?
—¡No se ponga así, no le he hecho nada!
—Ni se te ocurra. ¿Quién ha matado al Susurro?
—Le juro que no sé nada...
Le dejé libre una muñeca y le abofeteé en una mejilla con la mano libre, le volví a coger la muñeca e intenté estrujársela, mientras insistía:
—¿Quién ha matado al Susurro?
—Dan Rolff —balbuceó—. Vino y le clavó al Susurro el mismo pincho que usó con la puta. Puede creerme.
—¿Cómo sabes que era el mismo con el que mató al Susurro?
—Eso dijo Dan...
—Y ¿el Susurro qué dijo?
—Nada. Era un espectáculo verlo allí, de pie con el mango saliéndole del cuerpo. Se sacó el arma de un tirón y se la clavó a Dan dos veces. Cayeron al mismo tiempo, y se golpearon las cabezas, Dan con todas las vendas chorreando de sangre...
—¿Y después?

—Después, nada. Les di la vuelta, eran dos fiambres. Esto que le estoy diciendo es más verdad que la palabra de Dios.

—¿No había allí nadie más?

—Nadie. El Susurro estaba acorralado, y sólo me tenía a mí para ir y venir con recados para la pandilla. El había matado a Nooman y no quería fiarse de nadie durante un par de días, hasta ver qué pasaba. Sólo se fiaba de mí.

—Y tú, listillo, pensaste que podías hacer un bonito negocio visitando a sus enemigos para proponerles liquidar al Susurro, que ya estaba más que muerto.

—No tenía pasta, y éste será un mal lugar para los amigos del Susurro en cuanto la gente sepa que la palmó —se quejó—. Era preciso conseguir pasta para irme.

—¿Y hasta ahora cuánto has reunido?

—A Pete le saqué cien, y a Peak Murry ciento cincuenta, a cargo de Reno. Ambos dijeron que me darían más cuando estuviera

Le golpeé en el mentón, con toda la fuerza de mis ciento noventa libras de peso.



hecho el trabajito —el gemido se transformó en fanfarronería—. Y, qué se apuesta que lograré sacarle algo a McGraw. Usted me ha fallado.

—Les debe sobrar el dinero para dejarse timar tan estúpidamente.

—¡No comprendo! —dijo con desdén—. No es ninguna estupidez. —Volvió a la modestia y añadió—: Vamos, déme una oportunidad. No me estropee el negocio. Si cierra el pico le prometo cincuenta de los grandes a tocateja más la mitad de lo que le saqué a McGraw; estése calladito hasta que acabe el asunto y me largue en un vagón de mercancías.

—¿Sólo tú sabes dónde está el Susurro?

—Y Dan, que la palmó tanto como él.

—¿En dónde están?

—En el antiguo almacén de la Red Man, en Porter Street. El Susurro tenía allí un agujero, en la parte de atrás, arriba, con una cama, un hornillo y provisiones. ¡Déme una oportunidad! Cincuenta al contado y parte de lo que saque, ¿de acuerdo?

Le solté el brazo y le dije:

—No quiero el dinero, pero ve tranquilo. Cerraré la boca un par de horas. Es suficiente.

—¡Gracias! ¡Gracias! —se fue corriendo.

Me puse el abrigo y el sombrero, salí, llegué a Green Street y divisé el bloque Rutledge. Era un edificio de madera desgastado, si es que alguna vez no lo había estado. El bufete de míster Charles Proctor Dawn estaba en el segundo piso. No había ascensor. Subí unas estropeadas escaleras de madera muy poco seguras.

El abogado tenía dos habitaciones, a cual más sucia, maloliente y oscura. Esperé en la primera hasta que un escribiente muy acorde con las circunstancias del bufete me anunció al abogado. Pasó medio minuto y el escribiente abrió la puerta y me hizo una seña para que entrara.

Míster Charles Proctor Dawn era un hombre bajo y gordo, de alrededor de cincuenta años de edad. Sus ojos eran triangulares e interrogadores, de un color ahumado, la nariz chata y redonda y más redonda todavía la boca, disimulada parcialmente por un bigote lacio y gris y una gris y lacia barba a lo Van Dyck. Vestía de oscuro y con desaliño, pero no estaba sucio.

No se levantó del escritorio, y durante el tiempo que duró la conversación no movió la mano derecha del borde de un cajón de la

mesa, abierto algo así como unas seis pulgadas. Dijo:

—¡Mi apreciado señor! Me congratula en gran manera constatar que ha sabido apreciar el interés de mi sugerencia.

Oída fuera del teléfono su voz era aún más artificial. Guardé silencio. Balanceó la barba como dando a entender que el silencio es una actitud de sabios, y continuó:

—Puedo declarar, en honor a la verdad, que comprobará usted indefectiblemente que el seguir mis consejos en toda ocasión será una muestra de buen juicio. Y le digo esto, amigo mío, sin rictus de modestia, porque valoro tanto la modestia cómo la más alta percepción de la verdad y de los valores imperdurables, tanto mis responsabilidades como mis deberes como uno de los —y por qué iba a tener que ocultar el hecho de que existen quienes encuentran razonable el empleo de una hipérbole en lugar del vulgar «uno de los» al que ellos sustituirían por «el más»— próceres reconocidos y respetados de la abogacía de este refulgente estado.

Se sabía de memoria otras muchas parrafadas de este calibre y las endosaba alegremente. Continuó:

—Por esta razón, la actitud que en un profesional menos cualificado pudiera parecer fuera de lugar, se convierte cuando lo pone en practica quien ocupa un lugar tan elevadamente egregio, y podría añadir que más allá de las regiones circundantes, lo que le sitúa más allá del temor a las críticas, se convierte, como le iba diciendo, en esa elevada ética que desdeña las normas fugaces del momento cuando se enfrenta con la ocasión de servir a la Humanidad a través de uno de sus representantes. Es por esto que, estimado señor, no he dudado en menospreciar toda consideración superficial de las premisas acertadas al invitarle a venir aquí para decirle, clara y honestamente, que sus intereses estarán a salvo de cualquier eventualidad si me elige para que le represente legalmente.

—¿Será muy caro? —pregunté.

—Eso —dijo desde su nube— es una cuestión poco importante. Pero, es un detalle que debe constatarse como una circunstancia más de nuestra relación y no se debe olvidar o desdeñar. ¿Qué le parece mil dólares, por adelantado, y más tarde...?

Se acarició la barba y dejó la frase sin concluir.

Le dije que, como podía suponer, no llevaba esa suma encima.

—¡No se preocupe, querido señor, no se preocupe! Ese es un extremo que carece de auténtico valor. No lo dude. Cualquier ocasión puede ser propicia, cualquier ocasión; ¿qué le parece mañana a las diez?

—Pues, hasta mañana a las diez —dije—. Y si no le importa dígame por qué necesito un representante legal.

Su cara se contrajo.

—No es momento para hacer bromas, señor. Esté bien seguro.

Interpreté eso como una burla, aunque en realidad era un rompecabezas.

Se aclaró la garganta, arrugó la frente con expresión grandiosa, y dijo:

—No me extrañaría, querido señor, que no llegase usted a percibir en su máxima expresión el peligro que gira a su alrededor, pero sería ilusorio que creyerá usted que yo ignoro que está bien informado acerca de sus problemas, problemática legal, querido señor, a la que tendrá usted que enfrentarse en fecha próxima, ya que procede de circunstancias tan recientes como las que acontecieron la pasada noche; sin embargo no quiero entrar en una explicación de todo esto; es preciso que me marche para acudir a una cita que tengo concertada con el juez Leffner. Mañana analizaré gustoso y con detalle todos los profundos entresijos de la situación, y le aseguro que son abundantes. Le espero mañana a las diez.

Le dije que iría y me fui. Pasé toda la tarde en la habitación de mi hotel, bebiendo un apestoso whisky con la mente ocupada en cosas desagradables y esperando noticias, que no llegaron, de Mickey y Dick. Me quedé dormido a medianoche.

23

Míster Charles Proctor Dawn

No había acabado de vestirme la mañana siguiente, cuando apareció Dick. Me dio su informe con pocas palabras, según su costumbre. Bill Quint había dejado el hotel Los Mineros el día anterior sin dejar dirección.

A las 12.35 salía un tren de Personville hacia Ogden. Dick telegrafió a la filial de la Agencia en Salt Lake para que enviaran un hombre a Ogden para buscar a Quint.

—No se puede rechazar ninguna posibilidad —dije—, pero no creo que Quint nos sirva de nada. Dinah le abandonó hace ya mucho tiempo. Si hubiera querido hacer algo, lo hubiera hecho hace tiempo. Creo que cuando supo que la habían matado, decidió marcharse, como amante frustrado que era le había hecho duras amenazas.

Dick hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—Anoche hubo un tiroteo en la carretera. Alcohol de contrabando. Cuatro camiones llenos fueron detenidos y quemados.

Esta parecía ser la contestación de Reno a la noticia de que los muchachos del más importante contrabandista habían ingresado en la policía en calidad de agentes especiales.

Mickey Linehan llegó cuando ya había acabado de vestirme.

—Dan Rolff estuvo esa noche en la casa, no hay duda —me anunció—. El comerciante griego de la esquina la vio salir de ella hacia las nueve de la mañana. Anduvo haciendo eses por la calle y hablando consigo mismo. El griego pensó que estaba borracho.

—¿Por qué el griego no le había dicho nada a la policía? ¿O sí lo ha hecho?

—Nadie le ha preguntado nada. La policía de esta ciudad es maravillosa. ¿Qué hacemos? ¿Buscarle y entregarle con el caso acabado?

—McGraw está seguro que la mató el Susurro —dije—, y no va a molestarse a seguir ninguna pista que no sea la del Susurro. A menos que fuera a la casa después del crimen para recoger el arma, Rolff no fue. La mataron a las tres de la mañana. Rolff ya no estaba allí a las ocho y media, y ella tenía el picahielo clavado a esa hora. Estaba...

Dick Foley se me puso delante y preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

No me gustó su expresión ni su tono de voz; así que dije:

—Te lo digo yo y basta.

No contestó. Mickey sonrió con su desmayada sonrisa y preguntó:

—¿Qué hacemos? Vamos a acabar el caso de una vez.

—Estoy citado a las diez —les dije—. No os mováis del hotel hasta que vuelva. Es probable que el Susurro y Dan estén muertos, así que no tendremos que buscarlos —miré a Dick con dureza y le dije—: Me lo han dicho. Yo no he matado a ninguno de los dos.

El pequeño canadiense bajó la cabeza sin apartarme los ojos.

Desayuné solo y me encaminé al bufete del abogado.

Al girar por la esquina de King Street vi el rostro pecoso de Hank O'Marra dentro de un automóvil que subía por la Green Street. A su lado había un hombre que no conocía. El desgarbado muchacho me hizo un saludo con el brazo y detuvo el coche. Me acerqué.

Me dijo:

—Reno desea verte.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Sube.

—Ahora, no. No creo que pueda ir hasta esta tarde.

—Ve a ver a Peak cuando quedes libre.

Le dije que iría. O'Marra y su acompañante continuaron Green Street arriba. Caminé cerca de media manzana hasta el bloque Rutledge.

Apenas puse el pie en el primer peldaño de la estropeada escalera que subía a la oficina del abogado me paré para mirar algo.

No se veía bien dada la penumbra que había en la esquina del primer piso. Era un zapato. Estaba en una posición en la que no suelen caer los zapatos vacíos.

Retiré el pie del peldaño y me acerqué al zapato. Vi un tobillo y la vuelta de la pernera de un pantalón negro por encima del zapato.

Esto me preparó para lo que vi después.

Míster Charles Proctor Dawn estaba con el cuerpo retorcido entre dos escobas, una fregona de largo mango y un cubo, en un entrante que formaba la escalera con una esquina de la pared. Su barba a lo Van Dick estaba roja por culpa de la sangre que salía de una herida atravesada en diagonal sobre la frente. Tenía la cabeza torcida a un lado y echada para atrás, en una forma y en un ángulo imposible para un cuello normal.

Me acordé de unas palabras de Noonan: «Lo que sea preciso hacer, conviene hacerlo cuanto antes», y aparté cuidadosamente la parte delantera de la chaqueta, registré su bolsillo interior, saqué un librito negro y un montón de papeles que pasé al mío. En dos de los otros bolsillos no había nada interesante. Para registrar los demás sería preciso mover el cadáver y no me pareció oportuno.

Cinco minutos después estaba en el hotel. Entré por una puerta lateral para no toparme con Dick y Mickey en el vestíbulo y seguí andando hasta el entresuelo donde tomé el ascensor.

Apenas llegué a la habitación me senté y analicé el botín.

Primero cogí el cuadernillo, una de esas agendas para notas imitando piel que se pue-

den comprar a bajo precio en cualquier papelería. Leí unas notas incompletas, de las que no saqué nada en limpio, y unos treinta y tantos nombres y direcciones en los que no me fijé demasiado excepto donde decía:

HELEN ALBURY
HURRICANE, 1.229 - A

Era muy interesante, primero porque un chico llamado Robert Albury estaba en la cárcel después de haber confesado que él mató a Donald Willsson tras un ataque de celos provocado por la supuesta relación de Willsson con Dinah Brand; segundo, porque Dinah vivió en el número 1.232 de Hurricane Street, justo enfrente del 1.229 - A.

Mi nombre no estaba en la agenda.

La aparté y empecé a desdoblar y leer los papeles que había cogido en un montón. Después de leer mucho encontré algo interesante.

El descubrimiento fueron cuatro cartas sujetas por una goma.

Estaban dentro de sobres abiertos cuyos matasellos mostraban fechas que iban de semana en semana más o menos. Las más recientes tenían una antigüedad de apenas seis meses. Eran cartas dirigidas a Dinah Brand. La primera, la de fecha más atrasada, era interesante, a pesar de ser una carta de amor. La segunda era un poco más estúpida. La tercera y cuarta eran auténticos ejemplos de lo muy rematadamente necio y exhaltado que puede mostrarse un pretendiente, sobre todo si era un hombre maduro. Las cuatro cartas eran de Elihu Willsson.

Por más que le daba vueltas no entendía por qué míster Charles Proctor Dawn había pensado que podría sacarme mil dólares con intimidaciones, pero sí había llegado a algo que me daba muchos quebraderos de cabeza. Me activé el cerebro con dos «Fátimas» y bajé al vestíbulo.

—Averigua todo lo que puedas sobre un abogado llamado Charles Proctor Dawn —le dije a Mickey—. Tiene el despacho en Green Street. No te dejes ver demasiado. No emplees demasiado tiempo. No me importan los detalles, pero tráeme pronto el informe.

A Dick le dije que me diera cinco minutos de ventaja y me siguiera hasta cerca del 1.229 - A del Hurricane Street.

El número 1.229 - A era un apartamento construido encima de una casa de dos pisos que estaba enfrente mismo de la casa de Dinah. El 1.229 estaba dividido en dos apartamentos, con entradas independientes. Llamé al timbre del que había buscado. Abrió la puerta una chica delgada, de unos dieciocho o diecinueve años, ojos oscuros y muy cerca el uno del otro, y cara amarillenta y brillante sobre la que se veían unos cabellos castaños al parecer mojados.

Al abrir la puerta contuvo una exclamación de miedo y se apartó poniéndose las manos en la boca abierta.

—¿Miss Helen Albury? —pregunté.

Movió la cabeza rápidamente de derecha a izquierda. No vi ninguna naturalidad en ese gesto. Sus ojos parecían los de una loca.

Le dije:

—Me gustaría poder entrar y hablar con usted un ratito —no esperé a que contestara, entré mientras hablaba y cerré la puerta cuando estuve dentro.

Callaba. Subió la escalera delante mío, con la cabeza vuelta para espiarme con sus ojos atemorizados.

Entramos en un cuarto de estar casi sin muebles. A través de las ventanas podía verse la casa de Dinah.

La chica se quedó en el centro de la habitación con las manos todavía en la boca.

Empleé tiempo y trabajo en convencerla de que no le iba a hacer daño. Todo fue inútil. Cualquier cosa que decía aumentaba su terror. Un asunto bien desagradable. Dejé los prolegómenos y fui directamente al grano.

—¿Es usted hermana de Robert Albury? —le pregunté.

No me contestó, sólo vi esa mirada enloquecida y aterrorizada.

Le dije:

—Cuando le detuvieron por el asesinato de Donald Willsson, usted alquiló este apartamento para tenerla cerca. ¿Puede explicarme el motivo?

Se mantuvo en silencio. Respondí por ella:

—Venganza. Usted culpaba a Dinah Brand de lo que le pasó a su hermano. Esperaba una oportunidad. Se presentó anteanoche. Entró en su casa sin ser vista, la encontró borracha y le clavó el picahielos que había allí.

Tampoco ahora se dignó a abrir la boca. No conseguí borrar la vacua expresión de su cara recurriendo a la sorpresa. Le dije:

—Dawn le ayudó, le preparó el terreno. Quería tener las cartas de Elihu Willsson. ¿Quién es el hombre que le encomendó robar las cartas?, ¿el hombre que ha sido asesinado? ¿Quién fue?

Volví a chocar contra un muro. Su rostro no experimentó ningún cambio.

Silencio. Me hubiera gustado darle una azotaina. Le dije:

—Le he dado ocasión para hablar. Estoy esperando escuchar su explicación. Pero haga lo que quiera.

No me dijo nada. No le di más vueltas. Tenía miedo de que pudiera hacer algo peor que callar si la forzaba. Salí del apartamento pensando en que tal vez la muchacha no había entendido nada de lo que le había dicho.

Al llegar a la esquina le dije a Dick:

—Hay una chica ahí dentro, es Helen Albury, tiene dieciocho años, mide cinco pies y seis pulgadas, delgadita, amarillenta, pelo castaño corto y lacio, viste un traje gris. Síguela. Si quiere atacarte, deténla. Ve con cuidado. Está loca de remate.

Fui a la guarida de Peak Murry con la intención de ver a Reno y saber qué deseaba. A media manzana del final de mi camino me metí en un portal para analizar la situación.

Un furgón de la policía estaba estacionado delante de la sala de billar. Los hombres eran conducidos, arrastrados o llevados en volandas, hasta el furgón. Los que conducían, arrastraban o llevaban en volandas no parecían ser policías corrientes. Imaginé que eran los amigos del Finlandés, transformados en agentes especiales. Parecía como si Pete ayudado por McGraw estuviera cumpliendo la promesa de darles al Susurro y a Reno todas las oportunidades posibles de pelear.

Mientras miraba, llegó una ambulancia, subieron a los heridos y se marchó. Estaba demasiado lejos para poder ver a nadie, vivo o muerto. Cuando cedió el movimiento rodeé un par de manzanas y volví al hotel.

Mickey Linehan me esperaba con el informe sobre míster Charles Proctor Dawn.

—Creo que es el protagonista de ese chiste que dice: «¿Es usted criminalista?» «Sí, pero sin ista». Parece ser que un miembro de la familia de ese chico que detuviste, Albury, encargó a este tipo de su defensa. Albury se negó a que así fuera. Dawn estuvo a punto de ir a la sombra el año pasado por chantaje, un asunto con un tal Hill, pero se libró. Tiene unos locales en Libert Street que vaya usted a saber dónde está. ¿Quieres que siga con la investigación?

—No, tengo suficiente. Esperemos a que venga Dick.

Mickey emitió un bostezo y dijo que estaba de acuerdo, pues la verdad es que no era de esos que no pueden estar mucho rato sin moverse, y luego me preguntó si sabía que nos estábamos haciendo famosos en todo el país.

Le pedí que me explicara eso.

—He visto a Tommy Robins —dijo—. La Prensa Unida le ha mandado aquí en misión informativa. Me ha dicho que otras agencias de prensa y un par de diarios de gran tirada van a enviar corresponsales especiales ya que empiezan a encontrar noticiable nuestros apuros en esta ciudad.

Empecé a exponer una de mis argumentaciones favoritas, la de que los diarios sólo sirven para embrollar y estropear las cosas, pero me interrumpí al oír a un botones llamándome. Le di una moneda de diez centavos y él me dijo que me llamaban por teléfono.

Era Dick Foley.

—Ella salió en seguida. Hacia Green Street 310. Muchos policías. Abogado, nombre Dawn, muerto. Policía se la lleva Jefatura.

—¿Está todavía allí?

—Sí. En el despacho del jefe.

—Sigue en ello, y avísame si sabes algo rápidamente.

Volví al lado de Mickey Linehan y le di la llave de mi habitación y unas instrucciones:

—Quédate en mi habitación. Toma nota de cualquier mensaje y avísame. Estaré en el Shannon, a la vuelta de la esquina, con el nombre de J. W. Clark. No se lo digas a nadie más que a Dick.

—Pero ¿qué demonios...? —preguntó Mickey. No obtuvo respuesta y su masa carente de articulaciones se arrastró en dirección a los ascensores.

24

Buscado por la policía

Llegué al hotel Shannon, me registré con el nombre falso, pagué la habitación por un día y me dieron la número trescientos veintiuno.

Al cabo de una hora sonó el teléfono. Era Dick Foley que venía a verme.

Tardó cinco minutos en llegar. Su cara alargada de hombre preocupado estaba hos-

til. También lo fue cuando su voz dijo:

—Orden de detención contra ti. Asesinato. Dos: Brand y Dawn. Telefoneé. Mickey dijo que resistirías. Que estabas aquí. Le han detenido. Le están interrogando.

—Lo esperaba —dije.

—Yo también —dijo agrio.

Hice un esfuerzo para hablar y dije, tratando de arrastrar las palabras:

—Dick, ¿verdad que crees que los he matado?

—Si no lo hiciste, podrías explicarmelo de una vez.

—¿Vas a denunciarme? —le pregunté.

Mostró los dientes. Su cara pasó de tener un color moreno a estar amarillento.

Le dije:

—Vuelve a San Francisco, Dick. Ya estoy demasiado ocupado como para tener que cuidar de ti.

Se colocó el sombrero en la cabeza con cuidado y cerró sigilosamente la puerta tras él.

A las cuatro pedí que me trajeran algo de comer, cigarrillos y el *Evening Herald* de la tarde.

La primera página estaba dedicada al asesinato de Dinah y al más reciente de Charles Proctor Dawn; la unión entre ambos era Helen Albury.

Según leí, Helen era hermana de Robert Albury y aseguraba que a pesar de su confesión, su hermano era inocente, era solamente la víctima de una confabulación. Encargó a Dawn la defensa del acusado (adivinaba que había sido justo al revés). Robert no quiso aceptar a Dawn como abogado ni a ningún otro, pero la chica (sin duda animada por Dawn) no había cejado en su lucha.

Encontró un piso vacío frente a la casa de Dinah Brand, lo tomó y se instaló en él con unos prismáticos y una idea fija: demostrar que Dinah y sus cómplices habían sido los responsables del asesinato de Donald Willsson.

Según se leía, yo era uno de los cómplices. El *Herald* me definía como un detective de San Francisco que llevaba varios días en la ciudad, y estaba en estrecho contacto con Max el Susurro Thaler, Daniel Rolff, Oliver el Reno, Starkey y Dinah Brand. Nosotros éramos los instigadores que habían culpado a Robert Albury.

La noche del asesinato de Dinah, Helen Albury había estado con los prismáticos asomada a la ventana, y había visto cosas que según el *Herald,* estaban muy relacionadas con el subsiguiente encuentro del cadáver. En cuanto la muchacha se enteró del asesinato visitó a Charles Proctor Dawn para contarle lo que había visto. La policía supo gracias a su pasante que Dawn me había llamado sin perder un minuto y celebrado una reunión aquella misma tarde. Tras la reunión, dijo al personal de su despacho que yo volvería al día siguiente a la diez de la mañana. Esta mañana yo no me presenté. A las diez y veinticinco el portero de Rutledge encontró el cadáver de Charles Proctor Dawn, debajo de la escalera, asesinado. Se suponía que le habían robado al muerto unos papeles muy valiosos.

En el momento en que el portero descubrió el cadáver, yo entraba a la fuerza en el apartamento de Helen Albury. Cuando logró echarme de la casa, se fue rápidamente a ver a Dawn, llegó cuando la policía aún estaba allí y les contó todo. La policía me buscó en el hotel y no me encontró, mi antigua habitacion la ocupaba un tal Michael Linehand, que dijo ser detective privado de San Francisco. Michael Linehand se estaba sometiendo a un interrogatorio de la policía. Las autoridades buscaban al Susurro, a Reno, a Rolff y a mí, por asesinato. Se esperaban más detalles del caso.

En la segunda página encontré una media columna muy interesante. Los agentes Shepp y Vanaman, los que habían descubierto el cadáver de Dinah Brand, hicieron mutis misteriosamente. Se aventuraba que los hubiéramos matado nosotros, los «cómplices».

El periódico no mencionaba el asalto contra los camiones de bebidas de contrabando, ni la redada de la sala de billar de Peak Murray y las detenciones.

Salí al atardecer. Quería ponerme en contacto con Reno.

Llamé al billar de Murray desde una tienda.

—¿Está Peak ahí? —pregunté.

—Yo soy Peak —me dijo una voz que en absoluto era la de Peak—. ¿Quién es?

—Lillian Gish —dije muy enfadado. Colgué el teléfono y me alejé.

Dejé de buscar a Reno y decidí visitar a mi cliente, el viejo Elihu, y tratar de hacerle entrar en razón amenazándole con las cartas de amor que le había escrito a Dinah y que yo le había robado a Dawn.

Caminé buscando la acera más oscura de las más oscuras calles. Fue un paseo muy apropiado para hombres no amantes del ejercicio físico. Al llegar a la manzana donde vi-

vía Willsson había conseguido tener el grado de mal humor suficiente para abordar el tipo de conversación que solía tener con él. Pero no le vería inmediatamente.

A sólo dos cruces de mi objetivo, alguien me llamó en voz muy baja.

Di un enorme salto.

—No tengas miedo —bisbiseó una voz.

Todo estaba en sombras. A través de los arbustos (estaba a cuatro patas escondido en el jardín de alguien) vi el bulto de un hombre que se acercaba agachado a esta parte del seto. Yo tenía la pistola en la mano, ya que no había ningún motivo para que me creyera las palabras que había pronunciado.

Me puse de pie y me acerqué, entonces le reconocí, era uno de los hombres que me abrieron la puerta de la casa de Ronney Street el día anterior.

Me senté en los talones y le pregunté:

—¿Dónde está Reno? O'Marra me ha comunicado que desea verme.

—Así es. ¿Conoces el bar de McLeod el Chico?

—No.

—Está en Martin Street, en la esquina del callejón. Pregunta por el Chico. Adéntrate tres manzanas por el callejón y baja. Ya lo verás.

Dije que intentaría ir y le dejé escondido detrás del arbusto, espiando la casa de mi cliente, buscando la ocasión de dispararle al Finlandés, al Susurro o a cualquier otro «no-amigo» que pudiera acercarse para visitar al Viejo.

Obedecí sus instrucciones y llegué hasta un variopinto barucho, rojo y amarillo. Pregunté por el Chico. Me condujeron a una habitación en la parte trasera donde vi a un hombre con un cuello sucio, muchos dientes de oro y una sola oreja, que dijo ser McLeod.

—Reno me ha dicho que viniera —le dije—. ¿Dónde puedo verle?

—¿Y tú quién eres? —me preguntó.

Se lo dije. Se marchó en silencio. Esperé diez minutos. Vino con un muchacho de unos quince años, inexpresivo, coloradote y lleno de picaduras.

—Ve con el Niño —dijo McLeod el Chico.

Seguí al muchacho por una puerta lateral, caminamos dos manzanas de una calle solitaria, cruzamos un solar de arena, pasamos a través de una puerta rota y atravesamos la parte trasera de una casa de madera.

El muchacho llamó con los nudillos y desde dentro le preguntaron su nombre.

—El Niño, con un tipo que el Chico me ha encargado traer.



Estaba Reno acompañado de cuatro hombres sentados alrededor de una mesa.

Apareció en el umbral el larguirucho O'Marra. El Niño se marchó, me introduje en una cocina en la que estaba Reno acompañado de cuatro hombres sentados alrededor de una mesa atiborrada de cerveza. Vi dos pistolas automáticas colgadas en unos clavos encima de la puerta por donde había entrado. Serían una inestimable ayuda si alguien al abrir la puerta se encontrara con un adversario armado que le obligara a levantar las manos.

Reno me ofreció un vaso de cerveza y atravesando un comedor llegamos a una habitación de la parte delantera. Allí había un hombre en el suelo, vigilando a la calle a través de una rendija que había entre el transparente bajado y la parte inferior de la ventana.

—Ve adentro y bébete una cerveza —le dijo Reno.

Se puso de pie y salió. Tomamos asiento en sillas contiguas.

—Cuando te facilité la coartada de Tanner, te dije que necesitaba tener a mi favor el mayor número posible de amigos.

—Aquí tienes uno.

—¿No han probado ya la falsedad de la coartada?

—No, aún no.

—Durará —me aseguró—, a menos que sepan demasiadas cosas sobre ti... ¿Tú crees que las saben?

Suponía que sí. Dije:

—No. McGraw quiere jugar un poco. Las cosas se arreglan por sí solas. ¿Qué tal van tus asuntos?

—Ya me las arreglaré. Precisamente quería hablar contigo de esto. Las cosas están así: Pete se ha pertrechado contra McGraw. Esto nos deja al Susurro y a mí al descubierto contra la bofia y la pandilla del alcohol. Y, ¿qué ocurre? Pues que el Susurro y yo tensamos aún más la cuerda tratando de tirar el uno al otro antes que procurar aguarles a ellos la fiesta. ¡Vaya faena! Nosotros acechándonos el uno al otro, mientras esos tipos van a acabar con nosotros.

Le dije que yo pensaba lo mismo. El continuó:

—El Susurro te haría caso. Búscalo, por favor. Díselo. Mi oferta es ésta: El me busca por la muerte de Jerry, y yo quiero que la palme antes de que me encuentre. Pues bien, vamos a olvidarnos de eso unos días. No es preciso que cada uno se fíe del otro. El Susurro nunca participa directamente en los asuntos, manda a los muchachos. Yo haré lo mismo. Nos uniremos para acabar el trabajo. Primero liquidamos a ese Finlandés y luego ya tendremos mucho tiempo por delante para declararnos la guerra.

»Dile las cosas así de claras. No quiero que piense que trato de escurrir el bulto ni ante él, ni ante nadie. Dile de mi parte que, si nos libramos de Pete, los dos tendremos más espacio para liarnos a mamporros. Pete se ha hecho fuerte en el barrio del whisky. Yo no tengo suficientes hombres para poder sacarle de su trinchera. Y el Susurro tampoco. Pero podríamos juntar nuestros efectivos. Díselo.

—El Susurro está muerto —le dije.

—¿Tú crees? —dijo Reno incrédulo.

—Dan Rolff lo mató ayer en el viejo almacén de la Red Man; le clavó el picahielo con el que el Susurro mató a la chica.

—¿Estás seguro? ¿Es verdad?

—Yo sí.

—Es raro que los de su pandilla no se hayan enterado —dijo, menos incrédulo.

—Llevaba un tiempo escondido y sólo Ted Wright sabía en dónde. Ted lo sabe. Ha hecho unos cuantos viajecitos, intentando sacar unos cuartos de la muerte del Susurro. Me ha dicho que a ti te hizo aflojar ciento cincuenta dólares, que le entregó Murry.

—¡Le hubiera dado el doble por saber la verdad! —gruñó Reno. Se rascó el mentón y dijo—: Bueno, eso pone fin al asunto del Susurro.

—No —repuse.

—¿Por qué no?

—Sus hombres no saben dónde está —dije—, así que vamos a decírselo nosotros. Cuando Noonan le agarró volaron la cárcel. ¿No crees que harán algo parecido si difundimos la noticia de que McGraw lo ha detenido en secreto?

—Sigue hablando —dijo Reno.

—Si sus muchachos intentan asaltar otra vez la cárcel, esto mantendrá ocupados a los de la Jefatura y por supuesto a los agentes especiales de Pete. Entretanto tú podrías darte una vueltecita por el barrio del whisky.

—Tal vez —dijo, hablando muy lentamente—. Tal vez sea eso lo que hagamos.

—Ya verás como sale bien —le animé al levantarme—. Te veré...

—No te muevas de aquí. Con una orden de detención en el aire, éste es un lugar tan bueno como cualquier otro. Nos hará falta un hombre curtido como tú para la función.

Esto no me gustó demasiado, pero tuve el buen gusto de no expresarlo en voz alta. Volví a mi asiento.

Reno difundió el rumor.

El teléfono sonó incesantemente en todas partes. La puerta de la cocina no dejó de moverse ante la incesante procesión de hombres que entraban y salían. Eran más los que entraban que los que salían. La casa era un hervidero de hombres, humo y tensión.

25

El barrio del whisky

A la una y media, llamaron a Reno por teléfono. Una vez que hubo colgado se volvió hacia mí y dijo:

—Ven conmigo, y daremos un paseíto en coche.

Subió al piso de arriba. Al regresar tenían en la mano una maleta negra. La mayoría de los hombres habían salido por la puerta de la cocina.

Reno me dio la maleta negra, y al hacerlo me dijo:

—Cuídala bien.

Pesaba mucho.

Los siete que aún estábamos en la casa nos fuimos por la puerta delantera y montamos en un coche con las cortinillas cerradas, que O'Marra acababa de estacionar junto a la acera. Reno se sentó al lado de O'Marra. Yo me apretujé entre los demás en el asiento de atrás con la maleta sujeta entre las piernas.

Un coche que salió de la primera bocacalle nos sirvió de guía. Y otro más iba detrás. Llevábamos una velocidad de cuarenta millas por hora, suficiente para ir a cualquier sitio sin llamar la atención.

Hicimos la mayor parte del recorrido apaciblemente.

Los problemas surgieron cuando llegamos a una manzana de casas de un piso, de aspecto miserable, al sur de la ciudad.

Por una puerta asomó la cabeza de un hombre que se puso los dedos en la boca y silbó agudamente.

Fue derribado por un tiro que salió del coche que cerraba la comitiva.

Al llegar a la esquina siguiente nos tirotearon.

Reno volvió la cara hacia mí para decirme:

—Si alcanzan la maleta de un disparo podemos despedirnos de esta vista. Abrela. Tenemos que darnos prisa.

Tenía abiertos los cierres cuando nos paramos delante de un oscuro edificio de tres plantas.

Los hombres se abalanzaron sobre mí para abrir la maleta y utilizar lo que había dentro: bombas hechas con trocitos de tubería, de dos pulgadas de diámetro, protegidas con serrín al guardarlas en la maleta.

Las balas hicieron jirones las cortinillas del coche.

Reno alcanzó una de las bombas, dio un salto a la acera, se olvidó de una herida que surgió de improviso en su mejillla izquierda, y la estrelló contra la puerta de la casa de ladrillo.

Hubo primero una llamarada y después una violenta explosión. Los cascotes cayeron pesados sobre nosotros, mientras tratábanos de mantener el equilibrio que alteraba peligrosamente la onda explosiva. La casa de ladrillos rojos perdió su puerta.

Un hombre corrió, y dibujando un arco con el brazo tiró un trozo de tubería preñada de destrucción al interior. Cayeron las persianas de la planta baja, y después una masa voladora de fuego y cristales rotos.

El automóvil que vino detrás nuestro estaba, a poca distancia de nosotros, respondiendo al tiroteo que surgía de las casas vecinas. El que nos había precedido se escondió en una bocacalle. Sabíamos por los balazos que oíamos en la parte de atrás de la casa de ladrillo rojo, mezclados con el sonido de los nuestros, que el primer coche cubría la parte de atrás.

O'Marra estaba en el centro de la calle. Se dio impulso echándose atrás y tiró una bomba al tejado del edificio de ladrillo. No explotó, O'Marra dio una patada al aire, se acercó una mano a la garganta y se derrumbó cayendo al suelo boca arriba.

Uno de los que iban con nosotros fue agujereado por una bala de las que salían de una casa de madera vecina a la de ladrillo.

Reno gritó unas palabrotas desafiantes y dijo:

—Gordo, abrásalos.

El Gordo arrojó una bomba, que rebotó por encima de nuestro coche y le alcanzó un brazo.

Nos pusimos de pie en la acera; intentamos librarnos de la lluvia de pólvora, y comprobamos que la casa de madera estaba medio destruida y las llamas mordían sus esquinas hendidas.

—¿Nos queda todavía alguna? —dijo Reno, mientras oteaba el, por ahora, tranquilo paisaje.

—Toma. Es la última —dijo el Gordo, dándosela.

Había fuego sobre las ventanas de arriba de la casa. Reno tomó la bomba que le ofrecía el Gordo y dijo:

—Replegaos. No tardarán en salir.

Así lo hicimos.

Se oyó una voz desde dentro de la casa:

—¡Reno!

Reno se escondió detrás del coche antes de decir:

—¿Qué hay?

—Estamos acabados —dijo una voz espesa con un grito—. Vamos a salir. No hagáis fuego.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Soy Pete —dijo la voz—. Sólo quedamos cuatro.

—Sal tú primero —exigió Reno—, con las manos arriba, en la cabeza. Y los otros también, uno a uno, detrás tuyo. Dejad pausas de medio minuto entre uno y otro. Adelante.

Esperamos un rato, y vimos a Pete el Finlandés donde había estado la puerta antes de la explosión, con las manos encima de su calva. A la luz del fuego de la casa vecina vimos que tenía sangre en la cara y la ropa destrozada.

El contrabandista caminó sobre los cascotes y bajó de uno en uno los peldaños hasta alcanzar la acera.

Reno le llamó sucio cobarde y le escupió cuatro balazos en la cara y en el cuerpo.

Pete se desplomó. Alguien rió detrás mío.

Reno tiró la última bomba al interior de la casa.

Subimos a nuestro coche a trompicones. Reno se puso al volante. El motor no se ponía en marcha. Había sucumbido en el tiroteo.

Reno tocó la bocina en tanto que los demás saltamos fuera.

El coche estacionado en la esquina se acercó a recogernos. Aproveché la espera para examinar la calle iluminada por las antorchas de las dos casas. Algunas caras se habían asomado a las ventanas tímidamente y si alguien había en la calle sin duda estaba escondido. Oímos las campanas de los coches de bomberos muy cerca.

Advertimos un pequeño desnivel en el terreno al pasar por encima de las piernas de O'Marra y volvimos a casa. Pasamos por delante de la primera manzana sin problemas aunque con cierta angustia. Continuamos insensibles a cualquier emoción.

Una limosina con las ventanillas cubiertas nos salió al paso, se dirigió hacia nosotros avanzando un trecho de media manzana, se puso paralelo al nuestro y se paró. Salieron balas de su costado.

Otro automóvil más se acercó al anterior y entró en acción. Más disparos.

Intentábamos defendernos pero los teníamos tan cerca que se nos hacía muy difícil. No es fácil acertar en el blanco con un hombre encima, otro cogido al hombro y uno más disparando a una pulgada de distancia del oído.

El otro coche de los nuestros, que había estado haciendo guardia detrás de la casa, vino y nos ayudó. Pero los enemigos ya tenían otros dos coches apoyándoles. Al parecer, el asalto de Thaler a la cárcel había acabado, bien o mal, y los muchachos de Pete que lo habían estado ayudando habían vuelto en este inoportuno momento. Era una reunión encantadora. Me acerqué a Reno pasando el cuerpo por encima de una pistola que estaba disparando y le grité:

—¡Esto no puede seguir así! ¡Bajemos unos cuantos y rodeémosles desde la calle!

Estuvo de acuerdo y ordenó:

—¡Que bajen algunos muchachos y continúen desde la acera!

Salté el primero, frente a un callejón en sombras.

El Gordo vino detrás. Una vez en mi puesto de combate protesté:

—¡No me molestes! ¡Vete a otra parte! ¡Mira esa entrada de sótanos!

Se marchó al trote sin replicar, y al tercer paso cayó muerto.

Escudriñé el callejón.

Tenía unos veinte pies de largo y acababa en una alta valla de madera con una puerta con candado.

Lo abrí con una lata que encontré en el suelo y llegué a un patio con suelo de ladrillos. Salté una valla y encontré otro patio, y otro más, y en este último un fox-terrier me ofreció sus mejores ladridos.

Le di una patada, salté la siguiente valla, me libré de una cuerda de las de tender la ropa, atravesé dos patios, oí un grito desde una ventana, me tiraron una botella y me arrojé a una calle de atrás que tenía el suelo empedrado.

El tiroteo quedó atrás, pero no lo suficiente.

Lo había intentado. Recorrí tantas calles como en el sueño que tuve la noche en que murió Dinah.

En mi reloj eran las tres y media de la madrugada; estaba en las escaleras de la casa de Elihu Willsson.

26

Chantaje

Fue necesario que llamara varias veces a la puerta de mi cliente antes de que se abriera.

Finalmente abrió la puerta el chófer, el chico alto y moreno. Estaba en camiseta y pantalones y tenía en la mano un taco de billar.

—¿Qué busca usted? —me preguntó y luego volvió a mirarme—. Ah, es usted. Bien, ¿qué quiere usted?

—Ver a míster Willsson.



Fue necesario que llamara varias veces a la puerta.

—¿A las cuatro de la madrugada? Vuelva en otro momento —dijo mientras se disponía a cerrar la puerta.

Se lo impedí con el pie. Miró primero el pie y luego a la cara, agitó el taco de billar amenazante y me preguntó:

—¿Quiere usted que le parte la rodilla?

—No he venido para hacer una broma de mal gusto —insistí—. Es preciso que vea al viejo. Avíselo

—No espere que lo haga. Precisamente esta tarde me ha dicho que si venía usted no pensaba recibirlo.

—¿Sí? —Extraje del bolsillo las cuatro cartas de amor, cogí la primera, más discreta, se la extendí y dije—: Llévele esto y dígale que le espero con las demás. Adviértale que sólo esperaré cinco minutos, al cabo de los cuales iré con las demás a Tommy Robins, de Prensa Unida.

El chófer miró desdeñosamente la carta y dijo:

—¡Al diablo Tommy Robins y su puñetera tía!

Cogió la carta y cerró la puerta. Cuatro minutos después volvió a abrirla y dijo:

—¡Vamos! ¡Entre!

Subí tras él las escaleras hasta la habitación de Elihu.

Mi cliente se había sentado en la cama con la carta apretada en un puño de color rosa, sosteniendo el sobre en la otra mano.

Tenía el corto cabello de punta. Sus ojos pasaban del rojo al azul. La línea de la boca y la del mentón estaban muy cerca. Era una furia.

—Parece que el hombre de hierro tiene que recurrir al anciano bandido para que le salve el pellejo —gritó, al verme.

Le dije que me había visto obligado a ello. Y que para decir necedades mejor sería que las dijera en voz baja para no despertar a la gente que vivía en Los Angeles.

El viejo subió el tono de su voz un grado para gruñir:

—No crea que porque haya usted robado un par de cartas ajenas yo voy a...

Me puse los dedos en los oídos. Seguía oyéndolo, pero la provocación era tan evidente que dejó de gritar.

Quité los dedos de los oídos y dije:

—Dígale al criado que se marche para poder hablar. No le va a necesitar. No le haré daño.

—Sal —le dijo el chófer.

El chófer me miró poco amistosamente, se fue y cerró la puerta.

El viejo trató de intimidarme para que le diera inmediatamente las restantes cartas, al tiempo que quería saber dónde las encontré y por qué las conservaba; me amenazó desde distintos flancos, insultándome a gritos y profiriendo palabrotas.

No le di las cartas, pero le dije:

—Las tenía el hombre al que usted pagó para que las buscara. Qué mala suerte que sólo le fuera posible recuperarlas matando a su destinataria.

Su rostro descendió de un rojo a un rosa normal. Se mordió los labios, arrugó los ojos y dijo:

—Supongo que es eso lo que piensa decir por ahí —la voz sonó relajada. Estaba presto a entrar en combate.

Puse una silla junto a la cama, me senté, intenté mostrarle un rostro muy satisfecho y feliz y le dije:

—Por ejemplo.

Me miró silenciosamente sin dejar tranquilos los labios. Le dije:

—Es usted un cliente muy especial. No me lo explico. Contrata mis servicios para limpiar la ciudad, se arrepiente, se pone en contra mía, lucha hasta que parece que he vencido, en ese momento se queda quieto esperando acontecimientos, y ahora, cuando otra vez cree que me ha vencido, llega a impedirme la entrada a su casa. He tenido mucha suerte encontrando estas cartas.

—¡Esto es un chantaje! —dijo.

Reí y dije:

—Y usted precisamente habla de chantajes... De acuerdo, digamos que sí —dije mientras daba unos golpecitos con el dedo en la cama—. No crea que se ha salido con la suya, amigo. Yo he sido el vencedor. Vino a mí quejándose de que le habían robado su ciudad. Pete el Finlandés, Lew Yard, Thaler el Susurro y Noonan. ¿Qué ha sido de ellos?

»Yard murió el martes por la mañana y Noonan por la noche. El Susurro , el miércoles por la mañana. Y el Finlandés esta misma noche. Le devolveremos su ciudad, aunque sea a la fuerza. Si eso es un chantaje, de acuerdo. Y ahora escúcheme bien. Va a llamar al alcalde, supongo que aquí habrá alcalde, y va a telefonear al gobernador... ¡No hable hasta que haya dicho todo lo que tengo que decir!

»Dígale al gobernador que la policía municipal es un desastre, que han ingresado en ella como agentes los contrabandistas de bebidas, etcétera, etcétera. Pídale ayuda, la Guardia Nacional. No sé cómo funcionan ahora las cosas de la ciudad, lo único que sé es que los que le tenían aterrorizado, han muerto. Han muerto los que sabían de usted tanto como para tenerle atado de pies y manos. Debe haber muchos chicos ambiciosos tratando de ocupar las vacantes. Cuantos más mejor, así podrán hacerse con todos los ladrones de guante blanco, mientras dure el caos. Y no creo que los chicos sepan demasiado sobre usted.

»Haga que el alcalde, o el gobernador, según el terreno de que se trate, licencien a todos los policías de Personville y que mientras tanto, la Guardia Nacional se haga con la situación. Sé que el alcalde y el gobernador le obedecerán. Así que hágalo. Es posible hacerlo, y se va a hacer.

»De esta manera volverá a ser dueño de una ciudad limpia, dispuesta a irse al infierno a la primera oportunidad. O lo hace, o le doy las cartas a los lobos de la prensa; y no me refiero a los pacíficos del *Herald,* sino a los de las asociaciones de periodistas. Las cartas las tenía Dawn. Lo va a pasar muy mal explicando que no le contrató para que las buscara, y que él no la mató para que se las entregara. Estas cartas son una bomba. Creo que no me he reído tanto desde que a mi hermanito se lo comió un cerdo.

Me callé.

El viejo temblaba, pero no de miedo. Su cara había recobrado el color habitual. Abrió la boca y gruñó:

—¡Delas a la publicidad y púdrase!

Las saqué del bolsillo, las tiré sobre la cama, me puse en pie, me encasqueté el sombrero y dije:

—Daría una pierna por poder creer que a la chica la mató alguien al que usted mandó a buscar las cartas. No se puede imaginar cómo me gustaría acabar con esto mandándole a la cárcel.

No cogió las cartas, pero dijo:

—¿Es cierto lo que me ha contado de Thaler y de Pete?

—Sí, pero es igual. Ya habrá quien le arregle las cuentas.

Tiró de las sábanas para apartarlas y se vieron sus piernas embutidas en el pijama y sus pies rosados.

—¿Tiene usted suficiente coraje —gruñó— para aceptar el puesto que ya le había ofrecido en otra ocasión... el de jefe de policía?

—No. Perdí las fuerzas luchando por usted mientras usted se quedaba en la cama tramando nuevas formas de mostrar que no tenía nada que ver conmigo. No quiero ser su niñera.

Me miró indignado, pero pronto acudieron al quite las arruguillas de la astucia. Inclinó la cabeza envejecida y dijo:

—Si le da miedo el cargo es que usted mató a la chica.

Una vez más le deseé que se fuera al infierno, cuando me marchaba.

El chófer, que continuaba con el taco de billar en la mano me miró amenazante cuando me lo encontré al pie de la escalera y me llevó hasta la puerta con una expresión provocante. No hice caso a la provocación. Cerró de un portazo cuando hube salido.

La calle estaba envuelta en un amanecer gris.

Había un cupé negro debajo de los árboles, calle arriba. No vi si estaba ocupado. Por si acaso, caminé en dirección contraria. El coche me persiguió.

Es inútil correr delante de un coche. Me paré y esperé. Aparté la mano de la cadera al ver a Mickey Linehan tras el parabrisas.

Me abrió la portezuela.

—Me imaginaba que vendrías por aquí —me dijo apenas me senté junto a él—, pero llegué un par de segundos tarde. Te vi entrar, pero no pude alcanzarte.

—¿Cómo te fue con la policía? —pregunté—. Cuéntamelo todo mientras conduces.

—Yo no sabía, ni me podía imaginar el asunto que tenías entre manos, había venido por casualidad a esta ciudad y te encontré. Viejos amigos, y todo eso que suele decirse. todavía no habían dejado de interrogarme cuando empezó el tiroteo. Estaba en un cuartito frente a la sala de juntas. Salté por una ventana interior.

—¿Cómo acabó el circo? —pregunté.

—Los policías cargaron con fuerza. Les habían dado el soplo media hora antes y habían tomado posiciones en las alturas con sus agentes especiales. Al principio la cosa marchó bien, pero los de la policía también recibieron lo suyo. Creo que fueron los muchachos del Susurro.

—Sí. Reno y el Finlandés discutieron esta noche. ¿Lo sabías?

—Oí decir que tuvieron una reyerta.

—Reno mató a Pete, Pero le tendieron una emboscada cuando huía. No sé qué pasó después. ¿Has visto a Dick?

—Me dijeron en su hotel que se había marchado, que cogió el tren de la noche.

—Le dije que regresara —le expliqué—. Creía que yo había matado a Dinah. Me atacaba los nervios.

—¿Qué más?

—¿Te refieres a si la maté yo? No lo sé, Mickey. Trato de averiguarlo. ¿Te quieres quedar a mi lado, o prefieres seguir el camino de Dick a la costa?

—No le des tanto bombo a un condenado asesinato que lo más seguro es que tú no lo llevaste a cabo. ¡Vamos, hombre! Está claro que no le robaste a la chica.

—El caso es que el asesino tampoco lo hizo. Dan fue entre las ocho y las nueve, pero él no se las hubiera llevado. El... ¡Ya lo tengo! Los policías que descubrieron el cadáver, Shepp y Vanaman, fueron a las nueve y media. Además de la joyas y el dinero, unas cartas de Willsson padre a Dinah, tuvieron que ser robadas. Se las encontré luego en el bolsillo a Dawn. Los dos agente desaparecieron durante un tiempo. ¿Te das cuenta?

»Cuando Shepp y Vanaman descubrieron a la chica muerta arrasaron la casa antes de dar el parte. Cómo Willsson es millonario, las cartas tenían mucho valor, así que las cogieron junto al dinero y las joyas y se las dieron al picapleitos para que las vendiera a Elihu. Pero Dawn no tuvo tiempo de concluir el negocio. Shepp y Vanaman se asustaron, supieran o no lo de las cartas, las llevaba el muerto encima y fueron encontradas. Tenían miedo de que los pudieran relacionar con las cartas. Por lo menos tenían el dinero y las joyas, así que decidieron largarse.

—Parece verosímil —dijo Mickey—. Pero no creo que por ahí se pueda sacar el nombre del asesino.

—Clarifica un poco las cosas; y podemos clarificarlas aún más. Trata de ir a Porter Street y dar con unos almacenes que pertenecieron a la casa Red Man. Según creo, al menos eso es lo que me han dicho, Rolff mató allí al Susurro. Lo buscó y le hundió el picahielo que había cogido en casa de Dinah. Si esto es así el Susurro no pudo matarla. De haberla matado hubiera esperado una reacción del tísico en este sentido y se hubiera guardado bien de él. Me gustaría ver los cadáveres y analizar la situación.

—Porter Street —dijo Mickey— no está muy lejos de King Street. Buscaremos primero hacia el sur. Está más cerca y me imagino que allí habrá más almacenes. ¿Y qué piensas respecto al tal Rolff?

—No fue él. Si mató al Susurro para vengar a la chica, es imposible que fuera él. Además, Dinah tenía marcas en la cara y en una muñeca, él no tenía suficiente fuerza para enfrentarse a ella. Creo que, se escapó del hospital, pasó la noche por ahí, fue a la casa después de irme yo, entró utilizando su llave, la vio muerta, pensó que lo había hecho el Susurro, cogió el picahielo y se fue a buscarlo.

—¿Entonces —dijo Mickey—, cómo puedes pensar que lo hiciste tú?

—No le des más vueltas —contesté enfadado mientras íbamos a Porter Street—. Tenemos que encontrar ese almacén.

27

Almacenes

Recorrimos la parte baja de la calle con los ojos muy abiertos, fijándonos en todos los edificios que podían ser un almacén. El día había clareado lo suficiente como para ver bien.

Al cabo de un rato vi un edificio grande, cuadrado, de color rojo que estaba en el centro de un solar cubierto de maleza. Daba la impresión de que, desde hacía mucho tiempo, no se utilizaba. Era un posible candidato.

—Para en la siguiente esquina —dije—. Creo que puede ser ése el almacén. Espérame dentro del coche mientras me acerco.

Fui dos manzanas más allá del solar para entrar por detrás del edificio. Lo atravesé sigilosamente, sin necesidad de arrastrarme, pero tratando de hacer el menor ruido posible.

Intenté abrir la puerta de atrás cuidadosamente. Lógicamente, estaba cerrada. Me acerqué a una ventana para ver el interior, pero la suciedad del cristal y la penumbra me lo impidieron; quise abrir la ventana, pero no la pude mover.

Me acerqué a la siguiente ventana con el mismo resultado. Rodeé el edificio e hice diversas tentativas a lo largo de la fachada norte. No pude con la primera ventana. La segunda subió poco a poco, sin ruido.

La parte inferior de la ventana estaba asegurada, en su totalidad, por maderas clavadas. Desde donde yo las estaba viendo parecían bien clavadas y fuertes.

Las maldije, pero me acordé de que la ventana no hizo mucho ruido cuando la levanté. Me subí al antepecho, puse la mano sobre las maderas e hice presión con cuidado.

Cedieron.

Empujé un poco más. Las maderas se deslizaron hacia la izquierda del quicio y vi una hilera resplandeciente de clavos.

Apreté aún más, mire al interior y no vi nada excepto oscuridad; tampoco oí nada.

Cogí la pistola con la mano derecha, me bajé del antepecho y salté dentro del local. Di un paso más para no ser alcanzado por la luz gris que entraba por la ventana.

Me cambié de mano la pistola y con la mano izquierda cerré de nuevo la ventana con las maderas.

Estuve un minuto conteniendo la respiración pero no ocurrió nada. Empecé una exploración con el brazo que sujetaba la pistola bien pegado al cuerpo. Avancé lentamente y no encontré más que suelo. Mi mano izquierda, extendida como la de un ciego, chocó con una pared de tacto desagradable. Según todos los indicios acababa de cruzar una habitación vacía.

Me fui desplanzando a lo largo de la pared, tratando de encontrar una puerta. A menos de seis pasos la encontré. Pegué la oreja a ella sin oír nada.

Encontré la bola del picaporte, la giré despacio y empujé con cautela.

Hubo un zumbido.

Hice cuatro cosas al mismo tiempo: dejar el picaporte, dar un salto, apretar el gatillo y recibir en el brazo izquierdo un golpe procedente de algo fuerte y pesado como una piedra.

No conseguí ver nada a la luz del fogueo del disparo. Nunca sirve para iluminar nada, aunque lo pueda parecer.

La voz de un anciano rogó:

—No haga eso, amigo. Es injusto.

—Encienda una luz —dije.

Saltaron chispas de una cerilla frotada en el suelo, se consolidó la llama y, a la luz de la oscilante llama amarillenta, vi la cara de un anciano, una cara sin expresión, como las hay a cientos en los bancos de los parques. El anciano estaba sentado en el suelo con las piernas muy abiertas. Parecía que no había sido alcanzado por el disparo. A su lado vi la pata de una mesa.

—Póngase en pie y encienda una luz —le ordené—. Y mientras tanto, encienda cerillas.

Frotó otra cerilla, la puso detrás de la palma de la mano curvada al levantarse para atravesar la estancia, y encendió una vela colocada sobre una mesa de tres patas.

Fui detrás de él. Tenía el brazo izquierdo muerto, si no le hubiera sujetado para estar más seguro.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté cuando encendió la vela.

No necesité respuesta. Todo el fondo del local estaba repleto hasta seis pies de altura de cajas de madera con la leyenda: «Miel de Arce Perfection.»

Levanté la tapa de una de las cajas mientras el viejo me juraba que él no sabía nada de todo esto; que hacía dos días un hombre llamado Yaltes le había contratado como vigilante; y que si había algo de malo en el asunto, él era inocente.

Las botellas guardadas en las cajas tenían etiquetas de whisky Canadian Club, impresas con un sello de caucho.

Me despreocupé de las cajas, y llevando de guía al anciano con la vela inspeccioné el almacén. Como suponía, no había nada que pudiera delatar que el dueño fuera el Susurro.

Mi brazo ya estaba un poco más recuperado. Regresamos al almacén de las cajas, y pude recoger una botella. Me la guardé en el bolsillo y le advertí al anciano:

—Es mejor que se vaya. A usted le contrataron para ocupar el lugar de alguno de los hombres de Pete el Finlandés, que se con-

virtieron en policías. Pero Pete ya no vive y el negocio desapareció.

El anciano se quedó parado delante de las cajas cuando me fui por la ventana.

—¿Qué tal te fue? —me preguntó Mickey.

Saqué la botella de cualquier cosa menos Canadian Club, la destapé, se la pasé, y me eché un trago al coleto.

—¿Qué pasó? —repitió.

—Tenemos que encontrar el almacén de Red Man —dije.

—Te buscarás un lío siendo tan hablador.

Al cabo de tres manzanas de recorrido vimos un rótulo estropeado que decía: «Red Man y Cía.» El edificio sobre el que lucía el rótulo, era alargado y chato, con tejado de hierro galvanizado y algunas ventanas.

—Dejaremos el bote a la vuelta de la esquina —le dije—. Y ahora vendrás conmigo. La última vez me aburrí solo.

Cuando nos apeamos del cupé vimos un callejón por el que supimos se llegaba a la parte trasera del almacén. Entramos.

Algunas personas andaban por las calles, pero era todavía muy temprano para que comenzaran su trabajo en las fábricas que abundaban en esa zona de la ciudad.

En la parte de atrás del edificio vimos algo interesante. Estaba cerrada, pero mostraba señales, en el quicio y el borde del bastidor, de que alguien había intentado abrirla con una palanqueta.

Mickey intentó abrirla. No tenía echada la llave. La abrió muy poco a poco, con intervalos de tiempo por medio, hasta que presentó un hueco suficiente para entrar.

Nada más entrar oímos una voz. No la entendimos. Era sólo un rumor lejano perteneciente a la voz agresiva de un hombre.

Mickey señaló con el pulgar las marcas de la palanqueta y dijo:

—No lo ha hecho la policía.

Me adelanté dos pasos apoyado en los tacones de goma. Mickey caminó pegado a mí.

Ted Wright me explicó que el escondrijo del Susurro estaba arriba, en la parte trasera. La voz bien podía proceder de allí.

—Déjame la linterna —le dije a Mickey.

Me la colocó en la mano izquierda. Yo tenía la pistola en la derecha. Avanzamos muy despacio.

Por la puerta entreabierta se filtraba suficiente luz en el local como para permitirnos atravesarlo en dirección al hueco de una puerta. Después todo se sumía en las sombras.

Encendí la linterna, vi una puerta, apagué la linterna y seguí adelante. Otro rayo de luz nos mostró la escalera.

Subimos los peldaños como si pensáramos que podía romperse de un momento a otro.

No se oía la voz. Era otro sonido. No podía identificarlo. Era, si puede decirse así, una voz tan baja que no se oía.

Conté nueve peldaños cuando sonó una voz híbrida. Dije:

—Seguro que maté a la prostituta.

Una pistola repitió lo mismo cuatro veces más, haciendo el mismo sonido que un rifle del calibre 16 bajo un tejado de plancha.

—De acuerdo —dijo la primera voz.

En ese momento ya habíamos subido todos los escalones, abierto la puerta de un golpe y tratábamos de impedir que Reno estrangulara a Susurro.

No sirvió de nada. El Susurro había muerto. Reno me vio y dejó caer las manos sin fuerzas. No tenía luz en la mirada, ni ninguna expresión. Mickey llevó al garitero muerto a un catre colocado en un extremo de la estancia y allí lo dejó.

La habitación, que en su momento pudo ser un despacho, tenía dos ventanas. Esa luz me bastó para ver el cadáver que había debajo del catre: era Dan Rolff. En el centro de la habitación había un Colt automático de reglamento.

Reno encogió la espalda y se tambaleó.

—¿Estás herido? —le pregunté.

—Me han hundido cuatro balas —dijo tranquilamente mientras se apretaba el vientre con los antebrazos.

—Busca un médico —le dije a Mickey.

—No vale la pena —dijo Reno—. Tengo la barriga hecha polvo.

Cogí una silla plegable y le senté para que pudiera inclinarse y sujetarse mejor el vientre.

Mickey salió corriendo por las escaleras.

—¿Sabías que estaba vivo? —preguntó Reno.

—No. Lo que te dije me lo contó Ted Wright.

—Ted se fue muy pronto. Sospeché y vine aquí para asegurarme. Me engañó fingiendo estar muerto hasta que me tuvo a tiro —dijo mirando con calma el cadáver del Susurro—. Era muy valiente el tipo. Estaba medio muerto y en vez de dejarse caer, se vendó y esperó aquí. —Sonrió, nunca lo había visto hacerlo—: Ahora es un muerto, un muerto que apenas ocupa espacio.

La voz disminuía de volumen. A los pies de la silla se formó un gran charco rojo. No lo toqué. La presión de los brazos y su postura inclinada, impedían que se cayera a trozos.

Miró el charco y preguntó:

—¿Cómo pudiste llegar a la conclusión de que tú no la mataste?

—No me quedaba otro posible culpable que yo mismo —dije—. También suponía que habías podido ser tú, pero no podía probarlo. Esa noche estaba narcotizado y tuve sueños muy raros y oí voces. Pensé que no eran sueños, sino visiones deformadas de la realidad. Cuando desperté no había luz. Era imposible que la hubiera matado y tras apagar la luz, hubiese vuelto a coger el picahielo. Podría haber sido de otra manera. Tú sabías que había ido esa noche a casa de Dinah. Me diste una coartada y eso me obligó a reaccionar. Dawn trató de chantajearme con el cuento de Helen Albury. La policía, cuando lo oyó nos buscó al Susurro, a Rolff, a ti y a mí por el crimen. Encontré a Dawn muerto y a O'Marra a media manzana. Eso me hizo pensar que el abogaducho también intentó hacerte a ti un chantaje. Como la policía nos buscaba a los cuatro, pensé que cualquiera de nosotros podía ser el culpable. Yo, además, tenía en contra que Helen Albury me había visto salir y entrar en la casa esa noche. Era absurdo pensar que esta misma prueba podría valer para vosotros. El Susurro y Rolff podían ser fácilmente descartados; quedábamos tú... y yo. Pero seguía sin comprender por qué la ibas a matar tú.

—Naturalmente —dijo mirando el charco que iba en aumento—. Ella tuvo la culpa. Me llamó y me dijo que el Susurro iba a ir a su casa, que si yo me adelantaba podría liquidarlo. Me gustó el asunto. Fui, pero el Susurro no apareció.

Permaneció callado con los ojos clavados en el charco de sangre. Comprendía que el dolor le hacía callar, y que cuando se dominara volvería a hablar. Quería morir tal como vivió, metido en su concha. Hablarle en ese momento era torturarle, pero no dejaría de hacerlo delante de un testigo. El no era ni más ni menos que Reno Starkey, el hombre duro que podía aguantarlo todo, y estaba dispuesto a mantenerse firme hasta el final.

—Me cansé de esperarle en la calle —continuó tras una pausa—. Llamé a la puerta y le pedí que me diera explicaciones. Me dijo que pasara, que estaba sola. Yo había sospechado algo, pero entramos en la cocina. Sabiendo cómo era Dinah, la trampa podía ser tanto para el Susurro como para mí.

Mickey volvió y dijo que había una ambulancia en camino.

Reno descansó un momento y continuó:

—Más tarde me enteré de que el Susurro le había dicho por teléfono que iría, pero había llegado antes que yo. Tú estabas sin sentido. Ella sintió miedo y no le abrió. Esto no me lo dijo, temiendo que podía irme y dejarla sola. Tú estabas en el suelo, y necesitaba alguien que la protegiera si volvía el Susurro. Yo todo eso no lo sabía y pensé que podía ser una trampa. Le quise dar una bofetada para que hablara, pero no lo hice. Ella cogió el picahielo y se puso a gritar. En ese momento oí pasos de hombre en el piso. Pensé que había caído en la trampa.

Cada vez hablaba más despacio y pronunciaba las palabras con mayor dificultad, pero él trataba por no darse por enterado.

—Pensé que yo no tenía por qué salir perjudicado. Le arranqué el picahielo de la mano y se lo clavé. Entonces te levantaste tú dando saltos completamente drogado, dando golpes contra todo, con los ojos cerrados. Ella se cayó contra ti. Tú caíste y rodasteis junto al mango del picahielo. Te quedaste dormido agarrado a él. Vi lo que había hecho. Ella estaba muerta... No tenía remedio. Apagué la luz y me marché. Cuando tú...

Llegaron los enfermeros de la ambulancia. Parecían estar cansados. En Poisonville tenían mucho trabajo. Pusieron a Reno sobre la camilla. Me alegré. Tenía todos los informes que necesitaba, quería irme cuanto antes.

Llevé a Mickey a un rincón de la habitación y le dije en voz baja:

—Acaba tú con el asunto. Yo voy a ocultarme. No debería temer nada, pero conozco bien Poisonville. Voy a coger tu coche hasta una estación por la que pase un tren camino de Ogden. Me alojaré en el hotel Roosevelt con el nombre de P. F. King. Continúa en el caso y avísame cuando no haya peligro, para que vuelva o me vaya a Honduras.

Estuve casi toda la semana en Ogden corrigiendo mis informes para que al leerlos no se notara la cantidad de normas de la Agencia, leyes del estado y huesos humanos que había roto.

Mickey vino la sexta noche.

Me dijo que Reno había muerto y que, oficialmente, yo no era ya un homicida; que casi todo el dinero robado en el First National Bank se había recuperado; que MacSwain se había declarado autor de la muerte de Tim Noonan y que Personville, en estado de guerra, se estaba transformando en un agradable lecho de rosas.

Mickey y yo volvimos a San Francisco.

Todo el esmero que había puesto en pulir mis informes no sirvió para nada. El Viejo no se dejó engañar. Me puso de tres al cuarto.

Dashiell Hammett

Dashiell Hammett nació en Eastern Shore (Maryland) en 1894, y murió en 1963, retirado de la profesión que lo inmortalizó. Sargento de un cuerpo de ambulancias motorizadas durante la primera guerra mundial, enfermó de los pulmones; fue así licenciado y, regresando a su país, donde había ejercido los más diversos oficios, agregó a sus tareas la de detective privado en la celebérrima agencia Pinkerton. De sus experiencias en ella surgió precisamente su vocación literaria y, tras varias publicaciones menores obtuvo un éxito extraordinario con *Cosecha roja* (1929), lo que le animó a escribir también *El halcón maltés* (1930), *La llave de cristal* (1931) y *El hombre delgado* (1932), títulos que configuran el núcleo central de su obra. Padre de la novela negra, Hammett revitalizó el género policiaco, llevándolo a un nivel de impecable calidad literaria.

Dashiell Hammett

COSECHA ROJA

El magnate de la prensa de Personville contrata a un detective de la agencia Continental para que limpie la ciudad de sus enemigos. Trabajando con métodos directos y contundentes que nada tienen que envidiar a los de los propios criminales, el detective descubrirá que la basura está en todos los rincones y en todos los bandos. Esta es sin duda la mejor novela de Dashiell Hammett, padre del género negro, así llamado precisamente por la violencia y brutalidad de sus descripciones.



BRUGUERA